

FRANCE

GRÈCE

INDOCHINE

RAID

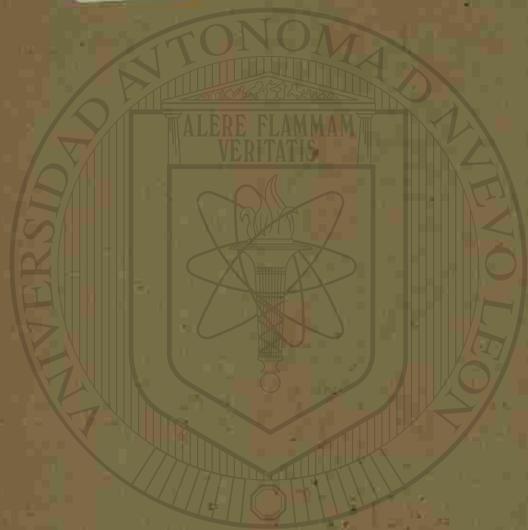
PQ2254

.S6

S6



1020026505



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOBRE LA PIEDRA INMACULADA

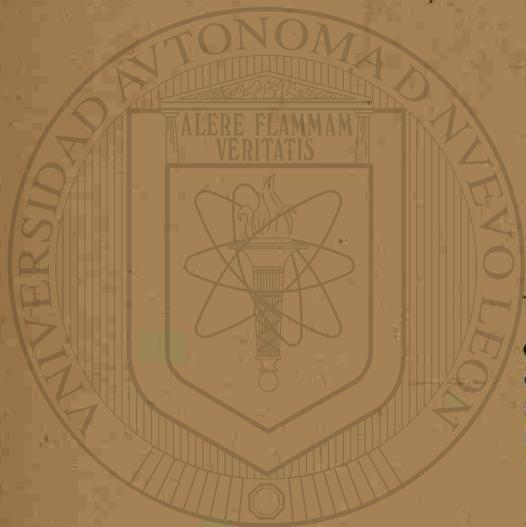
Num. Cies _____
Núm. Autor N
Núm. Adg. F812
Procedencia 30191
Precio -8-
Fecha _____
Clasific. _____
Cualific. _____

ANATOLE FRANCE

Sobre la piedra inmaculada.

VERSIÓN CASTELLANA
DE LUIS RUIZ CONTRERAS

Es propiedad.
Quedan cumpli-
das las formali-
dades que la Ley
exige.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madrid. Año de 1906. Imprenta
de Antonio Marzo, San Ber-
menegildo, 32 dupdo, Tel. 1.977

MADRID
Oficinas: Calle de Alcalá, número 140.
1906

30191
098967

843
p.



PQ2254

..SG

S6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

*Parece que te dormiste sobre la piedra in-
maculada en la ciudad de los ensueños.*

(PHILOPATRIS, XXI.)

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



SOBRE LA PIEDRA INMACULADA

I

Algunos franceses unidos por lazos de amistad, que pasaban la primavera en Roma, veíanse con frecuencia en las excavaciones del Foro desenterrado. Eran: Josefín Leclerc, agregado de embajada con licencia; el señor Goubin, licenciado en Letras, comentarista; Nicolás Langelier, de la antigua familia parisiense de los Langelier, impresores y humanistas; Juan Boilly, ingeniero; Hipólito Dufresne, que consagraba á las artes los ocios de su vida.

El día 1.º de Mayo, hacia las cinco de la tarde, penetraron, como de costumbre, por la puertecita septentrional ignorada del público, donde el comendador Giacomo Boni, director de las excavaciones, los acogió con su amabilidad silenciosa y los condujo hasta la entrada de la casa de madera, á la sombra de los laureles, de los ligus-

tros y de los cístos que domina aquel ancho foso abierto el siglo pasado en la feria de bueyes de la Roma pontifical, profundizando hasta el suelo del Foro antiguo.

Allí se detienen y miran.

Frente á ellos se alzan los fustes de las columnas rotas y aparece, como un gran tablero de damas con sus fichas, el lugar donde estuvo la basílica Julia. Más hacia el Sur, las tres columnas del templo de los Dioscuros hunden en la bóveda del cielo sus volutas azuladas. A su derecha, por encima del arco ruinoso de Séptimo Severo y de las altas columnas de las moradas de Saturno, las casas de la Roma cristiana y el Hospital de mujeres, escalonan sobre el Capitolio sus fachadas más amarillas y fangosas que las aguas del Tíber. Hacia su izquierda se alza el Palatino, rodeado de grandes arcadas rojas y coronado de carrascas. Y á sus pies, de un monte á otro, entre las losas de la Vía Sacra, tan estrecha como una calle de pueblo, asoman en la tierra muros de ladrillo y basamentos de mármol, restos de los edificios que cubrían el Foro en tiempo de la grandeza latina. El trébol, la avena y la hierba de los campos que el viento ha sembrado sobre sus techumbres hundidas, forman un cobertizo rústico donde flamean las amapolas. Restos de cornisas hundidas, multitud de pilastras y de altares, ha-

cinamiento de gradas y muros; todo ello, seguramente, no era pequeño, pero aparecía oprimido y aplastado.

Sin duda, Nicolás Langelier imaginaba como si se alzarán á su vista, la multitud de monumentos que antiguamente ocuparon aquel espacio ilustre.

—Estos edificios —dijo— de proporciones normales y dimensiones moderadas, estaban separados unos de otros por callejuelas sombrías. No faltaban esos pasadizos que tanto se agradecen en los países del Sol; y los magnánimos descendientes de Remo, después de haber oído á los oradores, encontraban á lo largo de los templos, para comer y dormir, rincones frescos y mal olientes, donde las cortezas de las sandías y las cáscaras de los mariscos, no eran barridas nunca. Además, las tiendas que se abrían en la plaza, emanaban fuertes hedores de cebolla, de vino, de fritangas y de queso. Los mostradores de los carniceros estaban cubiertos de carnes: espectáculo agradable para los robustos ciudadanos. A uno de esos carniceros le quitó Virginio la cuchilla con que mató á su hija. Sin duda, hubo también aquí joyeros y mercaderes de idolillos domésticos, protectores del hogar, del establo y del jardín. Todo lo indispensable para la vida de los ciudadanos hallábase reunido en esta plaza. El

mercado y los almacenes, las basílicas, es decir, las Bolsas de Comercio y los Tribunales civiles; la curia; el Consejo municipal, que llegó á ser el administrador del Universo; las cárceles, cuyos subterráneos exhalaban una espantosa peste; los templos, los altares, de primera necesidad para los italianos que tienen siempre algo que pedir á los poderes celestes.

Es ahí donde se realizaron durante siglos y siglos los actos vulgares ó singulares, casi siempre insípidos, con frecuencia odiosos ó ridículos, y algunas veces generosos, cuyo conjunto constituye la vida augusta de un pueblo.

—¿Qué se descubre allí, en medio de la plaza y ante los basamentos de las columnas?—preguntó el señor Goubin, quien, con el auxilio de sus lentes, advertía una novedad en el antiguo Foro y deseaba ser informado.

Josefin Leclerc respondió, afablemente, que eran los cimientos del coloso de Domiciano recientemente desenterrados.

Después señaló con el dedo, uno tras otro, los monumentos descubiertos por Giacomo Boni durante cinco años de excavaciones fructuosas; la fuente y el pozo de Juturna bajo el monte Palatino; el altar elevado sobre la pira de César y cuyos cimientos se extendían á sus pies frente á las tribunas; la tumba legendaria de Rómulo que

cubre la piedra negra del Comicio, y el «lago» de Curtius.

El sol, ocultándose detrás del Capitolio, hería con sus últimos rayos el Arco Triunfal de Tito. El cielo, donde navegaba por el Occidente la luna blanca, estaba azul como en el centro del día. Una penumbra igual, tranquila y clara, invadía el Foro silencioso. Los jornaleros bronceados excavaban aquel campo pedregoso mientras que, prosiguiendo el trabajo de los antiguos reyes, sus camaradas sacaban de un pozo el agua que baña todavía el lecho donde durmió en tiempos del piadoso Numa, el Velabro ceñido de cañas.

Realizaban sus tareas con orden y tiento. Hipólito Dufresne, que desde tiempo atrás los veía siempre asiduos en su trabajo, inteligentes y realizando con celeridad las órdenes recibidas, preguntó al director de las excavaciones cómo conseguía de sus obreros una labor tan excelente.

—Viviendo como ellos—respondió Giacomo Boni—. Como ellos manejo el azadón, les doy noticias de lo que juntos buscamos y les hago sentir la belleza de nuestra obra común. Así consigo que se interesen en los trabajos cuya grandeza vagamente adivinan. Los he visto palidecer de entusiasmo al descubrir la tumba de Remo. Soy diariamente su camarada, y cuando uno de ellos enferma voy á sentarme junto á su lecho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Confío en todos como todos confían en mí. Así consigo que me secunden con toda su alma.

—Boni, mi estimado Boni—exclamó Josefin Leclerc—, ya sabe usted cuánto admiro sus trabajos y hasta qué punto me seducen sus hermosos descubrimientos; pero, sin embargo, permítame que se lo diga, lamento que hayan pasado para no volver, aquellos tiempos en que los rebaños pacían sobre el Foro enterrado. Un buey blanco, de ancha frente, coronada por unos cuernos tendidos, rumiaba en el campo desierto; un pastor dormitaba junto á una columna que aparecía entre la hierba, y viéndolo se imaginaba: «Es aquí donde se decidía el porvenir del mundo. Desde que ha dejado de ser el Campo Vaccino, el Foro ha perdido su encanto para los poetas y los enamorados.

Juan Boilly expresó de qué modo aquellas excavaciones practicadas con método, contribuían al estudio de las épocas pasadas. Y habiéndose encaminado la conversación hacia la filosofía de la historia romana:

—Los latinos—dijo—eran razonables hasta en su religión. Tuvieron dioses limitados y vulgares, pero de buen sentido y algunas veces magnánimos. Que se compare si no este panteón romano, compuesto de militares, de magistrados, de vírgenes y de matronas, con las diabluras pin-

tadas en las paredes de las tumbas etruscas donde se hallarán frente á frente la razón y la locura. Las escenas infernales trazadas en las criptas funerarias de Corneto, representan los monstruos de la ignorancia y del pavor. Se nos ofrecen tan grotescamente como el Juicio final de Orcagna en Santa María la Nueva, de Florencia, y el infierno dantesco del Campo Santo de Pisa, mientras que el Panteón latino presenta constantemente la imagen de una sociedad bien organizada. Los dioses de los romanos eran como ellos, laboriosos y buenos ciudadanos. Eran dioses útiles; cada uno desempeñaba un cargo. Hasta las ninfas tenían empleos civiles y políticos.

«Recuerden á Juturna, cuyo altar hemos visto tantas veces al pie del Palatino. No parecía destinada, por su nacimiento, sus aventuras y sus desdichas, á desempeñar un cargo en la ciudad de Rómulo. Era una Rutulia indignada. Pretendida por Júpiter, había recibido del dios la inmortalidad. Cuando el rey Turnus fué muerto por Eneas, que obedeció la orden de los Destinos; no pudiendo morir con su hermano, ella se arrojó al Tiber para huir al menos de la luz. Durante mucho tiempo los pastores del Lacio refirieron la aventura de la ninfa, viva y quejumbrosa en el fondo del río. Y más tarde los campesinos de la Roma rústica inclinándose de noche sobre la ri-

bera, creyeron verla á la claridad de la luna envuelta en sus velos glaucos, bajo los cañaverales. Pues bien: los romanos no la dejaron ociosa y entregada á sus dolores. Concibieron inmediatamente la idea de darle una ocupación seria y le confiaron la vigilancia de sus fuentes, convirtiéndola en una diosa municipal. Lo mismo hicieron con todas sus divinidades. Los Dioscuros de cuyo templo nos quedan tan hermosas ruinas, los Dioscuros, los dos hermanos de Elena, astros refulgentes, fueron empleados por los romanos como estafetas al servicio del Estado. Fueron ellos quienes anunciaron á Roma, llegando á galope sobre un caballo blanco, la victoria del lago Regilia.

»Los italianos pedían sólo á sus dioses fortunas terrestres y positivos aumentos. En este concepto, y á pesar de los terrores asiáticos que han invadido la Europa, la tendencia de su espíritu religioso no ha cambiado. Lo que antiguamente exigían de sus dioses y de sus genios, lo aguardan ahora de la Virgen y de los Santos. Cada parroquia tiene su abogado, á quien se le hacen toda clase de peticiones. Hay santos para las viñas, para los cereales, para los rebaños, para el cólico y para el dolor de muelas. La imaginación latina ha repoblado el cielo con una multitud de figuras animadas, convirtiendo el monoteísmo judío en

un nuevo politeísmo. Ha engalanado el evangelio con una espléndida mitología; ha restaurado el comercio familiar entre el mundo divino y el mundo terrestre. Los campesinos exigen milagros de sus santos protectores, y los insultan y los atropellan si el milagro no se realiza pronto. El campesino que había solicitado inútilmente un favor del niño Jesús, vuelve á la capilla y dice, dirigiéndose á Nuestra Señora:

«—No es á ti, hijo de Tal..., á quien me dirijo, sino á tu santa madre.

»Las mujeres interesan á la Madre de Dios en sus amores, pensando, con razón, que siendo mujer, como es, no ignora el tormento de amar, y que, por consiguiente, no hay motivo para ocultárselo. Nunca temen ser indiscretas, lo cual prueba su piedad. Es admirable la plegaria que una mocita de la ribera de Génova dirigía á la Virgen: «Santa Madre de Dios: tú que has concebido sin pecar, concédeme la gracia de pecar sin concebir.»

Nicolás Langelier hizo observar que la religión de los romanos se prestaba á sus empresas políticas:

—Teniendo un carácter nacional muy acentuado, era, sin embargo, á propósito para penetrar en los pueblos extranjeros y atraérselos por su espíritu sociable y tolerante. Era una religión ad-

ministrativa que se propagaba fácilmente con el resto de la administración.

—A los romanos les agradaba la guerra—dijo el señor Goubin, que evitaba cuidadosamente las paradojas.

—No les agradaba la guerra por la guerra—le replicó Juan Boilly—. Eran demasiado razonables para esto. Se reconoce por ciertos indicios que la carrera militar les parecía dura. El señor Miguel Breal les dirá cómo la palabra que al principio significaba estrictamente los arcos del soldado, *aerumna*, tomó en seguida el sentido general de fatiga, agotamiento, miseria, dolor, dificultad y desastre. Aquellos campesinos eran como los demás. Avanzaban sólo sujetos y obligados; y tampoco sus jefes, ricos propietarios, peleaban por gusto ni por la gloria. Antes de comenzar la campaña consultaban veinte veces sus intereses, calculando con detenimiento su probable fortuna.

—Sin duda—respondió el señor Gaubin—; pero su condición y la de los pueblos que les rodeaban les obligó á vivir en continua guerra. Así llevaron la civilización hasta los confines del mundo conocido. La guerra es un incomparable instrumento de progreso.

—Los latinos—prosiguió Juan Boilly—eran labradores y peleaban como labradores. Sus ambiciones eran siempre agrícolas. No exigían á los

vencidos dinero, sino campos; todo ó parte del territorio de la confederación sometida; con mucha frecuencia un tercio, por amistad, como decían, y por moderación. Donde el legionario había clavado su lanza, el colono labraba al día siguiente. Con sus labranzas aseguraban sus conquistas. Guerreaban como soldados admirables, disciplinados, valientes y sufridos, y eran al mismo tiempo labradores más admirables todavía. Si nos sorprende que hayan conquistado tanto territorio, debe sorprendernos más que hayan sabido conservarlo. Fué verdaderamente prodigioso que, habiendo perdido muchas batallas, no cedieran jamás ni un pedazo de tierra laborable aquellos obstinados campesinos.

Mientras los otros discutían así, Giacomo Boni miraba con hostilidad la elevada casa de ladrillos construida al Norte del Foro sobre las piedras de cimientos antiguos.

—Ahora—dijo—nos falta explorar la Curia Julia. Me prometo, á la mayor brevedad, derribar el edificio sórdido que se alza sobre sus ruinas. No le costará mucho dinero al Estado adquirirlo para hacerlo desaparecer. Bajo nueve metros de tierra, donde se alza el convento de San Adriano, se extienden las escalinatas de Diocleciano, que restauró la Curia por última vez. Encontraremos, seguramente entre los escombros, muchas

de aquellas tablas de mármol sobre las cuales se grabaron las leyes. Importa á Roma y á Italia, importa al mundo entero que los vestigios del Senado romano se descubran y aparezcan á la luz del día.

Luego rogó á sus amigos que le honrasen entrando en su barraca hospitalaria y rústica como la casa de Evandro.

Formaba un aposento único, donde había una mesa de pino sin barnizar, cubierta de cacharros negros y de restos informes que exhalaban olor de tierra.

—¡Objetos prehistóricos!—suspiró Josefín Leclerc. —Así, mi estimado Giacomo Boni, además de ir descubriendo en el Foro los monumentos de los emperadores, de la República y de los reyes, ahonda usted en los terrenos que guardan vestigios de una flora y de una fauna desaparecidas; se interna en el cuaternario, en el terciario, penetra en el plioceno, en el mioceno, en el eoceno; de la arqueología latina pasa usted á la arqueología prehistórica y á la paleontología. Hasta la sociedad elegante se preocupa de las profundidades á que usted desciende. La condesa Pasolini está inquieta pensando á dónde va usted á llegar; y le caricaturizan á usted en un semanario satírico saliendo por los antípodas y suspirando: *¡Adesso va bene!*

Boni, como si no lo hubiera oído, examinaba con atención profunda un vaso de arcilla húmedo aún y mohoso. Sus ojos claros y chispeantes se oscurecían cuando adivinaba sobre una miserable obra humana algún indicio aún ignorado de una época lejana y misteriosa; y su azul palidecía sumergido en el vago ensueño.

—Estos despojos que ven ustedes ahí—dijo al cabo—, esos pequeños sarcófagos de madera sin pulimentar y esas urnas de tierra negra conteniendo huesos calcinados, fueron recogidos bajo el templo de Faustina al Nordeste del Foro.

»Encuéntanse juntos urnas negruzcas llenas de ceniza y esqueletos echados en sus sarcófagos como en una cama. Los griegos y los romanos practicaban indistintamente la cremación y el enterramiento. En Europa entera y en épocas anteriores á las más antiguas historias, eran usados á un tiempo en la misma ciudad y en la misma tribu. ¿Estas dos formas de sepultar corresponden á dos razas, á dos genios distintos? Así lo creo.

Cogió entre sus manos, con un gesto respetuoso y casi ritual, un vaso que contenía un poco de ceniza:

—Aquellos—dijo—que en tiempo inmemorial trabajaban así la arcilla, pensaban que el alma unida á los huesos y á las cenizas necesitaba una morada, pero no siéndola preciso mucho espacio

para vivir la vida casi apagada de los muertos. Eran hombres de una raza noble, procedentes de países asiáticos. Aquel cuyas cenizas ligeras tengo entre mis manos, fué anterior á la época de Evandro y del pastor Faustulus.

Y añadió, complaciéndose en hablar como los antiguos:

—Entonces el rey Italus ó Vitulus, ejercía su dominación apacible en esta comarca que había de ser tan gloriosa. Entonces se extendían sobre la tierra ausoniana los reinos monótonos de los rebaños. Aquellos hombres no eran ignorantes y groseros. Habían recibido de sus antepasados muy preciosas enseñanzas. Conocían el manejo de la nave y del remo. Practicaban el arte de someter los bueyes al yugo y de engancharlos al timón; encendían á voluntad el fuego divino. Recogían la sal, trabajaban el oro, amasaban y cocían los vasos de arcilla. Sin duda empezaron á cultivar la tierra. Se dice que los pastores latinos se convirtieron en labradores bajo el reino fabuloso de Vitulus. Cultivaban el mijo, la avena y el trigo. Cosían pieles con agujas de hueso. Tejian la lana y acaso también daban á sus tejidos colores variados. Medían el tiempo por las fases de la luna. Contemplaban el cielo como si fuese una imagen de la tierra. Vefan en él al perro que guarda para su amo Diospiter el rebaño de estrellas. Recono-

cían en las nubes fecundas el ganado del sol, las vacas alimentadoras de los campos azules. Adoraban á su padre el Cielo y á su madre la Tierra. Y al atardecer oían rechinar las carretas de los dioses emigrantes como ellos, hollando con sus ruedas macizas los senderos de las montañas. Adorando la luz del día meditaban con tristeza la existencia de las almas en el reino de las sombras.

»Sabemos que esos años de cabeza ancha fueron rubios, porque sus dioses, hechos á imagen suya, eran rubios. Indra tenía los cabellos como las espigas de la avena, y la barba como los pelos del tigre. Los griegos representaban á sus dioses inmortales con los ojos azules ó glaucos y cabelle-
ras de oro. La diosa de Roma era *flava et candida*. En la tradición latina, Rómulo y Remo tienen la crin amarilla.

»Si se pudieran reconstruir estos esqueletos calcinados, veríamos aparecer las puras formas arias. En estos cráneos anchos y vigorosos, en esas cabezas macizas como la primera Roma que debían fundar sus hijos, adivinamos á los abuelos de los patricios de la República, el tronco largo tiempo fértil que produjo tribunos, pontífices y cónsules, reconocemos el magnífico molde de aquellos robustos cerebros que imaginaron la religión, la familia, el ejército, el derecho público

de la ciudad más sólidamente organizada entre todas las que han existido.

Dejando suavemente sobre la mesa rústica el vaso de arcilla, Giacomo Boni se inclina sobre un sarcófago del tamaño de una cuna, un sarcófago labrado en un tronco de encina y semejante, por su forma, á las primeras barcas de los hombres. Levanta la delgada pared de corteza que recubre aquella barquilla funeraria y hace aparecer una osamenta delgada como un esqueleto de pájaro. Del cuerpo apenas subsiste la espina dorsal, como si hubiese pertenecido á un vertebrado de los más humildes: un gran lagarto, si la anchura de la frente no revelase al hombre. Perlas de colores, desprendidas de un collar, aparecen entre los huesos terrosos.

—Vean ahora—dijo Boni—este niño, que no recibió los honores de la incineración siendo enterrado y devuelto completamente á la tierra de donde había salido. No es hijo de los jefes, heredero noble de los hombres rubios; pertenece á la raza indígena del Mediterráneo, origen de la plebe romana, que aun hoy ofrece abogados sutiles y hábiles calculadores. Nació en la ciudad de las Siete Colinas y en un tiempo que permanece oculto para nosotros, bajo las fábulas heroicas. Es una criatura romulena. Entonces el valle de las Siete Colinas formaba un pantano, y el Palatino

estaba cubierto solamente de chozas de caña. Una menuda lanza fué colocada en el sarcófago para indicar que la criatura era masculina; tendría cuatro años cuando se adormeci  en el seno de la muerte. Su madre prendió sobre él una hermosa t nica y puso   su cuello un collar de perlas. Los de su tribu no le dejaron sin ofrendas, depositando sobre la tumba vasos de tierra negra, leche, habas y un racimo de uvas. Recog  esos vasos y fabriqué otros semejantes con la misma arcilla, coci ndolos en una hoguera encendida por la noche en el Foro. Antes de decirle adi os comieron y bebieron juntos parte de lo que habian llevado, y esa comida fúnebre les hizo olvidar su pena. Criatura que duermes desde los tiempos del dios Quirinus: un imperio ha pasado sobre tu sarcófago rústico, y los mismos astros que brillaron sobre tu cuna resplandecer n esta noche sobre nuestras cabezas. El insondable espacio que separa tus horas de las m as sólo es un instante imperceptible en la vida del Universo.

Después de un breve silencio dijo Nicolás Langelier:

—Con frecuencia es tan difícil diferenciar en un pueblo las razas que le componen, como seguir en la corriente de un río los arroyos que le han formado.  Qu  es una raza?  Existen verdaderamente razas humanas? Veo que hay hombres

blancos, hombres rojos y hombres negros. Pero esas no son razas, son variedades de una misma raza, de una misma especie, que forman entre sí uniones fecundas y se mezclan sin cesar. Luego más difícil sería que el sabio distinguiese varias razas amarillas y varias razas blancas; pero los hombres imaginan razas á conveniencia de su orgullo, de su odio ó de su codicia. En 1871 la Francia fué desmembrada en virtud de los derechos de la raza germánica; y no existe la raza germánica. Los antisemitas atizan contra la raza judía la cólera de los pueblos cristianos; y no existe raza judía.

»Digo esto, Boni, por especulación pura, y no por afán de contradecir á usted. ¿Cómo no creerle si la persuasión habita en sus labios? Usted asocia en su espíritu á las dilatadas verdades de la ciencia, las verdades profundas de la poesía. Como usted dice, los pastores llegados de la Bactriana poblaron la Grecia y la Italia. Como usted dice, aquí hallaron á los aborígenes. Era en la antigüedad una creencia común á los italianos y á los helenos, que los primeros hombres que poblaron su territorio nacieron de la tierra como Erecteo. Yo no le niego que pueda usted seguir al través de los siglos, mi estimado Boni, á los aborígenes de su Ausonia y á los emigrados de Pamir; éstos, patricios valerosos y ardientes de fe; aqué-

llos, plebeyos ingeniosos y locuaces; porque, al cabo, si no existen, hablando con propiedad, distintas razas humanas, y con mayor razón aún distintas razas blancas, se observan, sin duda, en nuestra especie variedades muy características. Así, es imposible que dos ó más de esas variedades vivan largo tiempo en contacto sin confundirse, conservando cada una sus caracteres propios. Y hasta es posible que esas diferencias, en lugar de borrarse con el tiempo bajo la acción de las fuerzas plásticas de la Naturaleza, puedan, al contrario, sostenidas por el imperio de costumbres inescrutables y por la imposición de las instituciones sociales, acentuarse de siglo en siglo más profundamente.

—*E proprio vero*—murmuró Boni cubriendo con la corteza de encina los restos del niño romuleno.

Luego ofreció sillas á sus huéspedes y dijo á Nicolás Langelier:

—Ha llegado el momento de que nos cumpla su promesa leyéndonos la historia de Gallión que ha escrito usted en su aposento del *Foro Traiano*. Pone usted en acción algunos personajes romanos; aquí es donde conviene oír lo que dicen, en un rincón del Foro, cerca de la *Vía Sacra*, entre el Capitolio y el Palatino. Apresúrese para que no le sorprenda el crepúsculo y por temor á que sus palabras puedan perderse entre la algarabía de

los pájaros que se advierten unos á otros la proximidad de la noche.

Los huéspedes de Giacomo Boni acogieron esas frases con un murmullo complaciente, y Nicolás Langelier, sin aguardar á que le rogasen, desarrolló su manuscrito y leyó lo que sigue:

II

«GALLIÓN

En el año de 804, después de la fundación de Roma y el décimotercero del reinado de Claudio César, Junius Annaeus Novatus, era próconsul de Achaña. Descendiente de una familia ecuestre originaria de España, hijo de Séneca el retórico y de la virtuosa Helvia, hermano de Annaeus Mela y del célebre Lucius Annaeus, llevaba el nombre de su padre adoptivo el retórico Gallión, desterrado por Tiberio. Su madre era de la sangre de Cicerón y él había heredado de su padre, con inmensas riquezas, el amor á las letras y á la filosofía. Leía las obras de los griegos más atentamente aún que las de los latinos. Una noble inquietud agitaba su alma. Le interesaba la Física y lo que se relaciona con la Física. La actividad de su inteligencia era tan grande, que hasta en el baño cultivaba su espíritu oyendo lecturas, y llevaba siempre sobre sí, hasta cuando iba de caza, sus tabletas de cera y su estilete. En los ocios que sabía procurarse entre los cuidados

los pájaros que se advierten unos á otros la proximidad de la noche.

Los huéspedes de Giacomo Boni acogieron esas frases con un murmullo complaciente, y Nicolás Langelier, sin aguardar á que le rogasen, desarrolló su manuscrito y leyó lo que sigue:

II

«GALLIÓN

En el año de 804, después de la fundación de Roma y el décimotercero del reinado de Claudio César, Junius Annaeus Novatus, era próconsul de Achaña. Descendiente de una familia ecuestre originaria de España, hijo de Séneca el retórico y de la virtuosa Helvia, hermano de Annaeus Mela y del célebre Lucius Annaeus, llevaba el nombre de su padre adoptivo el retórico Gallión, desterrado por Tiberio. Su madre era de la sangre de Cicerón y él había heredado de su padre, con inmensas riquezas, el amor á las letras y á la filosofía. Leía las obras de los griegos más atentamente aún que las de los latinos. Una noble inquietud agitaba su alma. Le interesaba la Física y lo que se relaciona con la Física. La actividad de su inteligencia era tan grande, que hasta en el baño cultivaba su espíritu oyendo lecturas, y llevaba siempre sobre sí, hasta cuando iba de caza, sus tabletas de cera y su estilete. En los ocios que sabía procurarse entre los cuidados

más atentos y las más duraderas ocupaciones, escribía libros acerca de asuntos naturales y componía tragedias.

Sus clientes y sus libertos alababan su dulzura. Tenía en realidad un carácter bondadoso. No se le vió jamás abandonado á la cólera. Juzgaba la violencia la peor de las debilidades y la menos perdonable de todas.

Execraba las crueldades cuando su verdadera condición no se le obscurecía ocultándose bajo una costumbre arraigada ó á la sombra de la opinión pública. Y sin embargo, con frecuencia, en las severidades consagradas por la costumbre de los antepasados y santificadas por las leyes, descubría excesos detestables contra los cuales se rebelaba y que hubiera intentado destruir si no se lo opusieran por todas partes el interés del Estado y la salud común. En aquella época los buenos magistrados y los funcionarios honrados no eran escasos en el imperio. Seguramente los había tan probos y tan justicieros como Gallión, pero acaso ninguno fuera tan humano como él.

Encargado de administrar aquella Grecia despojada de sus esplendores, desposeída de su gloria, lanzada desde su libertad inquieta á una tranquilidad ociosa, recordaba Gallión que en otro tiempo había enseñado al mundo la sabiduría y las artes, y hermanaba en su conducta hacia

ella la vigilancia de un tutor con el afecto de un hijo. Respetaba la independencia de las ciudades y los derechos de las gentes. Honraba á los verdaderos griegos de nacimiento y de educación, disgustándole solamente no descubrir más que un reducido número de ellos y ejercer casi siempre su autoridad sobre una multitud infame de judíos y de sirios para los cuales, á pesar de todo, no dejaba de ser justo.

Residía en Corinto, la ciudad más rica y más populosa de la Grecia romana. La casa que habitaba, construída en tiempos de Augusto, ensanchada y embellecida desde entonces por los prócónsules que se habían sucedido en el gobierno de la provincia, elevábase sobre las últimas pendientes occidentales del Acrocorinto, en cuya poblada cima se alzaba el templo de Venus entre los bosquecillos de las hierodules. Era una casa bastante espaciosa, rodeada de jardines poblados de árboles frondosos, regados por aguas corrientes, adornados con estatuas, exedros, gimnasios, baños, bibliotecas y altares consagrados á los dioses.

Paseábase por ellos una mañana, según su costumbre, con su hermano Annaeus Mela, conversando acerca del orden de la naturaleza y de las vicisitudes de la fortuna. En el cielo sonrosado se alzaba el sol húmedo, tranquilamente. Las on-

dulaciones suaves de las colinas del Istmo, ocultaban la playa sarónica, el Stadio, el santuario de los juegos, el puerto oriental de Kenkhreos. Pero se veía, entre las vertientes agrestes de los montes geraníanos y el sonrosado Helicón de doble cima, dormir el mar azul de los Alciones. A lo lejos, hacia el septentrión, brillaban las tres cúspides nevadas del Parnaso, Gallión y Mela avanzaron hasta el borde de la terraza. A sus pies se extendía Corinto, sobre una basta extensión de arena páida, inclinada suavemente hacia las orillas espumosas del golfo. Las escalinatas del Foro, las columnas de la basílica, la gradería del circo, las blancas gradas de los atrios, brillaban; y los caballetes dorados de los templos resplandecían. Extensa y nueva la ciudad, estaba cortada por calles rectas. Una vía muy ancha bajaba hasta el puerto de Leckhreo, bordeado de almacenes y cubierto de naves. Al occidente hallábase la tierra agraviada por el humo de las herrerías y por los arroyos negruzcos de los tintes; por aquella parte los bosques de pinos se extendían hasta el horizonte confundíndose con el cielo.

Poco á poco la ciudad despertó. El relincho áspero de un caballo desgarró el silencio matinal, y empezaron á oírse los ruidos sordos de las ruedas, las voces de los carreteros y el canto de las ven-

dedoras de hortalizas. Saliendo de sus casuchas y cruzando á través de las ruinas del palacio de Sísifo, ciegas ancianas, que llevaban sobre su cabeza vasijas de cobre, iban guiadas por niños á buscar agua á la fuente Pirena. Sobre los cobertizos llanos de las casas que se alzaban en torno de los jardines del procónsul, las corintianas tendían la ropa, y una de ellas castigaba á su hijo azotándole con una rama de peral. En el hondo camino que conducía á la Acrópolis, un anciano medio desnudo y de color de bronce, agujoneaba la grupa de un asno cargado de hortalizas, y cantaba entre sus dientes mellados bajo su áspera barba, una canción de esclavo:

Asno mío, trabaja
como yo trabajé;
y te aprovechará,
puedes estar seguro.

Entre tanto, ante el espectáculo de la ciudad reanudando su diaria labor, Gallión meditaba recordando la antigua Corinto, la bella jónica, opulenta y alegre hasta el día en que vio á sus ciudadanos degollados por la soldadesca de Mummus, sus mujeres, las nobles hijas de Sísifo, vendidas en la feria, sus palacios y sus templos incendiados, sus muros derruidos y sus riquezas amontonadas en las galeras del cónsul.

—Hace menos de un siglo—dijo—que la obra de Mummius aún subsistía. Esa playa que se ofrece á tus ojos, hermano mío, estaba más desierta que los arenales de Libia. El divino Julius, restauró la ciudad destruída por nuestros ejércitos y la pobló de libertos. Sobre esa playa donde los ilustres bacchiades habían ostentado su fiera indolencia, estableciéronse gentes de raza latina, pobres y groseras, y Corinto comenzó á renacer. Ensanchóse rápidamente y supo sacar partido ventajoso de su posición. Cobra un tributo á todas las embarcaciones que, llegadas del Oriente ó de Occidente, hacen escala en sus puertos de Leckheo y de Kenkhreos. Su pueblo y sus riquezas aumentan sin cesar protegidas por la paz romana.

«¡Cuántos favores habrá distribuído el imperio por el mundo! Por él, las ciudades y las campiñas disfrutan de una tranquilidad profunda. Los mares vense libres de piratas, y los caminos, de bandidos. Desde el Océano brumoso al golfo Permúlico, desde Gades al Eufrates, el comercio se desarrolla con una seguridad que nada turba. La ley protege la vida y los bienes de todos. Los derechos de cada uno son respetados. La libertad no tiene otros límites que sus líneas de defensa, y sólo es limitada para mayor seguridad. La justicia y la razón rigen el Universo.

Annaeus Mela no había intrigado para obtener honores, como sus dos hermanos. Los que le estimaban, y eran muchos, porque atraía con su carácter afable y ameno, atribuían semejante alejamiento de los negocios públicos á la moderación de un espíritu deseoso de una obscuridad tranquila y que procuró no tener otros cuidados que el estudio de la Filosofía. Pero algunos observadores más impasibles, creyeron notar que también era ambicioso á su modo, ansiando igualar, como otro Mecenas, su reputación de simple caballero romano con la fama de los consulares. En fin, algunos maliciosos creían descubrir en él la avidez de los Sénecas, por aquellas riquezas que afectaban despreciar, explicándose de aquel modo que Mela viviese obscurecido largo tiempo en Bética ocupándose de la administración de sus extensos dominios, y que llamado luego á Roma por su hermano el filósofo, se hubiese consagrado á la gestión de las haciendas imperiales antes que pretender altos empleos jurídicos y militares. No era fácil precisar su carácter por sus palabras, porque hablaba el lenguaje de los estoicos, tan oportuno para ocultar las debilidades del alma como para descubrir la grandeza de los sentimientos. Era entonces una elegancia exponer razonamientos virtuosos. De todas maneras, lo cierto es que Mela pensaba noblemente.

Respondió á su hermano que sin hallarse tan enterado como él de los negocios públicos, tuvo motivos de admirar la potencia y la sabiduría de los romanos.

—Se muestran—dijo—hasta el fondo de nuestra España. Pero en una agreste garganta de los montes tesalios, es donde mejor he sentido la majestad biehechora del imperio. Regresaba yo de Hipatia, ciudad famosa por sus quesos y sus magos, y había cabalgado durante cuatro horas por la montaña sin encontrar alma viviente. Vencido por la fatiga y el calor, até mi caballo á un árbol próximo al camino y me tendí á la sombra de un grupo de madroños. Hacía unos instantes que descansaba cuando vi pasar á un viejo enflaquecido cargado de leña y encorvándose bajo el haz. Con las fuerzas agotadas se tambaleó, y á punto de caer dijo: «¡Cesar!» Oyendo aquella invocación salida de los labios de un pobre leñador en aquel desierto de rocas, mi corazón rebotaba de entusiasmo por la Ciudad tutelar que inspira, hasta en los países más lejanos, á las almas más agrestes, una idea tal de su providencia soberana. Pero á mi admiración se unieron ¡oh hermano mío! la tristeza y la inquietud, meditando á qué perjuicios, á qué ofensas hállanse expuestas la herencia de Augusto y la fortuna de Roma, por la locura de los hombres y los vicios del siglo.

—He visto de cerca, hermano mío—le respondió Gallión—esos crímenes y esas locuras que lamentas. Ocupando mi puesto en el Senado he palidecido bajo la mirada de las víctimas de Caius. Y callé, confiando en que llegarían tiempos mejores. Creo que los buenos ciudadanos deben servir á la República bajo los malos príncipes, antes que sustraerse á sus deberes por una muerte inútil.

Mientras Gallión pronunciaba estas palabras, dos hombres aún jóvenes, vistiendo la toga, se acercaron á él. Era uno Lucius Cassius, de una familia plebeya, pero antigua y condecorada, originaria de Roma. El otro era Marcus Lollius, hijo y nieto de consulares, de una familia ecuestre oriunda del municipio de Terracina. Ambos habían frecuentado las escuelas de Atenas y adquirido un conocimiento de las leyes naturales que los romanos que no habían ido á Grecia ignoraban por completo.

Al presente, se perfeccionaban en la administración de los negocios públicos y el procónsul los tenía á su lado para realzar su magistratura. Un poco retirado, envuelto en la túnica corta de los filósofos, con la frente calva y la quijada cubierta por una barba socrática, el griego Apollodoro avanzaba con lentitud alzando un brazo y removiendo los dedos, en disputa consigo mismo.

Gallión hizo á los tres un amable recibimiento.

—Ya las rosas de la mañana palidecieron—dijo—y empieza el sol á lanzar sus flechas acerdas. Venid, amigos; la sombra de los árboles derramará su frescura sobre vosotros.

Y los condujo á lo largo de un arrollo cuyo murmullo sugería plácidos pensamientos, hasta una plazoleta cerrada por arbustos verdes, en medio de la cual se abría un aljibe de alabastro lleno de agua límpida sobre la que flotaba una pluma de paloma, que habiéndose bañado modulaba sus arrullos entre el follaje. Se sentaron sobre un banco de mármol formando semicírculo y sostenido por dos grifos. Los laureles y los mirtos hermanaban sus sombras. En torno de la plazoleta redonda alzábanse algunas estatuas. Una amazona herida ceñía blandamente su cabeza con su brazo plegado. El dolor embellecía más aún su hermoso rostro. Un sátiro veloso jugaba con una cabra. Una Venus al salir del baño secaba con las manos sus miembros húmedos sobre los cuales adivinábase un estremecimiento de placer. Junto á ella, un joven fauno sonriente llevábase á los labios una flauta; su cabeza estaba medio oculta entre las ramas, pero su vientre lustroso brillaba sobre la hierba.

—Este fauno vive—dijo Marcus Lollius—. Diríase que una respiración ligera levanta su pecho.

—Es verdad, Marcus. Hace esperar que salgan de su flauta sonidos agrestes—dijo Gallión—. Un esclavo griego esculpió esa estatua en mármol, copiándola de un modelo antiguo. En otro tiempo, los griegos eran maestros en el arte de hacer esas bagatelas. Muchas de sus obras en ese género son justamente celebradas. No puede negárseles que supieron dar á los dioses un rostro augusto y expresar en el mármol y en el bronce la majestad soberana de los dueños del mundo. ¿Quién no admira el Júpiter olímpico de Fidias? Y, sin embargo, nadie quisiera ser Fidias.

—Ciertamente ningún romano quisiera ser Fidias—exclamó Lollius, el cual derrochaba la inmensa fortuna heredada de sus padres, haciéndose traer de Grecia y de Asia las obras de Fidias y de Myrrhon con las cuales adornaba su residencia del Pausilipo.

Lucius Cassius era del mismo parecer. Sostuvo enérgicamente que las manos de un hombre libre no se habían formado para manejar el cincel del escultor ó los pinceles del pintor y que ningún ciudadano de Roma sabría rebajarse á fundir el cobre, á esculpir el mármol ó á dibujar figuras sobre un muro.

Admiraba con veneración las costumbres antiguas alabando siempre las virtudes de los antepasados.

—Los Curius y los Fabricius—dijo—cultivaban sus lechugas y dormían bajo la chamiza. No conocían más estatua que la de Priapo, esculpida en un tronco de boj, y que alzando en medio de su jardín su falo vigoroso, amenazaba á los ladrones con un suplicio ridículo y terrible. Mela, que había leído muchas veces los anales de Roma, recordó el ejemplo de un viejo patricio.

—En el tiempo de la República—dijo—el ilustre Caius Fabius, de una familia descendiente de Hércules y de Evandro, trazó con sus manos sobre los muros del Templo de Salus, pinturas tan estimables, que su reciente desaparición en el incendio del templo ha sido considerada como una desdicha pública. Y cuentan que no se quitaba la toga para pintar sus figuras, significando con esto que su tarea no era indigna de un ciudadano romano. Recibió el sobrenombre de Pictor, con el cual sus descendientes se creían honrados.

Lucius Cassius, replicó vivamente:

—Pintando historias de los romanos en un templo, Cayus Fabius tenía en cuenta las victorias y no la pintura. Entonces no había pintores en Roma. Proponiéndose que las grandes acciones de los antepasados fueran sin cesar contempladas por los ojos de los romanos, dió ejemplo. Pero así como un pontífice ó un edil colocan la prime-

ra piedra de un edificio sin dedicarse á los trabajos de albañilería ni de arquitectura, Cayus Fabius hizo la primera pintura de Roma sin que se le pueda contar en el número de los obreros que ganan su vida pintando sobre los muros.

Apollodoro, meneando la cabeza, aprobó aquel discurso, y dijo acariciando su barba filosófica:

—Los hijos de Julio nacieron para dominar la tierra. Cualquier otro cuidado sería indigno de ellos.

Y profusamente, hablando con fingimiento, alabó á los romanos. Los adulaba porque los temía, pero en su interior abrigaba un desprecio profundo por aquellas almas limitadas y sin delicadeza. Prodigó sus elogios á Gallión.

—Tú has hermoñado esta ciudad con monumentos magníficos. Aseguraste la libertad de su Senado y de su pueblo. Estableciste oportunas ordenanzas para el comercio y la navegación. Distribuyes la justicia con una equidad bienhechora. Tu estatua se alzaré en el Foro y recibirás el título de segundo fundador de Corinto, si acaso Corinto no toma de ti el nombre de Annaea. Todo lo que haces me parece digno de un romano y digno de Gallión. Pero no creas que los griegos estimen más de lo justo las artes manuales. Si muchos de ellos se ocupan en pintar vasos, en teñir tejidos y en modelar figuras, piensa que

30791

lo hacen por necesidad. Ulises construyó con sus manos su lecho y su navío. Sin embargo, no ignoran los griegos que resulta indigno de un sabio aplicarse á las artes fútiles y groseras. Sócrates, en su juventud, ejerció el oficio de escultor, labrando una imagen de las kharites, la cual se ve aún sobre la Acrópolis de Atenas. Su destreza no era vulgar, y si hubiese querido, supiera como los artistas más renombrados representar un atleta lanzando un disco ó ciñendo con una venda su frente. Pero abandonó esos trabajos para consagrarse á la investigación de la sabiduría como el oráculo se lo había ordenado. Desde entonces se rodeó de mozaletas, no para medir las proporciones de su cuerpo, sino únicamente para instruirles en enseñanzas honestas. A los que tenían formas bien proporcionadas, prefirió los que tenían un alma hermosa, al contrario de lo que hacen los escultores, los pintores y los depravados, los cuales gustan de la belleza exterior y desprecian la belleza interior. Y no ignoráis que Fidias grabó sobre un pulgar de su Júpiter el nombre de un atleta porque era hermoso y sin tener en cuenta si era casto.

—Por eso—dedujo Gallión—no prodigamos nuestras alabanzas á los escultores, aun cuando las prodigamos á sus obras.

—¡Por Hércules!—exclamó Lollius—, no sé

cuál de los dos merece más admiraciones, entre ese Fauno y esa Venus. La diosa tiene la frescura del agua que la humedece aún. Representa verdaderamente la voluptuosidad de los hombres y de los dioses. ¿No temes ¡oh Gallión! que cualquier noche un palurdo, asaltando tus jardines, la haga sufrir el mismo ultraje que un joven impío infligió, según dicen, á la Venus de Gnido? Las sacerdotisas del templo encontraron un día sobre la diosa vestigios de la ofensa, y los viajeros refieren que desde entonces conserva una mancha imborrable. Es preciso admirar la audacia de ese hombre y la paciencia de la Inmortal.

—Crimen semejante no quedó impune—dijo Gallión—. El sacrilego se arrojó al mar, estrellándose contra las rocas. No se ha vuelto á saber de él.

—Sin duda—replicó Lollius—la Venus de Gnido es más hermosa que todas las demás. Pero el obrero que esculpió esta de tus jardines, ¡oh, Gallión!, sabía dar suavidad al mármol. Mira ese Fauno: ríe, la saliva humedece sus dientes y sus labios; sus mejillas tienen la frescura de las manzanas; todo su cuerpo rebosa juventud. Sin embargo, yo prefiero la Venus.

Apolodoro, alzando la mano derecha, dijo:

—Dulcísimo Lollius, reflexiona un momento y comprenderás que semejante preferencia es per-

donable á un ignorante que se deja llevar por sus instintos y no razona, pero á un sabio como tú no le sería permitida. Esta Venus jamás puede ser tan bella como este Fauno, porque el cuerpo de la mujer nunca posee tantas perfecciones como el del hombre, y la copia de una cosa menos perfecta nunca podrá igualar en belleza á la copia de una cosa más perfecta; y no se puede dudar, ¡oh, Lollius!, que el cuerpo de la mujer sea menos hermoso que el del hombre, porque encierra un alma menos hermosa. Las mujeres son vanas, pendencieras, preocupadas por tonterías, incapaces de pensamientos elevados y de grandes acciones, y con frecuencia la enfermedad turba su juicio.

—Sin embargo— hizo observar Gallión — en Roma, como en Atenas, hubo mujeres vírgenes y mujeres madres á las cuales se las consideró dignas de presidir las ceremonias sagradas y de llevar ofrendas á los altares. Y es más: los dioses han elegido algunas veces á ciertas vírgenes para conceder sus oráculos ó revelar el porvenir á los hombres. Casandra ha ceñido su frente con las vendas de Apolo y profetizó la ruina de los troyanos. Juturna, á la que el amor de un dios hizo inmortal, fué destinada á guardar las fuentes de Roma.

—Es cierto— replicó Apollodoro—. Pero los dioses venden caro á las vírgenes el privile-

gio de conocer sus voluntades y anunciar el porvenir. Al mismo tiempo que las permiten ver lo que está oculto, las arrebatan el juicio y las vuelven furiosas. Por lo demás, te concedo Gallión, que algunas mujeres son mejores que ciertos hombres, y que algunos hombres son peores que ciertas mujeres. Lo cual obedece á que los dos sexos no son tan distintos el uno del otro como se cree, y á que, por el contrario, hay mujeres que tienen mucho de hombre y hombres que tienen mucho de mujer. Veréis cómo se explican tales confusiones.

»Los antepasados de los hombres que habitan ahora la tierra, fueron obra de Prometeo, el cual, para formarlos, amasó la arcilla como lo hacen los alfareros. No se limitó á modelar con sus manos una sola pareja; demasiado previsor y de sobra industrioso para resolverse á sacar de una sola simiente y de un solo vaso toda la raza humana, emprendió la tarea de fabricar por sí mismo una multitud de mujeres y de hombres, asegurando desde luego á la Humanidad el beneficio del número. Para realizar mejor un trabajo tan difícil, modeló, separadamente primero, todas las partes que debían componer los cuerpos tanto masculinos como femeninos. Fabricó todos los pulmones, hígados, corazones, cerebros, vejigas, bazos, intestinos, matrices, vulvas y pe-

nes que le hacían falta, con arte sutil y en cantidad suficiente para que los humanos pudieran respirar, nutrirse y reproducirse. No descuidó ni los músculos, ni los tendones, ni los huesos, ni la sangre, ni los humores. Por último, cortó las pieles disponiéndose á meter en cada una, como en un saco, todos los órganos necesarios. Todos aquellos fragmentos de hombres y mujeres hallábanse contruidos, y faltaba sólo ensamblarlos, cuando Baco invitó á Prometeo á cenar. Acudió con la frente ceñida de rosas, y vació con harta frecuencia la copa del dios. Tambaleándose retiróse luego á su taller. Con la cabeza turbada por los vapores del vino, los ojos soñolientos, las manos temblorosas, reanudó su tarea para nuestro daño. Distribuir los órganos entre los humanos le parecía cosa de juego. No se daba cuenta de lo que hacía, y todo le dejaba satisfecho. A cada instante repartía, por descuido, á una mujer lo que fuera propio de un hombre y á un hombre lo que fuera propio de una mujer.

Así nuestros primeros padres fueron formados con fragmentos incoherentes que no armonizaban bien los unos con los otros. Emparejándose á su antojo, y por casualidad, produjeron seres tan incoherentes como ellos. De este modo, por el descuido del Titán, existen mujeres viriles y hombres afeminados; esto explica también las

contradicciones á que se hallan sujetos los más firmes caracteres, y cómo un alma resuelta se desmiente á cada paso; así nuestra desdichada conformación nos puso en guerra con nosotros mismos.»

Lucius Cassius condenó este mito porque no enseña al hombre á vencerse á sí mismo, y por el contrario, le induce á dejarse arrastrar por la naturaleza.

Gallión observó que los poetas y los filósofos describen variamente los orígenes del mundo y la creación de los hombres:

—No deben creerse ciegamente las fábulas que inventaron los griegos—dijo—ni suponer verdadero lo que nos cuentan, especialmente de las piedras arrojadas por Pyrrha. Los filósofos no están de acuerdo acerca del origen del mundo y nos dejan en la incertidumbre de si la tierra fué producida por el agua, por el aire, ó como es más creíble, por el fuego sutil. Pero los griegos, queriéndolo saber todo, construyen ingeniosas mentiras. ¡Cuánto mejor es confesar nuestra ignorancia! El pasado se nos oculta como el porvenir: vivimos entre dos densas nubes en el olvido de lo que fué y en la incertidumbre de lo que será. Y sin embargo, nos atormenta la curiosidad de conocer las causas de las cosas y una ardiente inquietud nos incita á meditar los destinos del hombre y del mundo.

—Es cierto—suspiró Cassius—que nos afanamos queriendo penetrar el impenetrable porvenir. Nos lo proponemos con todas nuestras fuerzas y con todos los recursos imaginables. Esperamos conseguirlo, ya por la meditación, ya por la plegaria y el éxtasis. Unos consultan los oráculos de los dioses y otros no temen hacer lo que no es permitido, interrogando á los adivinos de Caldea ó probando las suertes babilónicas. ¡Curiosidad impía y vana! ¿De qué puede servirnos conocer el futuro siendo como es inevitable? Sin embargo, los sabios más aún que los vulgares, sienten el deseo de penetrar el porvenir y de arrojarse, por decirlo así, en él. Sin duda esperan de ese modo escapar al presente que les proporciona tantas tristezas y tantas angustias. ¿No es natural que los hombres de ahora se sientan espoleados por el deseo de sustraerse á una época tan miserable? Vivimos en tiempos abundantes en cobardías, fecundos en infamias y fértiles en crímenes.

Cassius continuó demostrando la inferioridad de los tiempos en que vivía. Lamentábase de que los romanos, desposeídos de sus antiguas virtudes, sólo gustaran de comer ostras del Lucrino y pájaros del Phase, y se complacieran sólo con los cómicos, los cocheros y los gladiadores. Sentía dolorosamente los males que abrumaban al Im-

perio, el lujo insolente de los grandes, la ruin codicia de los clientes, la depravación feroz de la multitud.

Gallión y su hermano pensaban de igual modo, interesándose por la virtud solamente. Sin embargo, ninguna semejanza tenían con los viejos patricios, los cuales sin otros cuidados que engordar sus cerdos y observar los ritos sagrados, conquistaron el mundo para el engrandecimiento de sus industrias agrícolas. Aquella nobleza de establo instituida por Romulus y por Brutus, hallábase ya extinguida desde larga fecha. Las familias patricias creadas por el divino Julius y por el emperador Augusto, no habían arraigado. Hombres de inteligencia procedentes de todas las provincias del Imperio, ocupaban su lugar.

Siendo romanos en Roma no eran extranjeros en parte alguna. Aventajaban mucho á los viejos Cethegus por las elegancias del espíritu y los sentimientos humanos; no deploraban la República, ni la libertad, cuyo recuerdo iba unido para ellos al de las proscripciones y guerras civiles. Honraban á Catón como á un héroe de otros tiempos, pero sin desear que tan sublime virtud se alzara sobre nuevas ruinas. Juzgaban la época de Augusto y los primeros años de Tiberio como los más felices del mundo, puesto que la edad de oro sólo había existido en la imaginación de los poe-

tas; sorprendiéndoles dolorosamente que aquel orden nuevo de las cosas que prometía al género humano una larga felicidad, hubiera proporcionado tan pronto á Roma vergüenzas inauditas y tristezas ignoradas hasta de los contemporáneos de Marius y de Sila. Durante la locura de Cayus vieron á los mejores ciudadanos infamados por el hierro enrojecido, condenados á las minas, á los trabajos de los caminos, á las fieras; vieron á los padres obligados á asistir al suplicio de sus hijos y vieron á hombres de una virtud incomparable como Cremutius Cordus, dejarse morir de hambre para privar al tirano de su muerte. Con vergüenza de Roma, Calígula no respetaba ni á sus hermanas ni á ninguna de las mujeres más ilustres, y lo que indignaba á los retóricos y á los filósofos, tanto como la violación de las matronas y el asesinato de los mejores ciudadanos, eran los crímenes de Cayus contra la elocuencia y las letras. Aquel loco furioso había concebido la idea de destruir los poemas de Homero y hacía quitar de todas las bibliotecas los escritos, los retratos, los nombres de Virgilio y de Tito Livio. Por último, Gallión, no podía perdonarle que hubiese comparado un escrito de Séneca á una argamasa sin cemento.

Temían algo menos á Claudius, pero le despreciaban acaso más. Hacían burla de su cabeza de

calabaza y de su voz de foca. Ese viejo sabio no era un monstruo de maldad. Apenas tenían que reprocharle otra cosa que su flaqueza, pero en el ejercicio de su poder soberano, aquella flaqueza fué á veces tan cruel como la crueldad de Cayus. Tenían además contra él resentimientos domésticos. Si Cayus se había burlado de Séneca, Claudius le había desterrado á la isla de Córcega. Es cierto que le mandó en seguida llamar á Roma, revistiéndole con los ornamentos de pretor; pero no le agradecían haber ejecutado de aquella manera una orden de Agripina, ignorante de lo que ordenaba. Indignados, pero sufridos, confiaban en la emperatriz esperando la muerte del anciano y la elección de nuevo príncipe. Corrían mil rumores vergonzosos referentes á la hija impúdica y cruel de Germánicus; no querían oírlos y celebraban las virtudes de aquella mujer ilustre á la cual debían los Sénecas el término de sus desdichas y el acrecimiento de sus honores. Como sucede con frecuencia, sus convicciones hallábanse de acuerdo con sus intereses. Una dolorosa experiencia de la vida pública no había sido suficiente para disminuir su confianza en el régimen fundado por el divino Augusto, fortalecido por Tiberio, y en el cual desempeñaban tan altas funciones. Para reparar los daños causados por los dueños del Imperio, contaban con un nuevo soberano.

Gallión sacó de un pliegue de su toga un rollo de papiros.

—Amigos míos—dijo—, esta mañana me hicieron saber las cartas llegadas de Roma que nuestro joven príncipe ha recibido en matrimonio á Octavia, hija de César.

Un murmullo complaciente acogió la noticia.

—Es cierto—prosiguió Gallión—que debemos congratularnos de un enlace gracias al cual el príncipe, uniendo á sus primeros títulos los de esposo y de yerno, será en lo sucesivo otro Británico. Mi hermano Séneca no cesa de ponderar en sus cartas la elocuencia y la dulzura de su alumno, que ilustra su juventud pleiteando en el Senado en presencia del emperador. No ha cumplido aún los diez y seis años y ganó ya la causa de tres ciudades culpables ó desdichadas: Ilión, Bolonia y Apamea.

—¿De modo que—preguntó Lucius Cassius—no ha heredado el humor fosco de los Domitius, sus abuelos?

—Ciertamente, no—respondió Gallión—. Es Germánico quien revive en él.

Annaeus Mela, que no tenía fama de adulator, prodigó también al hijo de Agripina sus alabanzas, que parecían conmovedoras y sinceras, porque las garantizaba, por decirlo así, sobre la cabeza de su hijo, niño aún.

—Nerón es casto, modesto, amable y piadoso. Mi pequeño Lucano, al que quiero más que á mis ojos, fué su compañero de juegos y de estudios. Ejercitábanse juntos, declamando en lengua griega y en lengua latina. Juntos intentaron la composición de algunos poemas. Jamás, en sus luchas intelectuales, daba Nerón la más pequeña señal de envidia. Por el contrario, complaciase alabando los versos de su contrincante, en los cuales, á pesar de la mocedad de su autor, brillaban ardientes energías. Dijérase que le agradaba ser derrotado por el sobrino de su maestro. ¡Encantadora modestia del príncipe de la juventud! Los poetas compararon un día la amistad de Nerón y de Lucano con la santa amistad de Euriale y de Nisus.

—Nerón—prosiguió el procónsul—muestra en el brío de la juventud un alma dulce y piadosa, virtudes que, sin duda, los años fortalecerán. Claudius, adoptándole, ha satisfecho juiciosamente un deseo del Senado y del pueblo. Por esta adopción separa del Imperio á una criatura abrumada por el deshonor de su madre, y consigue, uniendo á Octavia con Nerón, asegurar el advenimiento de un César que hará las delicias de Roma. Hijo respetuoso de una madre venerada, discípulo aplicado de un filósofo, Nerón, en cuya adolescencia brillan las más estimables vir-

tudes, Nerón, nuestra esperanza y la esperanza del mundo, recordará, cuando se halle cubierto con la púrpura, las lecciones del Pórtico, y gobernará el Universo con justicia y moderación.

—Aceptamos el augurio—dijo Lollius—. ¡Ojalá comience una era de dichas para el género humano!

—Es difícil prever el porvenir—dijo Gallión—. Sin embargo, no dudamos de la eternidad de Roma. Los oráculos la prometieron un Imperio sin fin, y sería impío poner en duda lo que dicen los dioses. ¿Queréis que os comunique mi más grata esperanza? Me prometo con gozo que la paz reinará para siempre sobre la tierra después del castigo de los partos. Sí. Podemos, sin temor á engañarnos, anunciar el fin de las guerras maldecidas por las madres. ¿Quién osaría turbar la paz romana? Nuestras águilas llegaron á los límites del Universo. Todos los pueblos han sentido nuestra fuerza y nuestra clemencia. El árabe, el sabeo, el habitante del Haemus, el sármata, que apaga su sed con la sangre de su caballo, el sicambro de cabellera rizada, el etiope crespo, acuden en tropel adorando á Roma protectora. ¿De dónde saldrían los nuevos bárbaros? ¿Es posible que los hielos del Norte ó las arenas ardientes de la Libia guarden ocultos enemigos del pueblo romano? Todos los bárbaros, atraídos

misteriosamente, depondrán las armas, y Roma, abuela de cabellos blancos, tranquila en su vejez, verá á los pueblos, sentados en torno como sus hijos adoptivos, meditar la concordia y el amor.

Todos aprobaron esas palabras menos Cassius, que meneó la cabeza.

Enorgullecíase de los honores militares, inherentes á su nacimiento, y la gloria de las armas, tan celebrada por los poetas y los retóricos, excitaba su entusiasmo.

—Dudo ¡oh Gallión!—dijo—que los pueblos cesen de odiarse y de temerse. Y á decir verdad, no lo deseo. Si cesara la guerra, ¿qué sería de la violencia del carácter, la grandeza del alma, el amor de la patria? El heroísmo y la abnegación fueran entonces virtudes inútiles.

—Tranquilízate Lucius—dijo Gallión—, cuando los hombres acaben de vencerse unos á otros, tratarán de vencerse á sí mismos, y este será el más virtuoso esfuerzo que puedan intentar, el empleo más noble de su heroísmo y de su abnegación. Sí; la madre augusta cuyos cabellos blanqueados por los siglos adoramos, Roma, impondrá la paz universal. Entonces dará gusto vivir. La vida en ciertas condiciones resulta grata. Es como una tenue llama entre dos sombras infinitas; lo que nos corresponde de la divinidad. Mientras vive, un hombre es semejante á los dioses.

Cuando Gallión hablaba de tal modo, una paloma fué á posarse sobre la espalda de la Venus, cuyas formas de mármol brillaban entre los mirtos.

—Querido Gallión—dijo Lollius sonriendo—el ave de Afrodita se complace con tus discursos, que son dulces y sentimentales.

Un esclavó servióles vino fresco y los amigos del procónsul hablaron de los dioses. Apollodoro pensaba que no era fácil conocer la naturaleza divina; Lollius dudaba de su existencia.

—Cuando la centella cae—dijo—sólo del filósofo depende que sea la nube ó el dios quien la arroja.

Pero Casius no aprobaba esas afirmaciones ligeras. Creía en los dioses de la República. Inseguro sólo de los límites de su providencia, afirmaba que existían, no consintiendo en separarse del género humano acerca de un punto esencial. Y para confirmarse en la religión de sus abuelos empleaba un razonamiento que aprendió de los griegos.

—Los dioses existen—dijo—. Los hombres se representan sus imágenes. Y no se puede concebir una imagen sin realidad. ¿Cómo es posible que viéramos á Minerva, Neptuno y Mercurio, si no existieran Neptuno, Mercurio ni Minerva?

—Me has convencido—dijo Lollius burlón—.

La pobre anciana que vende pasteles de miel en el Foro al pie de la basílica, ha visto al dios Tifón, con cabeza de burro y un vientre formidable. La derribó, la alzó las vestiduras, la golpeó candenciosa y estrepitosamente y la dejó medio muerta inundada en una orina mal oliente. Ella misma refirió de qué modo, á ejemplo de Antiope, había sido visitada por un inmortal. Es cierto que el dios Tifón existe, puesto que se ha orinado sobre una vendedora de pasteles.

—A pesar de tus burlas, Marcus, no dudo de la existencia de los dioses—insistió Cassius—y supongo que su forma es humana, puesto que bajo esta forma se nos muestran siempre ya en sueños, ya en viglias.

—Es más oportuno—hizo notar Apollodoro—decir que los hombres revisten la forma divina, puesto que los dioses existieron antes que ellos.

—¡Ah, querido Apollodoro!—exclamo Lollius—Olvidas que Diana fué venerada en un principio bajo forma de árbol y que dioses muy potentes ofrecen las apariencias de un pedrusco. Cibele no es representada con dos pechos como una mujer, sino con muchos como una perra ó una cerda. El sol es un dios, pero demasiado ardiente para tener forma humana, tomó forma de bola; es un dios redondo.

Annaeus Mela condenó indulgentemente aquellas burlas académicas:

—No hay que tomar al pie de la letra todo lo que nos dicen de los dioses. Los vulgares llaman Ceres al trigo y Baco al vino. Pero ¿dónde se hallará un hombre bastante loco para creer que come y bebe un dios? Profundicemos la naturaleza divina. Los dioses representan las diversas partes de la naturaleza y se confunden todos en un dios único que es la naturaleza entera.

El procónsul aprobó las palabras de su hermano y gravemente definió los caracteres de la divinidad:

—Dios es el alma del mundo extendida en todas las partes del Universo, comunicándole movimiento y vida. Esa alma, llama creadora penetrando la materia inerte, ha formado el mundo. Lo rige y lo conserva. La divinidad, causa activa, es esencialmente buena. La materia de que se valió, inerte y pasiva, es mala en algunas de sus partes, y Dios no pudo variar su naturaleza. Esto explica el origen del mal en el mundo. Nuestras almas son partículas del fuego divino que debe absorberlas de nuevo un día. Por consiguiente, Dios está en nosotros y se aposenta particularmente en el hombre virtuoso cuya alma no está obstruída por la torpe materia. El elegido en quien Dios reside, es el igual de Dios. Debe contenerlo y no

implorarlo ¡Qué locura rogar á Dios! ¡Qué impiedad dirigirle nuestros anhelos! Es como suponer posible para nosotros aclarar su inteligencia, modificar su corazón, inducirle á que se corrija. Es desconocer la necesidad que gobierna su inmutable sabiduría. Se halla sometido al Destino; es decir, el Destino es Él. Sus voluntades son leyes á que ha de sujetarse como nosotros. Ordena una vez y obedece siempre. Libre y poderoso en su propia sumisión, se obedece á sí mismo. Todos los acontecimientos del mundo son desarrollo de sus intenciones primeras y soberanas. Contra sí mismo su impotencia es infinita.

El auditorio de Gallión aplaudía; pero Apollodoro pidió permiso para formular algunas objeciones.

—Haces bien en creer, ¡oh Gallión!, que Júpiter está sometido á la Necesidad, y estimo, como tú, que la Necesidad es la primera de las diosas inmortales. Pero me parece que tu dios, principalmente admirable por su extensión y su duración, tuvo mejor voluntad que acierto cuando hizo el mundo, puesto que sólo encontró para amasarlo una substancia ingrata y rebelde. Me preocupa, y lamento su desgracia. Los alfareros de Atenas son más afortunados. Se procuran, para construir los vasos, una tierra fina y plástica, la cual toma y conserva fácilmente los con-

tornos que se la dan. Por esta razón, sus ánforas y sus copas tienen formas agradables. Su redondez es graciosa, y el pintor traza fácilmente sobre ella figuras que cautivan los ojos, tales como el viejo Sileno sobre su asno, el tocado de Afrodita y las castas Amazonas. Reflexionándolo, Gallión, imagino que si tu dios tuvo menos fortuna que los alfareros de Atenas, fué por faltarle sabiduría y no ser un buen artesano. La materia que labró no era excelente. Pero tampoco estaba desprovista de todas las propiedades útiles; tú mismo lo has reconocido. No hay cosas absolutamente buenas ni absolutamente malas. Lo que para un empleo es malo, para otro es bueno. Se perdería el tiempo y el trabajo plantando olivos en la arcilla que sirve para modelar ánforas. El árbol de Palas no crecería en esa tierra fina y pura de que se hacen los vasos que nuestros atletas vencedores reciben ruborizándose de pudor y de orgullo. A mi juicio, cuando formó el mundo de una materia no del todo adecuada, tu dios, ¡oh Gallión!, se hizo culpable de una falta semejante á la que cometería un labriego de Megara plantando un árbol en la arcilla de modelar, ó algún obrero del Cerámico cogiendo, para fabricar las ánforas, la tierra pedregosa que fecunda los dorados racimos. Tu dios ha hecho el Universo. Sin duda debió hacer otra cosa para em-

plear los materiales de que disponía. Puesto que la substancia, como tú indicaste, se le mostró rebelde por su inercia ó por alguna otra cualidad mala, ¿debió él obstinarse en darle un empleo impropio y cortar, imprudentemente, como se dice, su arco en un ciprés? La industria no consiste en producir mucho, sino en producir bien. ¡Lástima que no se hubiese limitado á construir menos, pero primorosamente, algo así como un pececillo, una mosca, una gota de agua!

»Podría ponerle aún muchos reparos á tu dios y preguntarte, por ejemplo, si no temes que, por su roce constante por la materia, no se desgaste como se desgasta la piedra del molino moliendo el grano. Pero esos asuntos no pueden resolverse á la ligera, y un procónsul no tiene tiempo que perder. Permíteme al menos que te indique tu falta de razón cuando supones que dios dirige y conserva el mundo, pues tú mismo dices también que se ha privado de inteligencia después de haberlo comprendido todo; de voluntad, después de haberlo ordenado todo; de poder, después de haberlo conseguido todo. Esa fué aún en él una falta muy grave, porque así renunció á la facultad de corregir su obra imperfecta. Yo me inclino á creer que el dios en realidad no es el que tú dices, sino la materia que un día encontró y á la cual nuestros griegos llamaban el caos.

Te equivocas al suponerle inerte: se agita sin cesar, y su perpetuo movimiento mantiene la vida en el Universo.

Así hablaba el filósofo Apollodoro. Habiendo escuchado aquel discurso con alguna impaciencia, defendióse Gallión de haber proferido los errores y las contradicciones que el griego le reprochaba. Pero no supo refutar victoriosamente las razones de su adversario, porque su inteligencia no era muy sutil, y porque su filosofía buscaba principalmente razones que hiciesen al hombre virtuoso y sólo se preocupaba de las verdades útiles.

—Entiende bien, Apollodoro—dijo—, que Dios no es distinto de la Naturaleza. La Naturaleza y Él se confunden en uno. Dios y Naturaleza son dos nombres de un mismo ser, como Novatus y Gallión designan á un hombre solo. Dios, si así lo prefieres, es la razón divina que impulsa al mundo. Y no temas que se desgaste, porque su substancia, como el fuego, consume toda materia y se mantiene inalterable.

«Pero si en algunos puntos—prosiguió Gallión—abarca mi doctrina ideas poco acostumbradas á hermanarse, no me lo reproches, ¡oh querido Apollodorol, y, más bien, alábame por admitir algunas contradicciones en mi pensamientos. Si no fuera yo conciliador con mis pro-

pias ideas, si concediese á un solo sistema una preferencia exclusiva, no me sería posible tolerar la libertad de opiniones; y habiéndola destruído en mí, no la soportaría en los otros, perdiendo el respeto que se debe á toda doctrina razonada ó profesada por un hombre sincero. No permitan los dioses que vea prevalecer en mí un sentimiento exclusivo, rechazando los otros y ejerciendo un imperio absoluto sobre las inteligencias. Imaginaos, amigos míos, lo que serían las costumbres si numerosos hombres creyeran firmemente poseer la verdad, y si, cosa imposible, se pusieran de acuerdo acerca de la verdad. Una piedad excesivamente limitada entre los atenienses, sin embargo llenos de sabiduría y de incertidumbre, ha causado el destierro de Anaxágoras y la muerte de Sócrates. ¿Qué sucedería si millones de hombres vivieran sujetos á una idea única sobre la naturaleza de los dioses? El genio de los griegos y la prudencia de nuestros antepasados han admitido la duda y permitieron adorar á Júpiter bajo diversos nombres. Si en el Universo doliente una secta poderosa proclamase que Júpiter sólo tiene un verdadero nombre, la sangre correría por toda la tierra, y muchos Cayus amenazarán de muerte al género humano con su locura; cada hombre de aquella secta sería un Cayus. Morirían por una palabra.

Matarían por una palabra. Se hallan los hombres más inclinados á matar que á morir por aquello que juzgan verdadero y saludable. Por esto conviene fundar el orden público en la variedad de opiniones, no tratando de establecerlo sobre el consentimiento de todos en una sola creencia. No se obtendría jamás ese consentimiento unánime, y, esforzándose para obtenerlo, se volverían los hombres tan estúpidos como furiosos. Porque la verdad más brillante sólo aparece como un vano murmullo de palabras para los hombres á los cuales se les impone. Cuando me obligas á pensar una cosa que tú comprendes y que yo no comprendo, me turbas con algo, no sólo ininteligible, sino incomprensible. Estoy más cerca de ti creyendo algo distinto de lo que tú crees, pero algo que yo comprenda bien; porque entonces los dos ponemos en juego nuestra inteligencia y tenemos el convencimiento de nuestra propia razón.

—Dejemos este asunto—dijo Lollius—, los hombres instruidos no se unirán jamás para destruir todas las doctrinas en provecho de una sola. Y en cuanto á los vulgares, ¿quién se preocupa de enseñarles que Júpiter tiene seiscientos nombres ó sólo tiene uno?

Cassius, más lento y más grave, tomó la palabra:

—Considera ¡oh Gallión! que la existencia de Dios, tal como tú la expresas, puede ser contraria á las creencias de los antepasados. No importa mucho, después de todo, que tus opiniones sean mejores ó peores que las de Apollodoro. Pero hay que pensar en la patria. Roma debe á su religión sus virtudes y su poder; destruir nuestros dioses fuera destruirnos.

—No temas, amigo mío—replicó vivamente Gallión—, no temas que yo niegue con insolencia á los celestiales protectores del Imperio. La divinidad única ¡oh Lucius! la que conocen los filósofos, contiene en sí misma á todos los dioses, como la Humanidad contiene á todos los hombres. Los dioses cuyo culto ha establecido la sabiduría de nuestros antepasados: Júpiter, Juno, Marte, Minerva, Quirinus y Hércules son las partes más augustas de la Providencia universal, y las partes no existen con menos realidad que el todo. Seguramente no soy un hombre impío enemigo de las leyes, y nadie respeta más que Gallión las creencias sagradas.

Ninguno intentó combatir sus ideas. Y Lollius llevó la conversación á su primer objeto:

—Tratábamos de investigar el porvenir. ¿Cuáles son, á vuestro juicio, amigos míos, los destinos del hombre después de la muerte?

Respondiendo á esta pregunta, Annaeus Mela

prometió la inmortalidad á los héroes y á los sabios, negándosela á la mayoría de los hombres.

—No es creíble—dijo—que los avaros, los glotones, los envidiosos tengan un alma inmortal. ¿Semejante privilegio puede referirse á seres ineptos y groseros? No podemos imaginarlo. Sería ofender la majestad de los dioses pensar que destinan á la inmortalidad al palurdo que sólo conoce sus cabras y sus quesos, y al liberto más rico que Creso, sin otra ocupación que repasar las cuentas que le rinden sus administradores. ¿Es posible, ¡oh dioses!, que se hallen provistos de un alma? ¿Qué representarían codeándose con héroes y sabios en los Campos Elíseos? Esos desdichados, semejantes á tantos otros que habitan sobre la tierra, no son capaces de emplear la vida humana, que es corta. ¿Cómo emplearían otra más duradera? Las almas vulgares se extinguen con la muerte ó revolotean algún tiempo en torno de la tierra y se disipan entre las densas capas del aire. Solamente la virtud, igualando el hombre á los dioses, le hace partícipe de la inmortalidad. Así lo ha dicho un poeta:

Jamás desciende á las sombras del Styx la ilustre virtud. Vive como un héroe, y los destinos no te arrastrarán al torrente cruel del olvido. En el último de tus días la gloria te abrirá el camino del cielo.

Conozcamos nuestra condición. Debemos todos perecer, y perecer completamente. El hombre de una virtud deslumbrante sólo escapa á la suerte común convirtiéndose en dios, haciéndose admitir en el Olimpo entre los Héroes y los Dioses.

—Pero no se da cuenta de su propia apoteosis—dijo Marcus Lollius—. No existe sobre la tierra un esclavo ni un bárbaro, ignorante de que Augusto es un dios; y Augusto lo ignora. Así, nuestros Césares van encaminándose á su pesar hacia las constelaciones; y al presente vemos á Claudius palidecer aproximándose á esos pálidos honores.

Gallión meneó la cabeza.

—El poeta Eurípides ha dicho:

Estimamos esta vida que se nos ofrece sobre la tierra porque no conocemos otra.

—Todo lo que se dice de los muertos es inseguro, tejido de fábulas y de mentiras. Creo firmemente que los hombres virtuosos llegan á la inmortalidad conociéndola plenamente, seguros de alcanzarla. Fijáos bien en que la obtienen por su propio esfuerzo y no como una recompensa concedida por los dioses. ¿Con qué derecho los dioses inmortales humillarían á un hombre virtuoso hasta el extremo de recompensarle? El verdadero salario del bien es haberlo realizado, y no hay,

aparte de la virtud, ningún precio con que pagarla. Dejemos á las almas vulgares, para sostener su vil esfuerzo, el temor del castigo y la esperanza de la recompensa. Estimemos en la virtud solamente la virtud misma. Gallión: si lo que dicen los poetas de los infiernos fuera verdad; si después de morir te condujesen ante el tribunal de Minos, le dirías: «No me juzgues, Minos, mis acciones me han juzgado ya.»

—¿Cómo es posible—preguntó Apollodoro— que los dioses concedan á los nombres la inmortalidad de que no disfrutan?

Apollodoro, en efecto, no creía que los dioses fuesen inmortales, ó al menos que su imperio sobre el mundo se ejerciera eternamente.

Y dió sus razones:

—El reino de Júpiter—dijo—comenzó después de la edad de oro. Sabemos por tradiciones conservadas por los poetas, que el hijo de Saturno ha sucedido á su padre en el gobierno del Universo. Pero todo lo que tiene principio debe tener fin. Es mucho suponer que una cosa limitada por un lado es ilimitada por el otro. Tendríamos que suponerla finita é infinita á un tiempo, lo cual sería un absurdo. Todo lo que ofrece una extremidad es medible á partir de aquella extremidad, y no dejaría de ser medible en toda su extensión, á menos de que mudara de natura-

leza, y la condición de todo lo medible es hallarse comprendido entre dos puntos extremos. Luego debemos tener por seguro que el reino de Júpiter acabará como acabó el reino de Saturno. Por eso dijo Esquilo:

Júpiter está sometido á la Necesidad y no puede librar de lo que es fatal.

Gallión pensaba lo mismo por razones deducidas de la observación de la Naturaleza.

—Estimo como tú ¡oh Apollodoro amigo! que los reinados de los dioses no son eternos; y la observación de los fenómenos celestes me inclina más á creerlo. Los cielos, al igual de la tierra, están sujetos á la corrupción, y los palacios divinos, ruinosos como las moradas de los hombres, se desploman bajo el peso de los siglos. He visto piedras caídas de las regiones del aire, negruzcas y roídas por el fuego; nos ofrecían el testimonio indudable de una conflagración celeste.

»Apollodoro, los cuerpos de los dioses no son más inalterables que sus viviendas. Si es verdad, como lo enseña Homero, que los dioses habitantes del Olimpo fecundan los vientres de las diosas y de las mujeres mortales, esto nos dice que no son ellos mismos inmortales, aunque su vida sea mucho más duradera que la de los hombres; y queda probado que el destino los somete á la

necesidad de transmitir una existencia que no podrían conservar eternamente.

—En efecto—dijo Lollius—no es fácil imaginar que los inmortales produzcan criaturas de igual manera que los hombres y los brutos, ni que posean los órganos necesarios para esta función. Pero acaso los amores de los dioses no son más que mentiras de los poetas.

Apollodoro sostuvo de nuevo con razones gallardas que el reino de Júpiter acabaría, y anunció que al hijo de Saturno pudiera sucederle Prometeo.

—Prometeo—replicó Gallión—fué libertado por Hércules con el consentimiento de Júpiter, y goza en el Olimpo de la felicidad conquistada por su previsión y su amor á los hombres. Nada trocará sus destinos felices.

Apollodoro preguntó:

—¿Quién, á tu juicio, heredará ¡oh Gallión! la centella que estremece al mundo?

—Aunque sea muy atrevido responder á esa pregunta, me creo capaz de hacerlo—respondió Gallión—y nombrar el sucesor de Júpiter.

Cuando pronunciaba estas frases, un oficial de la basílica encargado de anunciar las causas, presentóse advirtiéndole que unos litigantes aguardaban en el Tribunal.

El procónsul preguntó si el asunto era de gran importancia.

—Es un asunto insignificante ¡oh Gallión!—respondió el oficial de la basílica. Un hombre del puerto de Kenkhreos trae á un extranjero ante tu Tribunal. Los dos son judíos y de humilde condición. Disputaban acerca de alguna costumbre bárbara ó de una grosera superstición, como es frecuente entre los sirios.

«He aquí la minuta de su querella.

»El querellante manifiesta ¡oh Gallión! que es jefe de la asamblea de los judíos, ó como se dice en griego, de la sinagoga, y te pide justicia contra un hombre de Tarsia, el cual, establecido recientemente en Kenkhreos, va cada sábado á la sinagoga, donde habla contra la ley judía. Es un escándalo y una abominación que tú evitarás—dice el querellante—. Y reclama la integridad de los privilegios que á los hijos de Israel corresponden. El defensor reivindica para todos los que creen en lo que él enseña la adopción y la incorporación en la familia de un hombre llamado Abrahamus, y amenaza al querellante con la cólera divina; ya ves ¡oh Gallión! que este pleito es insignificante y obscuro. Sólo falta que decidas ahora si quieres juzgarlo tú ó encomendarlo á un magistrado de menos categoría.»

Los amigos del procónsul le aconsejaron que no se molestara por aquel insignificante litigio.

—Me creo en el deber de seguir en este pun-

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

to las reglas trazadas por el divino Augusto. No sólo debo juzgar las importantes causas, sino también las pequeñas cuando no hay jurisprudencia sentada. Ciertos asuntos mínimos se producen diariamente y son interesantes por su frecuencia. Conviene que yo juzgue al menos uno de cada especie. Un juicio del procónsul es ejemplar y hace ley.

—Hay que alabarte ¡oh Gallión!—dijo Lollius—por el celo que muestras al desempeñar tus funciones consulares. Pero conociendo tu sabiduría dudo que te sea agradable juzgar. Lo que los humanos decoran con el nombre de justicia sólo es en realidad un ministerio de baja prudencia y de cruel venganza. Las leyes humanas son hijas de la cólera y del miedo.

Gallión rechazó blandamente aquella máxima. No reconociendo en el fondo á las leyes humanas los caracteres de la verdadera justicia:

—El castigo del crimen está en haberlo cometido. La pena que las leyes añaden es desigual y superflua. Pero ya que por culpa de los hombres existen leyes debemos aplicarlas equitativamente.

Advirtió al oficial de la basílica que dentro de algunos instantes constituiría el tribunal, y luego, dirigiéndose á sus amigos:

—En verdad—les dijo—tengo un motivo poderoso para examinar este asunto detenidamente.

No debo desperdiciar ninguna ocasión de las que me permiten observar á los judíos de Kenkhreos, raza turbulenta, llena de odios, despreciadora de las leyes, á la cual no es fácil contener. Si alguna vez se ve turbada la paz en Corinto será por culpa suya. Este puerto donde vienen á refugiarse todos los navíos de Oriente, oculta entre un amontonamiento confuso de almacenes y de posadas, una muchedumbre innumerable de ladrones, de eunucos, de adivinos, de brujos, de leprosos, de violadores de sepulcros y de homicidas. Es el refugio de todas las infamias y de todas las supersticiones. Venérase á Isis, á Eschmoun, á la Venus Fenicia y al dios de los judíos. Me abruma ver cómo lo invaden todo esos judíos inmundos que se multiplican á la manera de los peces y no como los hombres. Pululan por las calles fangosas del puerto como los cangrejos por las rocas.

—De igual modo pululan en Roma, y eso ya es más terrible—dijo Lucius Cassius—. El mayor crimen de Pompeyo consiste, sin duda, en haber introducido esa lepra en la ciudad. Los prisioneros aportados de Judea para su triunfo, y á los cuales tuvo el desacierto de no tratar según la costumbre de sus antepasados, poblaron de su ralea servil la orilla derecha del río. Al pie del Janículo entre las tenerías, las triperías y estercoleros, en ese barrio á donde afluyen todas las

infamias y todos los horrores del mundo, viven de los oficios más viles, explotan á los compradores procedentes de Ostia, venden andrajos y bazofias, y cambian pajuelas por cristales rotos. Sus mujeres dicen la buenaventura en la casa de los ricos, sus hijos piden limosna á los transeuntes en los bosques de Egeria. Como tú lo dijiste, Gallión, enemigos del género humano y de sí mismos, fomentan constantemente la sedición. Hace algunos años los partidarios de un llamado Chrestus ó Cherestus, promovieron entre los judíos sangrientos motines. En la puerta Portessa lucharon á sangre y fuego, y César, á pesar de su longanimidad, tuvo que mostrarse riguroso arrojando de Roma á los más levantiscos.

—No lo ignoro—dijo Gallión—; muchos de aquellos expulsados vinieron á establecerse en Kenkhreos, entre ellos un judío y una judía del Puente que viven aún ejerciendo algún oficio humilde. Creo que tejen ordinarias telas de Cilicia. No he sabido nada que merezca recordarse acerca de los partidarios de Chrestus. En cuanto á Chrestus ignoro qué ha sido de él, y si vive aún.

—También yo lo ignoro, Gallión—repuso Lucius Cassius—, y nadie lo sabrá nunca. Esos seres viles ni siquiera consiguen la celebridad del cri-

men. Además, tantos esclavos llevan ese nombre, que sería muy difícil buscar á uno determinado entre la multitud.

»Pero no es bastante para los judíos promover tumultos en esas zahurdas donde su hacinamiento y suciedad los libran de toda vigilancia. También se extienden por la ciudad, se insinúan entre las familias y siembran en todas partes el desorden. Vociferan en el Foro asalariados por algunos agitadores. Y esos despreciables extranjeros excitan á los ciudadanos para que se odien los unos á los otros. Toleramos ya demasiado tiempo su presencia en las Asambleas populares, y no es cosa nueva que los oradores se abstengan de hablar contra el sentimiento de esos miserables, de miedo á ser ultrajados por ellos. Obsatinados en someterse á su ley bárbara quieren someter á los otros, y encuentran adeptos entre los asiáticos y entre los griegos. Pero lo más increíble, y cierto por desgracia, es que llegan á imponer su costumbre á los mismos latinos. Hay en la ciudad barrios enteros donde se cierran todas las tiendas el día de su sábado. ¡Oh vergüenza de Roma! Y mientras corrompen á las gentes humildes entre las cuales viven; sus reyes, admitidos en el Palacio del César, practican sus supersticiones con insolencia, y dan á todos los ciudadanos un ejemplo ilustre y detestable. De este

modo por todas partes los judíos impregnan la Italia en el veneno de Oriente.

Annaeus Mela, que había viajado por todo el orbe romano, hizo comprender á sus amigos la importancia del mal de que se lamentaba.

—Los judíos corrompen toda la tierra—dijo—. No hay ciudad griega y casi tampoco hay ciudades bárbaras, donde no se deje de trabajar el séptimo día, donde no se enciendan lámparas, donde no se hagan ayunos como los hacen los judíos, donde no se abstengan como ellos, de comer la carne de ciertos animales.

»En Alejandría encontré un anciano judío que no estaba falto de inteligencia ni de conocimientos, hallándose versado en letras griegas. Blasonaba de los progresos que hacía su religión en el Imperio: «A medida que los extranjeros conocen nuestras leyes—me dijo—las encuentran amables y se someten á ellas gustosos, tanto los romanos como los griegos, tanto los que viven en el continente como los habitantes de las islas, tanto las naciones occidentales como las orientales, la Europa como el Asia.» Aquel anciano exageraba tal vez un poco, pero es verdad que se ven muchos griegos inclinados á las creencias de los judíos.

Apollodoro negó vivamente que aquello fuese verdad.

—Griegos judaizantes—dijo—sólo podréis encontrarlos entre la hez del pueblo y entre los bárbaros que van errantes por la Grecia como bandidos y vagabundos. Es posible que los sectarios de ese Chrestus hayan seducido á pobres griegos ignorantes, haciéndoles creer que se encuentran en los libros hebreos las ideas de Platón acerca de la providencia divina. Tal es, en efecto, la mentira que propalan.

—Es un hecho—respondió Gallión que los Judíos reconocen un dios único invisible, todopoderoso, creador del mundo. Pero es preciso que lo adoren con prudencia. Publican que ese dios es el enemigo de todo lo que no sea judaico y que no puede tolerar en su templo ni los simulacros de los otros dioses, ni la estatua de César, ni sus propias imágenes. Tratan de impíos á los que fabrican un dios á semejanza del hombre con materias perecederas.

»Y para demostrar que su dios no puede ser representado por el mármol, ni por el cobre, aducen varias razones, algunas de las cuales, lo confieso, son buenas, y conformes á la idea que tenemos de la divina providencia. ¿Pero qué pensar ¡oh querido Apollodoro! de un dios bastante enemigo de la República, para no admitir en su santuario las estatuas del príncipe? ¿Qué pensar de un dios que juzga ofensa los honores tributa-

dos á otros dioses? ¿Y qué pensar de un pueblo que supone en sus dioses tales sentimientos? Los judíos miran á los dioses de los latinos, de los griegos y de los bárbaros, como dioses enemigos, y extreman la superstición hasta creer que poseen de Dios un pleno y absoluto conocimiento, al cual no se puede añadir ni quitar nada.

«Bien sabéis, amigos míos, que no basta tolerar todas las religiones; hay que honrarlas todas, creer que todas son santas, que son iguales entre sí, por la buena fe de los que las profesan, que semejantes á las flechas lanzadas de puntos diferentes hacia un mismo punto, se reúnen todas en el seno de Dios. Sólo esa religión que no tiene tolerancia para las otras, no deberá ser tolerada. Si la dejan crecer devorará á todas las demás. ¿Qué digo? Una religión tan intransigente no es una religión, es más bien una abligión; no es un lazo que une á los hombres piadosos, sino la ruptura de ese lazo sagrado. Es una impiedad, la mayor de todas las impiedades. Porque ¿puede hacerse un ultraje más cruel á la divinidad que adorarla en una forma única y consagrarla al mismo tiempo á la execración bajo todas las demás formas que reviste á los ojos de los hombres?

«¡Cómo! Por sacrificar ante Júpiter que lleva una medida sobre la cabeza ¿prohibiré á un extranjero que sacrifique ante Júpiter cuya cabe-

llera, semejante á la flor del jacinto, desciende libre sobre sus espaldas? ¿Y seguiría creyéndome así adorador de Júpiter? ¡No! Fuera un impío. El hombre religioso, ligado á los dioses inmortales, está igualmente ligado á todos los hombres por la religión que une la tierra con el cielo. Execrable error el de los judíos, que se creen piadosos no adorando más que á su Dios!

—Se circuncisan en su honor—dijo Annaeus Mela—. Para disimular esa mutilación, vense obligados cuando van á los baños públicos á encerrar en un estuche lo que no se debe razonablemente mostrar con ostentación ni ocultar como una ignominia. Porque resulta igualmente ridículo en un hombre enorgullecerse ó avergonzarse de aquello que tiene de común con todos los hombres. No sin razón tememos, amigos míos, los progresos de las costumbres judaicas en el imperio. No es de temer, sin embargo, que los romanos y los griegos adopten la circuncisión. No es creíble que este uso se extienda tampoco entre los bárbaros, para los cuales no sería tanto sacrificio como para nosotros, puesto que la mayoría de ellos son bastante absurdos para suponer deshonroso en un hombre que se muestre desnudo ante sus semejantes.

—¡Se me ocurre una idea!—exclamó Lollius—. Cuando nuestra dulce Canidia, la flor de

las matronas de Esquilino, manda á las Termas á sus hermosos esclavos, los obliga á ponerse unos calzones, regateando á todo el mundo hasta la vista de lo que la es más grato en ellos. ¡Por Pólux!, será causa de que los crean judíos; humillante sospecha hasta para un esclavo.

Lucius Cassius, repuso sobresaltado:

—Ignoro si la demencia judía invadirá el mundo entero. Pero ya es demasiado que esa locura se propague entre los ignorantes; ya es demasiado que sea tolerada en el Imperio; ya es demasiado que se deje subsistir á esa raza fétida, sumergida en todas las vergüenzas, impía y perversa en sus leyes, para execración de los dioses inmortales. El Sirio obscuro corrompe á la ciudad de Roma. Esta humillación es el castigo de nuestros crímenes. Hemos despreciado las antiguas costumbres y la buena disciplina de nuestros ascendientes. No seguimos las huellas de aquellos conquistadores del mundo que nos lo sometieron. ¿Quién se acuerda ya de los arúspices? ¿Quién respeta á los augurios? ¿Quién venera á Mavors y á los Gemelos divinos? ¡Oh triste abandono de los deberes religiosos! La Italia ha repudiado á sus dioses indígenas y á sus genios tutelares. En lo sucesivo, hallaráse abierta por todas partes á las supersticiones extranjeras y entregada indefensa á la turba impura de sacerdo-

tes orientales. ¡Ay! Roma conquistó al mundo, sólo para ser conquistada por los judíos. Ciertamente no faltaron avisos. Los desbordamientos del Tíber y la escasez de los granos, son signos indudables de la cólera divina. Cada día nos trae algún presagio funesto. La tierra tiembla, el sol se nubla, la centella resplandece sobre un cielo puro. Suceden los prodigios á los prodigios. Se han visto pájaros de mal agüero parados en lo más alto del Capitolio. En la ribera etrusca un buey habló. Algunas mujeres han concebido monstruos. Una voz lamentable se alzó entre los juegos del teatro. La estatua de la Victoria ha saltado las riendas de su carro.

—Los habitantes de los palacios celestes—dijo Marcus Lollius—tienen extrañas maneras de darse á conocer. Si desean algo más de grasa y de incienso, que lo digan claramente, en lugar de mostrar su disgusto con el trueno, el nublado, las cornejas, los bueyes, las estatuas de cobre y las criaturas de dos cabezas. Reconoce también, Lucius, que tienen mucha facilidad para presagiar males, puesto que según el curso natural de las cosas, no hay un solo día que no arrastre un infortunio privado ó público.

Pero Gallión parecía impresionado por las tristezas de Cassius.

—Claudius—dijo—. Claudius, aunque dormita

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO B. L. S."
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

constantemente, se conmueve ante la magnitud del peligro. Se quejó en el Senado del desprecio en que han caído las antiguas costumbres. Temeroso del progreso de las supersticiones extranjeras, el Senado por su consejo restableció los arúspices. Pero no sólo en las ceremonias del culto, sino en los corazones de los hombres, convenría restablecer la pureza primitiva. Romanos: reclamad vuestros dioses. El verdadero refugio de los dioses en la tierra, es el alma de los hombres virtuosos. Recobrad las virtudes pasadas, la sencillez, la buena fe, el amor del bien público y los dioses volverán á vuestras almas. Seréis á la vez sus templos y sus altares.

Dijo y despidiéndose de sus amigos acercóse á la litera que le aguardaba cerca del bosque de mirtos, para llevarle al tribunal.

Se habían levantado todos, y tras él, abandonaron el jardín, avanzando tranquilamente hasta un doble pórtico dispuesto de tal manera que á cualquier hora del día daba sombra y que conducía desde los muros de la ciudad hasta la basilica donde el procónsul administraba justicia.

Por el camino, Lucius Cassius lamentábase á Mela del olvido en que cayeron las antiguas disciplinas.

Marcus Lollius, apoyando la mano sobre el hombro de Apollodoro, dijo:

—Me parece que ni nuestro dulce Gallión ni Mela, ni siquiera Cassius, revelaron por qué odian con tal vehemencia á los judíos. Yo creo saberlo, y quiero revelártelo, querido Apollodoro. Los romanos, que ofrecen á los dioses, como un presente agradable, una trucha blanca envuelta en cintas, execran á los judíos que se niegan á comer cerdo. No en vano los Destinos enviaron al piadoso Eneas una jabalina blanca en presagio. Si los dioses no hubieran cubierto de encinas los reinos salvajes de Evandro y de Turnos, Roma no sería la dueña del mundo. Las bellotas del Latino engordaron los cerdos cuya carne sació el hambre insaciable de los magnánimos sobrinos de Remo. Nuestros italianos, cuyos cuerpos se han formado con jabalies y con cerdos, sentíanse ofendidos por la orgullosa abstinencia de los judíos, obstinados en rechazar, como si fuera un alimento inmundo, los gordos rebaños, tan estimados del viejo Catón, que alimentaron á los dueños de Universo.

De este modo los cuatro, en agradable conversación y gozando la dulzura de la sombra, llegaron á la extremidad del pórtico y vieron el Foro resplandeciente de luz.

En aquella hora matinal hallábase rebotante de multitud ruidosa. En medio de la plaza se alzaba

una Minerva de cobre sobre un zócalo donde estaban esculpidas las Musas, y veíanse á derecha y á izquierda un Mercurio y un Apolo de bronce, obra de Hermógenes de Citerea. Un Neptuno de verde barba se alzaba en una pila, y á los pies del dios, un delfín arrojaba agua por la boca.

El Foro estaba rodeado completamente de monumentos, cuyas altas columnas y cuyas bóvedas revelaban la arquitectura romana. Frente al pórtico por el cual Mela y sus amigos habían llegado, los Propileos sobre dos carros dorados limitaban la plaza pública y conducían por una escalera de mármol á la vía larga y recta del Leckheo. A uno y otro lado de aquellas puertas heroicas reinaban los frontones pintados de los santuarios, el Panteón y el templo de Diana Efesina. El templo de Octavia, hermana de Augusto, dominando el Foro, encarábase con el mar.

La basilica sólo estaba separada de él por una callejuela oscura. Elevábase sobre dos pisos de arcos sostenidos por pilares, á los cuales se aplicaban semicolumnas dóricas dispuestas sobre base cuadrada. Reconociábase allí el estilo romano, que imprime su carácter á todos los edificios de la ciudad. Sólo quedaban de la primitiva Corinto ruinas calcinadas de un antiguo templo. Los arcos inferiores de la basilica estaban abiertos y servían de tiendas donde se albergaban mercade-

res de frutas, de legumbres, de aceite, de vino y de frituras, pajareros, polleros, librereros y barberos. Los cambiantes hallábanse sentados detrás de pequeñas mesas cubiertas de oro y plata, y del obscuro hueco de aquellas guaridas salían gritos, risas, llamamientos, voces de reyertas y olores fuertes. Sobre la escalinata de mármol, donde quiera que la sombra azuleaba los escalones, los ociosos jugaban á los dados ó á las tabas, los litigantes se paseaban de un lado á otro, con aspecto ansioso, los marineros reflexionaban gravemente los placeres en que debían emplear su dinero, y los curiosos leían las noticias de Roma redactadas por griegos fútiles. A esta muchedumbre de corintios y extranjeros acudían con obstinación de mendigos, ciegos, jóvenes depilados y pintarrajeados, vendedores de pajuelas y marineros lisiados llevando colgado del cuello el cuadro de su naufragio. Desde lo alto de la basilica, las palomas bajaban á bandadas, posándose ó revoloteando sobre los espacios libres cubiertos de sol, y picoteaban algunas simientes escondidas en las hendeduras de las losas.

Una muchacha de doce años, morena y aterciopelada como una violeta de Zante, dejó en el suelo á su hermanillo, que no sabía andar aún, puso cerca de él una cazuela rota llena de sopa, con una cuchara de madera, y le dijo:

—Come, Comatas, come y calla, si no vendrá el caballo rojo.

Luego se precipitó con un óbolo en la mano hacia el pescadero, que se hallaba de pie tras unas banastas tapizadas de algas marinas, con la cara arrugada y el pecho desnudo, color de azafrán.

Entre tanto, una paloma que revoloteaba en torno del pequeño Comatas, enredó sus patitas entre los cabellos del niño, y llorando y pidiendo socorro á su hermana, la criatura gritó con voz ahogada por los sollozos:

—¡Ioessa! ¡Ioessa!

Pero Ioessa no le oía. Buscaba en las cestas del viejo, entre los pescados y las conchas, algo con que disfrazar la sequedad de su pan. No escogió ningún merlo, de carne delicada, pero de coste subido, llevándose en el hueco de su traje recogido, tres puñados de erizos y de agujas de mar.

Y el pequeño Comatas, con la boca abierta bebiendo sus lágrimas, no cesaba de gritar:

—¡Ioessa! ¡Ioessa!

El pájaro de Venus no alzó, como el águila de Júpiter, al pequeño Comatas por los espacios celestes. Lo dejó en la tierra llevándose, al volar, entre sus patitas sonrosadas, tres hilos de oro de una cabellera enmarañada.

Y el niño con las mejillas brillantes de lágrimas

embadurnadas de polvo, oprimiendo entre sus dedos la cuchara de madera, seguía sollozando junto á la cazuela volcada.

Acompañado por sus tres amigos, Annaeus Mela había subido la escalinata de la basilica. Indiferente al ruido y al movimiento de la multitud vagabunda, explicaba á Cassius la renovación futura del Universo.

—En un día fijado por los dioses, las cosas presentes, cuyo buen orden y disposición atraen vuestras miradas, serán destruídas. Los astros chocarán con los astros, todas las materias que componen el suelo, el aire y las aguas, arderán en una sola hoguera. Y las almas humanas, ruinas imperceptibles en la ruina universal, volverán á sus elementos primitivos. Un mundo nuevo...

Al pronunciar esas palabras Annaeus Mela tropezó con un hombre que dormía tendido á la sombra. Era un anciano, que había reunido con arte sobre su cuerpo polvoriento, los rasgones de su manto. Sus alforjas, sus sandalias y su bastón yacían á su lado.

El hermano del procónsul, siempre bondadoso é indulgente con las personas de la más humilde condición, se hubiera excusado, pero el durmiente no le dió lugar, precipitándose á decir:

—Mira bien dónde pones el pie, bruto, y ofrece una limosna al filósofo Posocharés.

—He visto unas alforjas y un bastón—dijo el romano sonriendo—, pero no veo aún al filósofo.

Y cuando se disponía á ofrecer á Posocharés una moneda de plata, Apollodoro le contuvo diciéndole:

—Abstente, Annaeus. No es un filósofo, ni siquiera es un hombre.

—Pero yo lo seré—respondió Mela—dándole algún dinero, y él lo será si lo toma. Porque entre todos los animales el hombre sólo hace ambas cosas. ¿Y no quieres que por una moneda me asegure de que valgo más que él? Tu maestro enseña que quien da es mejor que quien recibe.

Posocharés cogió la moneda. Luego vomitó sobre Annaeus Mela y sus compañeros, groseras injurias, tratándolos de orgullosos y libertinos y recomendándolos á las prostitutas y juglares que pasaban en torno de ellos meneando las caderas. Después de lo cual, descubriendo hasta el ombligo su cuerpo veloso y reuniendo sobre su cara los jirones de su manto, volvió á echarse á la larga sobre el suelo.

—¿No sentis curiosidad—preguntó Lollius á sus compañeros—de oír cómo lo judíos en el pretorio exponen el motivo de su contienda?

Le respondieron que no sentían semejante curiosidad y que les agradaba más pasearse bajo el

pórtico esperando al procónsul, que sin duda no tardaría en aparecer.

—Haré lo que vosotros, amigos míos—replicó Lollius—y no perderemos nada interesante.

»Además—añadió—los judíos que vinieron de Kenkhreos para acompañar á los litigantes, no están todos en la basílica. Ahí tenéis uno fácil de conocer por su nariz corva y su barba horquillada.

Y Lollius con la mirada y con el índice, señalaba á un extranjero flaco y pobremente vestido, el cual bajo el pórtico vociferaba entre una muchedumbre burlona:

—¡Corintios, fiáis mucho en vuestra sabiduría que sólo es locura! ¡Seguís como ciegos los preceptos de vuestros filósofos, que os enseñan la muerte y no la vida! ¡No observáis la ley natural, y para castigaros Dios, os entrega á los vicios contra naturaleza!...

Un marinero que se acercó al círculo de los curiosos, reconociendo al hombre que vociferaba, murmuró encogiéndose de hombros:

—Es Stefanas, el judío de Kenkhreos, que nos trae aún alguna extraordinaria noticia de su residencia en las nubes, á donde se remontó, según dice.

Y Stefanas decía al pueblo:

—El cristiano se ha librado de la ley y de la

concupiscencia. Se ha eximido de la condena por la misericordia de Dios: del único Dios que ha enviado á su hijo único para destruir el pecado tomando forma en carne pecadora. Pero vosotros no seréis salvos mientras rompiendo con la carne no viváis conforme al espíritu.

«Los judíos observaban la ley y creen ser redimidos por sus obras. Pero solamente la fe salva y no las obras. ¿De qué les sirve ser circuncisos de hecho si su corazón es incircunciso?

«Corintios, tened fe, y seréis incorporados á la familia de Abraham.»

La muchedumbre empezó á reir y á burlarse de aquellas palabras obscuras, pero el judío con voz cavernosa profetizaba. Anunció el fuego destructor que devoraría el mundo.

—Y todo eso lo veré yo en vida—gritaba—, lo veré con mis ojos. Ha llegado la hora de abandonar el sueño. La noche ha pasado y el día se acerca. Los santos serán dichosos en el cielo, y los que no hubieren creído en Jesús crucificado perecerán.

Luego, prometiendo la resurrección de los cuerpos, invocó á Anastasis entre las burlas de la muchedumbre ruidosa.

En aquel momento, un hombre de robustos pulmones, el panadero Milon, miembro del Senado de Corinto que había escuchado al judío

durante un momento, con impaciencia se acercó á él, y cogiéndole por el brazo, le zarandeó rudamente.

—Calla, miserable—le dijo—, calla y no pronuncies más palabras inútiles; todo lo que nos dices no es más que un cuento de niños y simplezas propias para seducir el espíritu de las mujeres. ¿Cómo pudiste bajo la fe de tus ensueños hilvanar tantas simplezas, despreciando todo lo que es hermoso y gozándote sólo con lo malo, sin sacar siquiera provecho de tus odios? Renuncia á tus fantasmas engañosos, á tus designios perversos, á tus profecías oscuras, temiendo que un dios te entregue á los cuervos para castigarte por tus imprecaciones contra esta ciudad y contra el Imperio.

Los ciudadanos aplaudieron las palabras de Milon.

—Es cierto lo que dices—gritaban—. Los sirios no tienen más que un propósito: quieren debilitar nuestra patria. Son los enemigos del César.

Algunos tomaron de las fruterías calabacines y algarrobas, y otros cogieron del suelo cáscaras de ostras que arrojaron al apóstol mientras continuaba profetizando.

Empujado fuera del pórtico iba por el Foro clamando aún entre los gritos, las injurias y los golpes, salpicado por las inmundicias, ensangrentado y medio desnudo.

—Mi maestro lo ha dicho, somos las barreduras del mundo.

Y manifestaba una triunfante alegría.

Los niños le persiguieron por el camino de Kenkhreos gritando:

—¡Anastasis! ¡Anastasis!

Posocharés no dormía ya. Cuando se hubieron alejado los amigos del procónsul, se incorporó apoyándose sobre un codo. Sentada sobre un escalón, á poca distancia de él, la morena Ioessa, trituraba entre sus dientes de perra moza el caparazón de una aguja de mar. El cínico la llamó mostrándola el brillo de la moneda de plata que acababa de recibir. Luego, habiéndose ceñido sus harapos, levantóse, calzó sus sandalias, recogió su bastón y sus alforjas, y comenzó á bajar la escalinata. Ioessa corrió hacia él quitándole de la mano las alforjas agujereadas que se puso á la espalda como para llevarlas en ofrenda á la augusta Cypris y siguió al viejo.

Apollodoro los vió avanzar por el camino de Kenkhreos aproximándose al cementerio de los esclavos y al lugar de los suplicios, que se distinguía de lejos por la nube de cuervos que volaban sobre las cruces. El filósofo y la muchacha conocían allí un matorral de ligustros siempre desierto y propicio á los juegos de Eros.

Tirando de la toga á Mela dijo Apollodoro:

—Mira. Con la limosna que de ti ha recibido ese perro, trata de acoplarse con una niña.

—Luego resulta—respondió Mela—que socorro con mi dinero á un hombre á quien el dinero le hacía mucha falta.

Y el pequeño Comatas, sentado sobre un escalón de piedra, se chupaba los pulgares riendo al ver una piedra que resplandecía con el sol.

—Por lo demás—prosiguió Mela—tú debes reconocer ¡oh Apollodoro! que no es de las menos filosóficas la manera como Posocharés comprende el amor. Ese perro sabe más que nuestros jóvenes libertinos del Palatino, los cuales gozan del amor entre perfumes, risas y lágrimas con languideces y furores.

Mientras hablaba, un ronco clamor se alzó en el Pretorio ensordeciendo al griego y á los tres romanos.

—¡Por Pólux!—exclamó Lollius—los litigantes á quienes juzga nuestro Gallión gritan como pregoneros, y me parece que á nosotros llega con su vocerío á través de las puertas una peste de sudor y de cebolla.

—Nada más cierto—dijo Apollodoro—. Pero si Posocharés fuera un filósofo y no un perro, lejos de sacrificar ante la Venus callejera, huiría de todas las mujeres dedicándose únicamente á un mozo cuya belleza exterior contemplaría como re-

flejo de una belleza interior más noble y más preciosa.

—El amor —prosiguió Mela— es una pasión despreciable. Perturba los consejos, rompe los propósitos generosos y destruye las ideas más altas en provecho de las más viles. No es fácil que lo abrigue un entendimiento cultivado. Como el poeta Eurípides nos enseña...

Mela no concluyó la frase. Precedido por los lictores que abrían paso entre la muchedumbre, salió de la basílica el procónsul y se acercó á sus amigos.

—No me han entretenido mucho tiempo lejos de vosotros—dijo—. La causa que fuí llamado á juzgar era insignificante y ridícula. Al entrar en el Pretorio, hallélo invadido por una tropa abigarrada de esos judíos que venden en el puerto de Kenkhreos, en sórdidas tiendas: alfombras, telas y pequeñas joyas de oro y de plata. Llenaban el aire de aullidos estridentes y de un insoportable olor chotuno. Me costó algo comprender el sentido de sus palabras y tuve que hacer un esfuerzo para enterarme de que uno de aquellos judíos llamado Sostenio, que se llama jefe de la sinagoga, acusaba de impiedad á otro judío muy feo, patizambo y legañoso, llamado Pablo, oriundo de Tarsia, que ejerce desde tiempo atrás en Corinto su oficio de tapicero, y que se ha unido á

los judíos expulsados de Roma para fabricar telas de tienda y esas vestiduras cilicianas de pelo de cabra. Hablaban todos á la vez y en un griego muy incorrecto. Sin embargo, comprendí que Sostenio acriminaba á Pablo por haber ido á la casa donde los judíos de Corinto tienen costumbre de reunirse cada sábado y haber tomado la palabra para seducir á sus correligionarios, incitándoles á que sirvieran á su dios de una manera contraria á su ley. No he querido saber más, y consiguiendo, no sin dificultad, que se callaran, les dije que si hubiesen ido á quejarse ante mí de alguna injusticia ó de alguna violencia de que fueran objeto, les oyera pacientemente y con toda la atención necesaria, pero que tratándose nada más de una disputa de palabras y de una interpretación de los términos de su ley, yo no podía ser juez en una causa de tal especie; y los despedí diciéndoles: «Resolved entre vosotros vuestras disputas á vuestra manera.»

—¿Y qué han dicho ellos?—preguntó Cassius— ¿Hánse conformado con una resolución tan prudente?

—No es propio de la naturaleza de los brutos—respondió el procónsul— comprender la prudencia. Esas gentes han acogido mi resolución con agrios murmullos, que no he tomado en cuenta. Los dejé gritando y contradiciéndose al pie del

Tribunal. Fué, sin duda, el querellante quien recibió más porrazos. A no intervenir mis lictores, lo pasaría mal. Esos judíos del puerto son muy ignorantes, y, como la mayoría de los ignorantes, careciendo de la facultad de sostener con razones lo que juzgan verdadero, sólo saben disputar á puñetazos y á patadas.

«Los amigos de ese judío disforme y legañoso, llamado Pablo, parecen muy hábiles en ese género de controversia. ¡Dioses piadosos! cómo se cebaron en el jefe de la sinagoga, abrumándole con una granizada de golpes y aplastándole bajo sus pies. Además, no dudo que los amigos de Sostenio, si hubieran sido los más fuertes, trataran á Pablo como los amigos de Pablo trataban á Sostenio.

Mela felicitó al procónsul.

—Hiciste bien ¡oh hermano mío! despidiendo juntos á esos miserables litigantes.

—¿Podía obrar de otra manera?—replicó Gallión—. ¿Cómo juzgar entre Sostenio y Pablo, que son igualmente estúpidos y extravagantes el uno y el otro? Si los trato con menosprecio, no creáis, amigos míos, que lo hago porque son débiles y pobres, porque Sostenio huele á pescado salado y porque Pablo endureció sus dedos y su inteligencia tejiendo alfombras y telas de tienda. No; Filemón y Baucis eran también pobres, y,

sin embargo, dignos de grandes honores. Los dioses no se negaron á tomar asiento junto á su mesa frugal. La sabiduría ensalza á un esclavo por encima de su señor. Digo poco: un esclavo virtuoso es superior á los dioses. Si les iguala en sabiduría, les aventaja por la belleza del esfuerzo. Esos judíos sólo son despreciables porque son groseros y porque ninguna imagen de la divinidad brilla en ellos.

Al oír estas palabras, Marcus Lollius sonrió y dijo:

—En efecto, los dioses no frecuentan mucho á los sirios que viven en los puertos entre los mercaderes y las prostitutas.

—Los propios bárbaros—prosiguió el procónsul—tienen alguna idea de los dioses. Sin hablar de los egipcios que en tiempos lejanos fueron hombres llenos de piedad, no hay pueblo alguno en toda el Asia que no haya sabido rendir un culto, sea á Júpiter, sea á Diana, á Vulcano, á Juno, ó á la madre de las Aeneadas. Dan á esas divinidades nombres extraños, formas confusas y les ofrecen algunas veces víctimas humanas; pero todos reconocen su poder. Solamente los judíos ignoran la providencia de los dioses. Yo no sé si ese Pablo á quien los judíos llaman igualmente Saulo, es tan supersticioso como los demás y tan obstinado en sus errores; ignoro qué obscura idea

se forma de los dioses inmortales y á decir verdad no me siento curioso de averiguarlo. ¿Qué puede aprenderse de los que nada saben? Es, hablando con propiedad, instruirse en la ignorancia. A juzgar por algunos razonamientos confusos que tuvo ante mí, contestando á su acusador, creo entender que se aparta de los sacerdotes de su pueblo, que repudia la religión de los judíos, adorando á Orfeo bajo un extraño nombre que no he fijado en la memoria. Lo que me lo hace suponer, es que habla con respeto de un dios, ó mejor dicho, de un héroe, que habrá descendido á los infiernos y vuelto á la luz después de haber vagado entre las pálidas sombras de los muertos. Acaso consagró un culto á Mercurio subterráneo. Pero me siento inclinado á creer que adora á Adonis, pues he creído oír que, á ejemplo de las mujeres de Biblos, compadecía los padecimientos y la muerte de un dios.

»Esos dioses adolescentes que mueren y resucitan, abundan sobre la tierra de Asia. Las cortesanas sirias han traído algunos á Roma; esos celestiales adolescentes agradan á las mujeres honradas más de lo que convendría. Nuestras matronas no se ruborizan de celebrar en secreto sus misterios. Mi Julia, tan prudente y tan reservada, me ha preguntado varias veces si se debía creer algo de todo eso. «¿Qué dios, le ha respondido con

indignación, qué dios el que se goza con los homenajes furtivos de una mujer casada!». Una mujer no debe tener otros amigos que los de su esposo. Y los dioses, ¿no son nuestros primeros amigos?

—Ese hombre de Tarsia—preguntó el filósofo Apollodoro—¿no venera más bien á Tifón, al cual llamaban los egipcios Sethus? Dicen que un dios con cabeza de asno recibe las veneraciones de una secta judía. Ese dios no puede ser otro que Tifón, y no me sorprendería que los tejedores de Kenkhreos mantuvieran secretas relaciones con el Inmortal, que, según referencias de nuestro dulce Marcus, inundó á la vendedora de pasteles con su orina celeste.

—No lo sé—respondió Gallión—. Dicen que muchos sirios se reúnen para celebrar en secreto el culto de un dios con cabeza de asno; y es posible que Pablo sea de esos. Pero ¿qué importa el Adonis, el Mercenario, el Orfeo, el Tifón de ese judío? Sólo reinará sobre las que dicen la buenaventura, sobre los usureros y los mercaderes sórdidos que en los puertos de mar despojan á los marineros. A lo sumo puede conquistar en los barrios extremos de las grandes ciudades algunos puñados de esclavos.

—¡Eh! ¡eh!—exclamó Marcus Lollius soltando la carcajada—. Imagináis á ese asqueroso Pablo

fundando una religión de esclavos. ¡Por Cástor! Sería una maravillosa novedad. Si por ventura el dios de los esclavos, ¡Júpiter desmiente ese presagio!, escalase el Olimpo, arrojando á los dioses del Imperio, ¿qué haría después? ¿Cómo ejercería su poder sobre el mundo sorprendido? Sería curioso verlo. Sin duda prolongaría las saturnales á lo largo de todo el año. Abriría á los gladiadores la carrera honorífica; colocaría á las prostitutas de Sura en el templo de Vesta y acaso haría de alguna miserable poblachón de Siria la capital del mundo.

Lollius hubiera proseguido así divagando largo tiempo á no interrumpirle Gallión.

—Marcus: no esperes ver realizadas esas maravillosas novedades—dijo—. Aun cuando los hombres sean capaces de grandes locuras, no puede creerse que un humilde tapicero judío seduzca á todo el mundo con su incorrecto griego y sus cuentos de un Orfeo sirio. El dios de los esclavos lograría sólo fomentar los disturbios y las guerras serviles que serían pronto ahogadas en sangre y perecería él mismo con sus adoradores en un anfiteatro, desgarrado por las fieras, entre los aplausos del pueblo romano.

Dejemos á Pablo y á Sostenio sus ideas, no pueden sernos útiles en las investigaciones que nos afanaban cuando las interrumpieron tan in-

oportunamente. Tratábamos de conocer el porvenir que los dioses nos reservan, no á vosotros, amigos míos, ni á mí en particular (porque vivimos dispuestos á sufrir todo lo que suceda) sino á la patria y al género humano, á los cuales profesamos amor y caridad. Sin duda no es el tapicero judío, el de los párpados inflamados, quien pudiera decirnos el nombre del dios que destronará á Júpiter.

Gallión interrumpió su discurso para despedir á los lictores, que aguardaban inmóviles ante él con los haces al hombro.

—No necesitamos ni esas varas ni esas hachas—dijo sonriendo—. La palabra es nuestro único armamento, y ojalá llegué un día en que no se conozca otro en el mundo. Si no estáis fatigados avancemos, amigos, hasta la Fuente Pirene. Encontraremos á medio camino una vetusta higuera, bajo la cual Medea, traicionada, meditó, según dicen, su venganza cruel. Los corintios veneran ese árbol en memoria de aquella reina celosa, y cuelgan de su tronco tabletas votivas, porque Medea solamente les hizo bien. Ha hundido en la tierra el extremo de sus ramas, que arraigaron, coronándose de follaje. Sentados á su sombra esperaremos en amena conversación la hora del baño.

Los chicuelos, cansados de perseguir á Stefa-

nas, jugaban á las tabas á la orilla del camino. Avanzaba el apóstol dando grandes zancadas, cuando encontró junto al lugar del sacrificio un grupo de judíos, que llegaban de Kenkhreos, para enterarse de la sentencia del procónsul acerca del asunto de la sinagoga. Eran amigos de Sostenio. Mostrábase muy violentos contra el judío de Tarsia y sus compañeros que se proponían cambiar la ley. Reparando en aquel hombre que se caba con su manga sus ojos cubiertos de sangre, creyeron reconocerle, y uno de ellos le preguntó, tirándole de las barbas, si era Stefanos el compañero de Pablo.

El respondió con orgullo:

—¡Ya lo veis!

Pero al punto cayó al suelo y fué pateado.

Los judíos cogían piedras, gritando:

—¡Es un blasfemador! ¡Lapidémosle!

Dos de los más entusiastas arrancaron el mojón miliario puesto allí por los romanos y se dispusieron á lanzárselo. Las piedras caían produciendo un ruido sordo al chocar en los huesos descarnados del apóstol, que aullaba:

—¡Oh deliciosas heridas! ¡Oh suplicio encantador! ¡Oh suaves torturas! Veo á Jesús.

A poca distancia de allí el viejo Posocharés, oculto en un matorral de ligustrós, oyendo el murmullo del arroyo, oprimía entre sus brazos el

fino cuerpo de Ioessa. Importunándole aquel ruido, gruñó con la voz ahogada por los cabellos de la niña, donde tenía puestos los labios:

—¡Lejos de aquí, brutos, y no turbéis los juegos de un filósofo!

Algunos instantes después, un centurión que pasaba por el camino desierto auxilió á Stephanos. Le hizo beber y le dió un lienzo para vendar sus heridas.

Entre tanto, Gallión, sentado con sus amigos á la sombra del árbol de Medea, decía:

—Si queréis conocer al sucesor del dueño de los hombres y de los dioses, medita las palabras del poeta:

«La esposa de Júpiter concebirá un hijo más poderoso que su padre.»

»Este verso no se refiere á la augusta Juno, sino á la más ilustre de las mortales entre todas las gozadas por Júpiter Olímpico, el cual tan frecuentemente cambiaba de formas y de amores. Y me parece indudable que el gobierno del Universo debe pasar á Hércules. Esta opinión arraiga desde hace tiempo en mí por razones deducidas, no sólo de lo que los poetas dicen, sino también de lo que dicen los filósofos y los sabios. He saludado anticipadamente el advenimiento del hijo de Alkmene en el desenlace de mi tragedia *Hércules sobre el Ceta*, que termina con estas frases:

«¡Oh tú, gran vencedor de monstruos y pacificador del mundo, senos propicio! Fija en la tierra tus ojos, y si algún monstruo de una forma nueva causa espanto entre los hombres, destrúyelo con un rayo. Fú, mejor que tu padre, lanzarás el trueno.»

«Auguro favorablemente del reinado próximo de Hércules. En su existencia terrenal dió muestras de un alma sufrida, inclinada hacia muy altos pensamientos. Venció á los monstruos. Cuando el rayo armará su diestra, no permitirá, sin duda, que otros Cayus rijan impunemente los destinos del Imperio. La virtud, la sencillez antigua, el valor, la inocencia y la paz reinarán con él. Tal es mi oráculo.

Y, poniéndose de pie, Gallión despidió á sus amigos con estas palabras:

—Que os vaya bien y recordadme con cariño.

III

Cuando Nicolás Langelier hubo terminado su lectura, los pájaros anunciados por Jacobo Boni inundaron con sus chillidos amistosos el Foro desierto.

El cielo extendía sobre las ruinas romanas el velo ceniciento de la tarde; los laureles nuevos plantados sobre la Vía Sacra alzaban en el aire ligero su ramaje obscuro, como bronce antiguos, y los flancos del Palatino azuleaban.

—Langelier: usted no ha inventado esa historia—dijo el señor Goubin, á quien no era fácil engañar—. La querrela promovida por Sostenio contra San Pablo ante el tribunal de Gallión, prócónsul de Achaia, se halla en los *Actos de los Apóstoles*.

Nicolás Langelier lo confesó ingenuamente.

—Allí se halla—dijo—en el capítulo XVIII y ocupa los versículos 12 á 17 que voy á leerles á ustedes, porque los tengo copiados en una hoja de mi manuscrito, y leyó:

12. Siendo Gallión prócónsul de Achaia, los ju-

«¡Oh tú, gran vencedor de monstruos y pacificador del mundo, senos propicio! Fija en la tierra tus ojos, y si algún monstruo de una forma nueva causa espanto entre los hombres, destrúyelo con un rayo. Fú, mejor que tu padre, lanzarás el trueno.»

«Auguro favorablemente del reinado próximo de Hércules. En su existencia terrenal dió muestras de un alma sufrida, inclinada hacia muy altos pensamientos. Venció á los monstruos. Cuando el rayo armará su diestra, no permitirá, sin duda, que otros Cayus rijan impunemente los destinos del Imperio. La virtud, la sencillez antigua, el valor, la inocencia y la paz reinarán con él. Tal es mi oráculo.

Y, poniéndose de pie, Gallión despidió á sus amigos con estas palabras:

—Que os vaya bien y recordadme con cariño.

III

Cuando Nicolás Langelier hubo terminado su lectura, los pájaros anunciados por Jacobo Boni inundaron con sus chillidos amistosos el Foro desierto.

El cielo extendía sobre las ruinas romanas el velo ceniciento de la tarde; los laureles nuevos plantados sobre la Vía Sacra alzaban en el aire ligero su ramaje obscuro, como broncees antiguos, y los flancos del Palatino azuleaban.

—Langelier: usted no ha inventado esa historia—dijo el señor Goubin, á quien no era fácil engañar—. La querrela promovida por Sostenio contra San Pablo ante el tribunal de Gallión, prócónsul de Achaia, se halla en los *Actos de los Apóstoles*.

Nicolás Langelier lo confesó ingenuamente.

—Allí se halla—dijo—en el capítulo XVIII y ocupa los versículos 12 á 17 que voy á leerles á ustedes, porque los tengo copiados en una hoja de mi manuscrito, y leyó:

12. Siendo Gallión prócónsul de Achaia, los ju-

dios, de común acuerdo, se rebelaron contra Pablo y lo condujeron á su tribunal,

13. Diciendo: «Este quiere persuadir á los hombres para que adoren á Dios de una manera contraria á la ley.»

14. Y cuando Pablo se dispuso á hablar para defenderse, Gallión dijo á los judios: «¡Oh judios, si se tratase de alguna injusticia ó de alguna mala acción, me creería obligado á oiros con paciencia.»

15. Pero tratándose de interpretaciones de doctrina, de palabras y de vuestra ley, resolved vuestras diferencias como lo tengáis por conveniente, porque yo no quiero ser juez en ellas.»

16. Mandó que se retirasen de su tribunal.

17. Y cogiendo entre todos á Sostenio, jefe de una sinagoga, le golpearon ante el Tribunal, sin que Gallión lo tomara en cuenta.

—No he inventado nada—añadió Langelier—.

De Annaeus Mela y de Gallión su hermano, quedan pocas noticias. Pero es indudable que figuran entre los hombres más inteligentes de su época. Cuando la Achaia, provincia senatorial bajo Augusto, provincia imperial bajo Tiberio, fué devuelta al Senado por Claudio, Gallión fué nombrado procónsul, debiendo sin duda este destino á los méritos de su hermano Séneca; pero acaso también fuera elegido por sus conociemien-

tos de literatura griega y por ser un hombre agradable á los profesores atenienses, cuyo ingenio admiraban los romanos. Era muy instruido. Había escrito un libro de asuntos naturales, y se supone que también compuso tragedias. Sus obras deben haberse perdido, á no ser que algo de ellas exista en la colección de declamaciones trágicas atribuidas, sin fundamento suficiente, á su hermano el filósofo. Supongo que sería estoico y que pensaba en muchos asuntos como su hermano ilustre. Es muy probable. Pero aunque ponga en sus labios razonamientos virtuosos y sutiles, me libro de atribuirle una doctrina determinada. Los romanos de su época mezclaban las ideas de Epicuro con las de Zenón; suponiendo ese eclecticismo á Gallión no aventuro mucho; le presento como un hombre amable, y ciertamente lo fué. Séneca dijo de él que no era posible, conociéndole, dejar de quererle. Su dulzura era universal. Ambicionaba los honores.

»Su hermano Annaeus Mela, por el contrario, los rehuía. Tenemos, respecto á este punto, el testimonio de Séneca el filósofo y el de Tácito. Cuando la madre de los tres Sénecas, Helvia, perdió á su esposo, el más afamado de sus hijos compuso para ella un tratadito filosófico. En un lugar de dicha obra la exhortaba á reflexionar que para hacerle amable la vida la quedaban hijos como

Gallión y Mela, diferentes de carácter, pero igualmente dignos de estimación.

«Fija los ojos en mis hermanos, le dice aproximadamente: ¿Puedes, mientras ellos vivan, renegar de la fortuna? Ambos, con la diversidad de sus virtudes, alejarán tus tristezas. Gallión ha conseguido muchos honores con sus talentos, Mela los ha desdeñado con su sabiduría. Goza de la consideración del uno, de la tranquilidad del otro, del cariño de los dos. Conozco los íntimos sentimientos de mis hermanos. Gallión pretende las dignidades para ofrecértelas, Mela escoge una vida suave y tranquila para consagrarse á ti.»

»Niño aún, bajo el principado de Nerón, Tácito no había conocido á los Sénecas, pero recogió las opiniones que corrían en su tiempo acerca de los tres. Dijo que si Mela se alejaba de los honores era por un refinamiento de ambición y para igualar, sencillo caballero romano, el crédito de los consulares. Después de haber administrado por sí mismo los grandes dominios que poseía en Bética, Mela vino á Roma y fué nombrado administrador de los bienes de Nerón. Respetósele como hábil en los negocios y hasta se sospechó que no era tan desinteresado como quería parecer. Es posible. Los Sénecas que proclaman el desprecio de las riquezas, las poseían inmensas, y cuesta mucho creer al preceptor de Nerón

cuando se dice fiel á su querida pobreza entre el lujo de los muebles y de los jardines. De todos modos los tres hijos de Helvia no eran almas vulgares. Mela tuvo de Atilia, su mujer, un hijo, Lucano el poeta. Es posible que el talento de Lucano realzara el nombre de su padre. Las letras eran entonces muy estimadas, y poníanse la elocuencia y la poesía por encima de todo.

»Séneca, Mela, Lucano y Gallión, perecieron con los cómplices de Pisón. Séneca el filósofo, era ya viejo. Tácito, que no pudo ser testigo de su muerte, nos la relata. Por él sabemos de qué modo el preceptor de Nerón se abrió las venas en el baño, y cómo su mujer, la joven Paulina, quiso morir con él de una muerte semejante. Vivió conservando toda su vida una palidez mortal. Tácito refiere que el gran Lucano, sometido á la tortura, denunció á su madre. Aun cuando esa infamia fuera cierta, demostraría solamente la atrocidad de los suplicios. Pero hay una razón para ponerla en duda. Si el sufrimiento arrancó á Lucano los nombres de algunos conjurados, no debió pronunciar el de Atilia, puesto que Atilia no fué molestada, cuando toda delación era creída ciegame[®].

»Después de la muerte de Lucano, Mela recogió apresuradamente la sucesión de su hijo. Un amigo del joven poeta, que anhelaba seguramen-

te aquella herencia, fué acusador de Mela. Supusieron al padre iniciado en el secreto de la conjuración y falsificaron una carta de Lucano como prueba. Nerón, cuando la hubo leído, mandó que se la llevaran á Mela, y, siguiendo el ejemplo de su hermano y de tantas víctimas de Nerón, Mela se hizo abrir las venas después de haber legado á los libertos de César una cantidad considerable de dinero, conservando lo demás de su fortuna á la desdichada Atilia. Gallión se dió la muerte poco tiempo después de morir sus dos hermanos.

»Así perecieron trágicamente aquellos hombres agradables y cultos. Yo hice hablar á dos de ellos en Corinto: á Gallión y á Mela. Mela viajaba mucho. Su hijo Lucano, siendo muy niño aún, visitó Atenas cuando Gallión era procónsul de Achaia. Me ha sido fácil suponer, sin faltar á la verosimilitud, que Mela se hallaba entonces en Corinto con su hermano. He imaginado que los dos jóvenes romanos, de ilustre nacimiento y un filósofo del Areópago, acompañaban al procónsul. En esto no me he extralimitado mucho, puesto que los intendentes, los procuradores, los pretores y los procónsules, que el emperador y el Senado enviaban para gobernar las provincias, iban casi siempre acompañados de jóvenes pertenecientes á familias principales, deseosos de

instruirse en los negocios del Estado con su ejemplo; y de hombres de una inteligencia sutil, como Apollodoro, libertos con frecuencia, que les servían de secretarios. En fin, persuádmeme de que al ser conducido San Pablo ante la justicia romana, el procónsul y sus amigos hablaban tranquilamente de asuntos diversos: arte, filosofía, religión y política, dejando adivinar, á través de curiosidades varias, una preocupación constante del porvenir. En efecto; es posible que aquel día, como en otras muchas ocasiones, discurrieran, queriendo descubrir el destino futuro de Roma y del mundo. Gallión y Mela figuraban entre las más altas y libres inteligencias de su tiempo. Es una predisposición común á los espíritus cultivados y sutiles, el ansia de investigar en el presente y en el pasado las condiciones del porvenir. He observado en los hombres más cultos y mejor orientados que he conocido, en Renán, en Berthelot por ejemplo, una tendencia marcada á esmaltar la conversación con utopías racionales y profecías científicas.

—Así era, sin duda—dijo Josefín Leclerc—uno de los hombres más instruídos de su tiempo, versado en especulaciones filosóficas, práctico en los negocios y cuya inteligencia era todo lo elevada y libre que podía ser la inteligencia de un romano, Gallión, hermano de Séneca, ornamento y

lumbreira de su siglo. Le inquieta el porvenir; esfuerzase por reconocer el movimiento que arrastra al mundo; investiga los destinos del Imperio y de los dioses. En aquel momento, por una fortuna inesperada, tropieza con Pablo; el porvenir que busca pasa junto á él y no lo reconoce. ¡Qué ejemplo de la ceguera que hiere, ante una revelación inesperada, los espíritus más resplandecientes y las inteligencias más penetrantes!

—Tenga usted en cuenta, mi buen amigo— respondió Nicolás Langelier—, que no le fuera muy fácil á Gallión conversar con San Pablo. No se comprende cómo hubieran podido cambiar impresiones. San Pablo expresábase con dificultad, y á duras penas hacíase comprender por las gentes que vivían y pensaban casi como él. No había dirigido nunca la palabra á un hombre culto. No estaba preparado en modo alguno á conducir su pensamiento y á seguir los de un interlocutor. Desconocía la ciencia griega. Gallión, habituado á las conversaciones de las personas instruidas, había cultivado mucho el razonamiento. Ignoraba, en cambio, las sentencias de los rabinos. ¿Qué hubieran podido decirse aquellos dos hombres?

»No quiere decir esto que fuera imposible á un judío hablar con un romano. Los Herodes tenían en su lenguaje una expresión que agradaba mu-

cho á Calígula. Flavio Josefo y la reina Berenicia mantuvieron agradables conversaciones con Tito, destructor de Jerusalén. No ignoramos que hubo siempre judíos agasajados entre los antisemitas. Eran los meschumenos. Pablo era un nabí. Aquel sirio ardiente y arrogante, desdeñoso de los bienes que ansían todos los hombres, ávido de pobreza, ambicioso de ultrajes y de humillaciones, siendo el sufrir su dicha mayor: sólo sabía predicar sus visiones inflamadas y sombrías, su odio contra la vida y la belleza, sus cóleras absurdas, su caridad furiosa. Aparte de esto, nada tenía que decir. Verdaderamente, sólo descubro un punto acerca del cual pudiera estar de acuerdo con el procónsul de Achaia: tratándose de Nerón.

»San Pablo en aquella época seguramente había oído hablar poco del hijo de Agripina, pero enterándose de que Nerón era el futuro emperador, hubiera sido en seguida neroniano. Lo fué más tarde; lo seguía siendo aun después de que Nerón envenenase á Británico. Y no porque fuese capaz de aprobar un fratricidio, sino porque sentía un respeto ilimitado hacia el gobierno.

«Que cada uno se muestre sumiso á las potencias reinantes—escribía en sus iglesias—. Los gobiernos ahuyentan el mal y atraen el bien. «¿Quieres que no te inspire temores la autori-

»dad? Obra bien, y sólo alabanzas recibirás de ella.» Acaso Gallión hubiera encontrado esas máximas sencillas con exceso, un poco vulgares, aunque no pudiera desaprobarlas por completo. Pero acaso el único asunto de que no se le ocurriría tratar conversando con un tapicero judío, era este del gobierno de los pueblos y de la autoridad imperial. Lo repito, ¿de qué podían hablar aquellos dos hombres?

»Ahora, cuando en Africa un funcionario europeo—póngase por caso, el gobernador general del Sudán representante de su majestad británica, ó nuestro gobernador en Argelia—encuentra un faquir ó un marabú, su conversación es forzosamente muy limitada. San Pablo era para un prócsul algo semejante á lo que un marabú es para un gobernador civil de Argelia. Un diálogo entre Gallión y San Pablo sin duda hubiera sido muy semejante á un diálogo entre el general Desaix y su derviche. Después de la batalla de las Pirámides, el general Desaix, al frente de mil doscientos caballos, perseguía en el alto Egipto á los mameucos de Mourad-bey.

»Hallándose en Girgeh tuvo noticia de que un viejo derviche que gozaba entre los árabes una sólida fama de ciencia y santidad, vivía cerca. Desaix era filósofo y humanitario. Con ansia de conocer á un hombre estimado por sus semejan-

tes, hizo llamar al derviche al cuartel general; le recibió dignamente y entabló conversación con él por medio de un intérprete.

»—Venerable anciano: los franceses traen á Egipto la justicia y la libertad.

»—Yo no ignoraba que vendrían—respondió el derviche.

»—¿Cómo pudiste saberlo?

»—Por un eclipse de sol.

»—¿Es posible que un eclipse de sol pueda revelarte los movimientos de nuestros ejércitos?

»—Los eclipses son producidos por el Angel Gabriel que se pone delante del sol para anunciar á los creyentes las desdichas que les amenazan.

»—Venerable anciano: ignoras la verdadera causa de los eclipses; yo te la explicaré.

»Y cogiendo un lápiz y un pedazo de papel dibujó algunas figuras:

»—Llamemos al sol A, B á la luna, C á la tierra, etc...

»Y cuando hubo terminado su demostración:

»—Ahí tienes—dijo—la teoría de los eclipses de sol.

»Murmuró el derviche algunas palabras.

»—¿Qué dice?—preguntó el general á su intérprete.

»—Mi general: dice que es el ángel Gabriel

quien produce los eclipses poniéndose delante del sol.

»—¡Ese hombre no es más que un fanático!— exclamó Desaix.

»Y arrojó al derviche á puntapiés.

»Imagino que un diálogo entablado entre San Pablo y Gallión acabaría poco más ó menos como la conversación del derviche con el general Desaix.

—También es cierto—objetó Josefín Leclerc— que entre el apóstol San Pablo y el derviche del general Desaix hay por lo menos una diferencia: que el derviche no ha impuesto su fe en Europa. Y reconocerá usted que el muy respetable subsecretario de Estado no ha encontrado aún en las colonias de su majestad británica un marabú que diera su nombre á la mayor iglesia de Londres; reconocerá usted que nuestro gobernador civil de Argelia no se ha encontrado en presencia del fundador de una religión honrada y profesada con el tiempo por la mayoría de los franceses. Esos funcionarios no han visto alzarle ante ellos el porvenir encarnado en una forma humana; y el procónsul de Achaia lo vió.

—No era menos imposible á Gallión—replicó Langelier—tramar con San Pablo una conversación interesante acerca de algún asunto moral ó filosófico. Sé perfectamente, y usted no lo ignora

sin duda, que hacia el siglo v de la Era Cristiana suponían que tuvo Séneca relaciones con San Pablo en Roma, creyéndole admirador de la doctrina del apóstol. Esta fábula pudo extenderse en el triste obscurantismo intelectual que siguió de muy cerca á los tiempos de Tácito y de Trajano. Para acreditarla, unos falsarios, de los muchos que pululaban entre los cristianos, fabricaron una correspondencia que San Jerónimo y San Agustín toman en consideración. Si esas cartas son las que han llegado hasta nosotros firmadas por Pablo y por Séneca, es preciso que los padres no las hubieran leído siquiera ó tuviesen muy poco discernimiento. Esas cartas son obra inepta de un cristiano que ignoraba toda la época de Nerón, y era incapaz de imitar el estilo de Séneca. ¿Será necesario añadir que los doctores de la Iglesia en la Edad Media creyeron firmemente veraces las relaciones y auténticas las cartas? Pero á los humanistas del Renacimiento no les costó mucho trabajo demostrar la falsedad y la inverosimilitud de aquellas invenciones. Poco importa que José de Maistre haya recogido semejante antigualla entre muchas otras. Nadie le da importancia y ya solo en bonitas novelas destinadas á los mundanos por autores cautos y espirituales, aparecen los apóstoles de la iglesia primitiva conversando extensamente con los filósofos y los elegantes de la

Roma imperial, y exponiendo á Petronio encantado, las bellezas recientes del cristianismo. El diálogo de Gallión que acaban ustedes de oír, tiene menos atractivo y más verdad.

—No lo niego—replicó Josefín Leclerc—y supongo que como piensan y hablan los personajes de ese diálogo, debieron realmente pensar y hablar, y que sólo expresan ideas de su tiempo. En eso, á mi juicio, estriba el mérito de la obra, por lo cual razono acerca de ella, como si me apoyara en un texto histórico.

—Puede usted hacerlo—dijo Langelier—; no escribí nada en esa obrita que no me sea posible documentar con autorizadas referencias.

—Muy bien—repuso Josefín Leclerc—; acabamos de oír á un filósofo griego y varios romanos cultos é instruídos que investigaban los destinos futuros de su patria, de la humanidad y de la tierra, esforzándose por descubrir el nombre del sucesor de Júpiter. Mientras se hallan entregados á esa investigación ansiosa, el apóstol del dios nuevo aparece ante ellos, y le desprecian. Afirmo que al hacerlo así, muéstranse faltos de clarividencia y pierden con su error una oportunidad única de instruirse acerca de lo que tenían tantos deseos de conocer.

—¿Le parece á usted evidente, amigo mío—respondió Nicolás Langelier—, que Gallión dándose

buena maña hubiera obtenido de San Pablo el secreto del porvenir? Es, en efecto, el primer juicio que nos asalta, y es también el que muchos conservan. Renán, después de haber consignado conforme á *Los Actos* la singular entrevista de Gallión y San Pablo, no está lejos de ver la traza de un espíritu mezquino y ligero en el desdén que al procónsul inspiró el judío de Tarsia que comparece ante su tribunal. Y aprovecha esa ocasión para deplorar la mala filosofía de los romanos. «Qué poca previsión—exclama—tienen con frecuencia las personas más inteligentes. Más tarde se vió que la querrela de aquellos sectarios abyectos era el asunto de más importancia en el siglo.» Renán aparentaba creer que le hubiera bastado al procónsul de Achaia escuchar al tapicero de Tarsia para conocer la revolución espiritual que se preparaba en el universo y penetrar el secreto de la humanidad futura. Y esto pensará todo el mundo á primera vista. Sin embargo, antes de juzgar, reflexionémoslo detenidamente; veamos lo que uno esperaba y tratemos de saber cuál de los dos fué mejor profeta.

»Por de pronto, Gallión imaginaba que el joven Nerón sería un emperador filósofo que, gobernando conforme á las máximas del pórtico, haría las delicias del género humano. Se engañaba, y los motivos de su error son evidentes. Su her-

mano Séneca era el preceptor del hijo de Agripina; su sobrino Lucano vivía familiarmente con el joven príncipe. El interés de su familia, y su propio interés, ligaban al procónsul á la fortuna de Nerón. Supuso que Nerón sería un excelente emperador porque lo deseaba. El error proviene más fácilmente de debilidad de carácter que de falta de inteligencia. Además, Nerón era entonces un adolescente rebosante de ternura, y los primeros años de su principado no debían desmentir las esperanzas de los filósofos. Por añadidura, Gallión opinaba que la paz reinaría en el mundo después de la derrota de los Partos. Engañábase, por desconocer las verdaderas dimensiones de la tierra. Creía equivocadamente que el *orbis romanus* se extendía sobre todo el globo, que el mundo habitable acababa en las orillas ardientes ó heladas, en los ríos, en las montañas, en los arenales, en los desiertos á donde llegaron las águilas romanas, y que los Germanos y los Partos habitaban los confines del Universo. Ya sabemos cuántas lágrimas y cuánta sangre costó al Imperio ese error que todos los romanos compartían. Además, Gallión, bajo la fe de los oráculos, creía en la eternidad de Roma. Engañábase tomando la profecía en el sentido estrecho y literal; pero no se engañaba si se considera que Roma, la Roma de César y de Trajano,

nos ha impuesto sus costumbres y sus leyes, y que la civilización moderna procede de la civilización romana. En esta plaza augusta, donde nos hallamos, desde lo alto de la tribuna rostral y en la curia, deliberóse la suerte del Universo y concibióse la forma á la cual se ajustan aún los pueblos. Nuestra ciencia se funda en la ciencia griega, que Roma nos transmitió. El despertar del pensamiento antiguo durante el siglo xv en Italia, durante el siglo xvi en Francia y en Alemania, hizo renacer en Europa la ciencia y la razón. El procónsul de Achaia no se equivocaba: Roma no ha muerto, puesto que vive en nosotros. Analicemos también las ideas filosóficas de Gallión. Sin duda no poseía una física muy completa y no siempre interpretaba con bastante precisión los fenómenos naturales. Profesaba la metafísica como un romano; es decir, sin sutileza. En el fondo sólo estimaba la filosofía por su utilidad, interesándole sobre todo las cuestiones morales. Traduciendo sus discursos, no le adulé ni le hice traición, mostrándole serio y mediano como buen discípulo de Cicerón. Ya oísteis que conciliaba, valiéndose de los más pobres razonamientos, la doctrina estoica y la religión nacional. Cuando discurre acerca de la naturaleza de los dioses se le nota la preocupación de seguir siendo buen ciudadano y honrado funcionario. Pero de todos

modos, piensa y razona. La idea que concibe de las fuerzas que rigen el Universo es en su principio racional y científica, y está conforme con la que nosotros nos hemos formado. Razona menos acertadamente que su amigo el griego Apollodoro; pero no razona peor que los profesores de nuestra Universidad cuando enseñan la filosofía independiente y el espiritualismo cristiano. Por la libertad de sus juicios y la certeza de su inteligencia parece contemporáneo nuestro. Sus ideas, naturalmente se inclinan en la dirección que el espíritu humano sigue ahora. No digamos, pues, que desconocía el porvenir intelectual de la humanidad.

»En cuanto á San Pablo, nadie duda que anunciaba el porvenir. Sin embargo, creía ver con sus propios ojos el fin del mundo, y todo lo existente arrasado por las llamas. Esta conflagración del universo que Gallión y los estoicos preveían en porvenir lejano, sin que les impidiera proclamar la eternidad del imperio, Pablo la creía próxima y se preparaba para ese gran día; en lo cual se engañaba y su error era más considerable por sí solo, no lo dudarán ustedes, que todos los errores de Gallión y de sus amigos. Lo más grave aún es que Pablo no apoyó su extraordinaria creencia en observaciones ni en razonamientos. Ignoraba y despreciaba la ciencia. Entregábase

á las prácticas más vulgares de la taumaturgia y de la glosolalia, y no tenía cultura de ninguna especie.

»En realidad, acerca del porvenir, como acerca del presente y del pasado, nada podía revelar el apóstol al procónsul, aparte de un solo nombre. Aun cuando averiguara que Pablo pertenecía á la religión de Cristo, no por eso estuviera mejor instruido acerca del porvenir del cristianismo, que debía en pocos años apartarse casi enteramente de las ideas de Pablo y de los primeros hombres apostólicos. De manera que, si no nos detenemos á examinar textos litúrgicos despojados de su sentido primitivo y las construcciones puramente verbales de los teólogos, resultará que San Pablo preveía el porvenir menos acertadamente que Gallión, y podrá suponerse que, si ambos volvieran hoy á Roma, sería el procónsul, sin duda, el menos sorprendido.

»San Pablo, en la Roma moderna, se desconocería tanto sobre la columna de Marco Aurelio, como desconocería sobre la columna trajana á su viejo enemigo Kefas. La cúpula de San Pedro, las estancias del Vaticano, el esplendor de las iglesias y la pompa papal, todo ofuscaría sus ojos enfermos. En Londres, en París y en Génova buscaría en vano discípulos. No comprendería ni á los católicos ni á los reformadores, que citan

sin cesar sus epístolas, verdaderas ó falsas. Tampoco comprendería á los espíritus libres de todo dogma que fundan su opinión sobre las dos fuerzas que más odiaba y despreciaba él: ciencia y razón. Viendo que el hijo del hombre no había venido, rasgaría sus vestiduras y se cubriría de ceniza.

Hipólito Dufresne intervino, diciendo:

—Sin duda San Pablo en París ó en Roma se hallaría como un buho puesto al sol. No encontrándose, para tratar con los europeos cultos, en mejores condiciones que un beduino del desierto. No reconocería sus huellas en un palacio episcopal, donde nadie le reconocería tampoco. Entrando en la morada de un pastor suizo atiborrado de sus doctrinas, le sorprendería con la rudeza primitiva de su cristianismo. Es verdad. Pero reflexionen que San Pablo era un semita extraño al pensamiento latino, al genio de los germanos y de los sajones; extraño á las razas de donde salieron esos teólogos que, á fuerza de falsas interpretaciones y de contrasentidos, hallaron un sentido á sus epístolas falsificadas. Le conciben ustedes en un mundo que no era el suyo, que no puede ser el suyo de ninguna manera, y esta imaginación absurda produce de pronto una multitud de imágenes incongruentes. Suponen, por ejemplo, á ese tapicero nómada en la carroza de

un cardenal, y les divierte pensar cómo resultarían juntos dos seres humanos de un carácter tan opuesto. Si resucitan ustedes á San Pablo, tengan el buen gusto de colocarle de nuevo entre su raza y en su país, rodeándole de los semitas de Oriente, que no han cambiado mucho en veinte siglos, y para quienes la *Biblia* y el *Talmud* contienen toda la ciencia humana. Colóquenlo entre los judíos de Damasco ó de Jerusalén. Llénenlo á la sinagoga; y oirá sin sorpresa las enseñanzas de su maestro Gamaliel. Discutirá con los rabinos, tejerá pelo de cabra, vivirá de dátiles y de un poco de arroz, observará fielmente la ley; y de pronto se afanará por destruirla. Será perseguidor y perseguido, verdugo y mártir con igual ímpetu. Los judíos de la sinagoga procederán á su excomunió n soplando en una trompa y dejando caer, gota á gota, la cera de los cirios negros en un cubo de sangre. Soportará con entereza esa horrible ceremonia y ejercerá, en una vida penosa y amenazada sin cesar, la energía de un alma intratable, siendo conocido solamente de un pequeño número de judíos ignaros y sórdidos; pero continuará siendo Pablo, Pablo de cuerpo entero.

—Es posible—dijo Josefín Leclerc—; pero convendrán ustedes en que San Pablo fué uno de los principales fundadores del cristianismo, y

que bien pudo ofrecer á Gallión algunas indicaciones preciosas acerca del movimiento religioso que el procónsul ignoraba por completo.

—Quien funda una religión desconoce el alcance de su obra—replicó Langerier—. Y otro tanto digo de los que fundan las grandes instituciones humanas, Ordenes monásticas, Compañías de seguros, Guardia nacional, Bancos, *Trusts*, Sindicatos, Academias y Conservatorios, Sociedades gimnásticas, Asilos y Conferencias. Esos establecimientos de ordinario no responden durante mucho tiempo á las intenciones de sus fundadores, y sucede con frecuencia que llegan á ser todo lo contrario. Aún pueden reconocerse, después de muchos años, algunos indicios de su significación primitiva. En cuanto á las religiones, por lo menos en los pueblos cuya vida es agitada y cuyo pensamiento es variable, se transforman sin cesar y tan completamente, arrastradas por los sentimientos de sus fieles y de sus ministros, que, á los pocos años, nada conservan del espíritu que las creó. Los dioses cambian más aún que los hombres, porque su forma es menos precisa y su duración mayor. Los hay que mejoran envejeciendo; otros se estropean con la edad. En menos de un siglo se transforma un dios de tal modo, que no es posible conocerlo. Acaso el de los cristianos ha sufrido una transformación

más completa que ningún otro. Y esto, sin duda, obedece á que ha pertenecido sucesivamente á civilizaciones y á razas muy distintas, á los latinos, á los griegos, á los bárbaros, á todas las naciones formadas entre las ruinas del Imperio romano. Ciertamente, hay mucha diferencia entre el tieso Apolo de Dedale y el Apolo clásico de Belvedere; pero hay mucha más todavía entre el Cristo efebo de las Catacumbas y el Cristo ascético de nuestras catedrales. Este personaje de la mitología cristiana sorprende por el número y la diversidad de sus metamorfosis. Al Cristo refulgente de San Pablo sucedió desde el siglo segundo el Cristo de los sinópticos, judío pobre, vagamente comunista, que se convierte, casi de pronto, con el cuarto evangelio, en una especie de joven alejandrino, discípulo muy endeble de los gnósticos. Y más tarde, tomando sólo en cuenta los Cristos romanos, y haciendo sólo mención de los famosos, aparecen: el Cristo dominador de Gregorio VII, el Cristo sanguinario de Santo Domingo, el Cristo emprendedor de Julio II, el Cristo ateo y artista de León X, el Cristo insubstancial é incoloro de los jesuitas, el Cristo protector de las fábricas, defensor del capital y adversario del socialismo, que floreció bajo el pontificado de León XIII y que aún reina. Todos esos Cristos, que sólo tienen de común el nombre de

San Pablo no los previó. En el fondo no estaba mejor informado que Gallión acerca del Dios futuro.

—Exagera usted—dijo el señor Goubin, á quien desagradaban las exageraciones, en cualquier sentido que fueran.

Jacobo Boni, que veneraba los libros sagrados de todos los pueblos, hizo observar que la deficiencia de Gallión y la de todos los filósofos é historiadores romanos, consistió en desconocer los libros sagrados de los judíos.

—Si los romanos la conocieran—dijo—no guardarán injustas prevenciones contra la religión de Israel; y, como indica nuestro Renán, en esos asuntos que interesaban á la Humanidad entera, un poco de buena voluntad y una información mejor, hubiesen evitado errores terribles. No faltaban judíos instruídos como Filon para explicar la ley de Moisés á los romanos, si éstos hubieran tenido ideas más amplias y un presentimiento más atinado del porvenir. A los romanos les inspiraba repugnancia y miedo el pensamiento asiático. Si tenían razón para temerlo, faltábales para despreciarlo. Es una estupidez monstruosa despreciar un peligro. Suponiendo que las religiones sirias eran imaginaciones criminales ó impiedades populares, Gallión mostrábase falto de sagacidad.

—¿Y cómo los judíos helenistas hubieran instruído á los romanos de lo que ellos mismos ignoraban?—preguntó Langelier—. ¿Cómo un Filon tan honrado, tan sabio, pero de tan cortos alcances, pudo revelar el pensamiento obscuro, confuso y fecundo de Israel, cuando lo desconocía? ¿Qué pudo advertir á Gallión respecto á la fe de los judíos, que no fuesen minuciosidades literarias? Le hubiera dicho que la doctrina de Moisés hállase conforme con la filosofía de Platón. Entonces, como siempre, los hombres cultivados no tenían cabal idea de lo que informa el espíritu de las multitudes. Ocurrió siempre que á espaldas de los hombres instruídos las multitudes ignorantes crearon los dioses.

»Uno de los hechos más extraños y más importantes de la historia es la conquista del mundo, realizada por el dios de un pueblo sirio; la victoria de Jehová, sobre todo los dioses de Roma, de Grecia, de Asia y de Egipto. Al cabo, Jesús no fué más que un nabí, y el último de los profetas de Israel. De su persona nada se sabe. Desconocemos su vida y su muerte, porque los evangelistas no son en modo alguno biógrafos, y las ideas morales que se reunieron al amparo de su nombre provienen en realidad de la muchedumbre de los iluminados que profetizaban en tiempo de los Herodes.

»Lo que se llama el triunfo del cristianismo es más exactamente el triunfo del judaísmo; á Israel correspondió el singular privilegio de imponer un dios al mundo. Es preciso reconocer que Jehová merecía por muchos conceptos su elevación súbita. Era, cuando llegó al Imperio, el mejor de los dioses. Había empezado mal. De él puede decirse lo que los historiadores dicen de Augusto: que se dulcificaba con la edad. Cuando los israelitas se establecieron en la tierra de promisión, Jehová era estúpido, feroz, ignaro, cruel, grosero, desenfrenado, el más torpe y el más terrible de los dioses. Pero bajo la influencia de los profetas cambió por completo, cesando de ser conservador y formalista y adquiriendo ideas pacificadoras y ensueños de justicia. Su pueblo era miserable. Sintió una piedad profunda por todos los miserables, y aun cuando en el fondo continuara siendo muy judío y muy patriota, mostróse revolucionario y obligadamente internacional. Llamándose defensor de los humildes y de los oprimidos, tuvo una de esas sencillas ideas por las cuales se atrae al mundo. Anunció la dicha universal, el advenimiento de un Mesías bienaventurado y pacificador. Su profeta Isaías le atribuyó, con este admirable tema, palabras de una poesía deliciosa y de una dulzura invencible. «La casa de Jehová se alzaré en las cimas de las mon-

»tañas, elevándose más alta que las colinas. Entonces todas las naciones acudirán, pueblos innumerables la visitarán diciendo: «Subamos á la montaña de Jehová, á la mansión del Dios de Jacob, para que nos enseñe sus caminos y podamos avanzar por sus senderos. Porque de Sión ha de salir la ley y de Jerusalén la palabra de Jehová. Juzgará entre las naciones; juzgará entre los pueblos numerosos que forjarán espadas con sus azadillas y lanzas con sus hoces. Entonces el lobo habitará con el cordero. El cachorro del león y las ovejas vivirán juntos y una criatura los guiará...» Bajo el Imperio romano, el dios de los judíos se ocupaba en la conquista de las clases laboriosas y en la revolución social. Dirigiase á los desdichados. En los tiempos de Tiberio y de Claudio había en el Imperio infinitamente más desdichados que felices. Había infinidad de esclavos. Un hombre solo poseía diez mil. Estos esclavos eran, en su mayoría, completamente miserables.

«Ni Júpiter, ni Juno, ni los Dioscuros se ocupaban de ellos. Los dioses latinos no los compadecían. Eran los dioses de los amos. Cuando llegó de Judea un dios que atendía á las quejas de los humildes, los humildes le adoraron. Así la religión de Israel pudo ser la religión del mundo romano. Esto es lo que ni San Pablo ni Filon hubieran podido explicar al procónsul de Achaia,

porque no lo vislumbraba claramente. Y esto es lo que Gallión no podía descubrir. Sin embargo, comprendió que el reino de Júpiter iba llegando á su fin y anunciaba el advenimiento de un dios más bueno. Guiado por su amor á las antigüedades nacionales buscaba ese dios en el Olimpo greco latino y lo elegía de la sangre de Júpiter por sentimiento aristocrático. Así fué como designó á Hércules en lugar de Jehová.

—Poco á poco—dijo Josefin Leclerc—va usted confesando que Gallión se equivocaba.

—Menos de lo que usted cree—respondió Langelier, sonriendo—. Javeh ó Hércules, el nombre no importa; esté seguro de que el hijo de Alcmena hubiera gobernado el mundo como el padre de Jesús. A pesar de ser olímpico se hubiera visto precisado á convertirse en el dios de los esclavos y admitir el espíritu religioso de los tiempos nuevos. Los dioses amóldanse precisamente á los sentimientos de sus adoradores; tienen sus motivos para esto. Atiéndanlo bien. El espíritu que favoreció en Roma el advenimiento del dios de Israel, no sólo era un espíritu popular, sino también el de los filósofos. Casi todos habíanse vuelto estoicos y creían en un dios único, acerca del cual había discurrido Platón, y que no tenía relación ninguna de familia ni de amistad con los dioses de forma humana de Grecia y de Roma.

Este dios, por lo infinito, pareciase al dios de los judíos. Séneca y Epicteto, que lo veneraban, hubieran sido los primeros á quienes el parecido sorprendiera, si se hallaran en el caso de hacer la comparación. Sin embargo, habían contribuido por su parte mucho á favorecer el austero monoteísmo de los judíos cristianos. Había, sin duda, mucha distancia entre la estoica altanería y la humildad cristiana. Pero la moral de Séneca y su desprecio de la naturaleza preparaban la moral evangélica. Los estoicos estaban reñidos con la vida y la belleza. Esta ruptura, que se atribuyó al cristianismo, fué inaugurada por los filósofos. Dos siglos más tarde, en la época de Constantino, los paganos y los cristianos tendrán casi una misma moral y una misma filosofía. El emperador Juliano, que restableció la religión antigua del Imperio, abolida por Constantino el Apóstata, es tenido con razón como adversario del Galileo, y cuando se leen los tratados de Juliano, sorprende la multitud de ideas semejantes á las de los cristianos que profesa ese enemigo. Como ellos es monoteísta, como ellos cree en los méritos de la abstinencia, del ayuno y de las mortificaciones. Como ellos desprecia los placeres carnales y se propone hacerse agradable á los dioses no teniendo tratos con mujeres. Por último, comparte el sentimiento cristiano hasta felicitarse de llevar la

barba sucia y las uñas negras. El emperador Juliano tenía, con bien escasa diferencia, la misma moral que San Gregorio Nacianceno. Y todo esto es natural y ordinario. Las transformaciones de la moral y de las ideas nunca son repentinas. Los más profundos cambios de la vida social se producen insensiblemente y sólo se advierten á distancia. Los que los atraviesan, ni siquiera pueden sospecharlos. El cristianismo sólo se estableció cuando el estado de las costumbres acomodábase á él, y él mismo se acomodaba al estado de las costumbres. Sólo pudo substituir al paganismo cuando el paganismo llegó á parecerse ó cuando él llegó á parecerse al paganismo.

—Deduzcamos—dijo Josefín Leclerc—que ni San Pablo ni Gallión leyeron en el porvenir. Nadie lo adivina. Un amigo nuestro ha escrito: «El porvenir se oculta siempre hasta para los que lo elaboran.»

—Nuestro conocimiento de lo que será—repuso Langelier—está en razón de nuestro conocimiento de lo que es y de lo que fué. La ciencia profetiza. Y cuanto más exacta es una ciencia, más exactas profecías puede proporcionarnos. Las matemáticas, á las cuales pertenece solamente la exactitud absoluta, comunican una parte de su precisión á las ciencias que proceden de ellas. Así se hacen, por medio de la astronomía mate-

mática y de la química, predicciones ciertas. Pueden ustedes calcular los eclipses que han de ocurrir dentro de millones de años, sin temor á que sus cálculos resulten falsos, mientras el sol, la luna y la tierra conserven la misma relación de masa y distancia. También pueden ustedes predecir que semejantes relaciones cambiarán en un porvenir lejano, porque también se funda en la mecánica celeste la profecía de que el astro de cuernos plateados no trazará eternamente el mismo círculo alrededor de nuestro globo, y que las causas actuales, á fuerza de repetirse cambiarán su curso. Pueden ustedes anunciar que el sol se oscurecerá elevándose sobre nuestros océanos helados como un globo pequeño; á menos que de entonces acá reciba nuevos alimentos para su combustión, lo cual es posible por ser muy capaz de cazar enjambres de asteroides como la araña caza moscas. Pueden ustedes anunciar, sin embargo, que se apagará y que las figuras dislocadas de las constelaciones se borrarán poco á poco en el espacio ennegrecido. ¿Qué es la muerte de una estrella? el desvanecimiento de una chispa. ¡Qué importa á la vida universal que todos los astros del cielo se marchiten como la hierba de una pradera, mientras los elementos infinitamente pequeños que los componen conserven dentro de sí la energía que forma y destruye

los mundos! Pueden ustedes predecir un fin más completo del Universo, el fin del átomo, la disociación de los últimos elementos de la materia, los tiempos en que el protylo, el borrón informe, habrá reconquistado su imperio absoluto sobre la ruina de todas las cosas. Y todo esto no será más que un latido de Dios, empezando á ser todo nuevamente.

Los mundos renacerán. Renacerán para morir. La vida y la muerte se sucederán eternamente. En el infinito del espacio y del tiempo se realizarán todas las combinaciones posibles, y volveremos á encontrarnos nuevamente sentados junto á las ruinas del Foro. Pero como no sabremos que somos nosotros, no seremos nosotros.

El señor Goubin frotaba los cristales de sus anteojos.

—Son estas—dijo—ideas desconsoladoras.

—¿Qué se promete usted, señor Goubin—preguntó Nicolás Langelier—y qué necesita para colmo de sus deseos? ¿Pretende usted conservar de sí mismo y del mundo un conocimiento eterno? ¿Por qué quiere usted acordarse eternamente de que ha sido, es y será el señor Goubin? No puedo ocultarle que el Universo actual, sin que se halle próximo á su fin, se muestre propicio á satisfacerle á usted en ese punto. Tampoco debe usted confiar en los siguientes, que serán sin duda

semejantes. Pero no pierda usted la esperanza. Es posible que después de una sucesión indefinida de universos, renazca usted, señor Goubin, con el recuerdo de sus existencias anteriores. Renán supone que hay probabilidades de que esto suceda, y por mucho que tarde no se hará esperar. Las sucesiones de universos se realizarán para nosotros en menos de un segundo. El tiempo no es durable para los muertos.

—¿Conoce usted—preguntó Hipólito Dufresne—los ensueños astronómicos de Blanqui? El viejo Blanqui, prisionero en el Monte de San Miguel, sólo veía un poco de cielo por su ventana enrejada, sin tener más vecinos que los astros. Volvióse astrónomo y fundó sobre la unidad de la materia y de las leyes que la gobiernan una extraña teoría de identidad de los mundos. Según él, una multitud de solés, idénticos al nuestro, han alumbrado, alumbran y alumbrarán planetas idénticos á los planetas de nuestro sistema. Existen, han existido y existirán infinitamente, Venus, Martes, Saturnos y Júpiteres iguales, en absoluto, á nuestra Venus, á nuestro Marte y á nuestro Júpiter; Tierras iguales á nuestra Tierra, cuyo suelo produce lo mismo que nuestro suelo, dando vida á plantas, animales y hombres enteramente iguales á las plantas, á los animales y á los hombres terrestres. La evolución

de la vida es en ellos idéntica á la evolución de la vida sobre nuestro globo. Por consiguiente, deducía el viejo prisionero, hay, hubo y habrá en el espacio, millares de millones de Montes San Miguel, conteniendo cada uno encerrado en su calabozo un Blanqui.

—No conocemos gran cosa de los mundos cuyos soles brillan en el cielo de nuestras noches—repuso Langelier—, pero advertimos, sin embargo, que sometidos á las mismas leyes mecánicas y químicas, difieren del nuestro y difieren entre sí por la extensión y la forma, y que las materias en ignición no están repartidas entre todos en las mismas proporciones. Estas diferencias deben producir otra infinidad de diferencias que no podemos siquiera sospechar. Basta una piedra para cambiar la suerte de un imperio. ¿Pero quién sabe? Acaso el señor Goubin, múltiple y diseminado en las miriadas de mundos, frotó, frota y frotará eterna é infinitamente los cristales de sus anteojos.

Josefin Leclerc no consintió á sus amigos extenderse demasiado en soñaciones astronómicas.

—Opino, como el señor Goubin—dijo—que todo eso fuera desconsolador, si no fuera también excesivamente lejano para impresionarnos. Lo que nos interesa vivamente, lo que desearía-

mos con ansia conocer, es la existencia de los que han de reemplazarnos en este mundo.

—Sin duda—dijo Langelier—la sucesión de los universos sólo nos inspira una pálida sorpresa. Abarcaríamos con una mirada más fraternal y más amistosa el porvenir de la civilización y el destino inmediato de nuestros semejantes. Cuanto más próximo está el porvenir más nos interesa. Por desgracia, las ciencias morales y políticas son inexactas y están llenas de incertidumbres. Conocen de un modo incompleto los desenvolvimientos consumados de la evolución humana y no pueden instruirnos con certeza en los desenvolvimientos que se han de verificar; no teniendo mucha memoria tienen pocos presentimientos. Por esta razón, los espíritus científicos sienten una insuperable repugnancia para intentar investigaciones de cuya utilidad no dudan, y ni siquiera se atreven á confesar una seguridad que no pueden satisfacer. Se trata con frecuencia de investigar lo que sucedería si los hombres fuesen menos prudentes. Platón, Thomas Morus, Campanella, Fenelón, Cabet, Paul Adam, reconstruyen su propia ciudad en Atlántida, en las Islas Utópicas, en el Sol, en Salento, en Icaria, en Malasia, donde establecen una organización abstracta. Otros como el filósofo Sebastián Mercier y el socialista poeta William Morris, penetran en

un porvenir lejano. Pero llevan consigo su moral. Descubren una nueva Atlántida y es la ciudad del ensueño lo que allí construyen armoniosamente. ¿Citaré aún á Mauricio Spronck? Nos muestra la República francesa conquistada por los marroquíes en el año 230 de su fundación. Pero es para inducirnos á entregar el Gobierno á los conservadores, los únicos, á su juicio, capaces de conjurar tamaño desastre. Mientras, Camilo Mauclair, más confiado en la Humanidad futura, lee en el porvenir la defensa victoriosa de los europeos socialistas contra los asiáticos musulmanes. Daniel Havely no teme á los marroquíes, pero teme, con más razón, á los rusos. Narra, en su *Historia de cuatro años*, la fundación, en 2001 de los Estados Unidos de Europa, y se propone, sobre todo, mostrar que el equilibrio moral de los pueblos es inestable, que tal vez baste una facilidad introducida de pronto en las condiciones de la existencia para desencadenar sobre una multitud humana las más terribles calamidades y las más crueles miserias.

»Son pocos los que han investigado el porvenir por sencilla curiosidad, sin intención moral ni propósitos optimistas. Entre los que yo conozco, solamente H. G. Wells, viajando en las edades futuras, descubre á la Humanidad un fin que no le desea, á juzgar por las apariencias conside-

ro una desdichada solución de las cuestiones sociales, el establecimiento de un proletariado antropófago y de una aristocracia comestible. Y tal es la suerte que H. G. Wells promete á nuestros nietos. Todos los demás profetas que yo conozco se limitan á confiar á los siglos futuros la realización de sus ensueños. No descubren el porvenir, lo conjuran.

»Lo cierto es que los hombres no pueden mirar sin espanto hacia lo que ha de ser. Muchos opinan que semejante investigación, además de inútil es pernicioso, y los más crédulos en los descubrimientos de cosas futuras, son los que temerían más descubrirlas. Hay, sin duda, para ese temor razones poderosas. Todas las morales, todas las religiones, llevan consigo una revelación del destino humano. Ya se lo confiesen ó se lo oculten á sí mismos, los hombres, en su mayoría, se hallan temerosos de comprobar esas revelaciones angustas y descubrir la nulidad de sus esperanzas. Están acostumbrados á la idea de tolerar las costumbres más diferentes de las suyas cuando esas costumbres hállanse ya sumergidas en el pasado, y se felicitan entonces de los progresos de la moral. Pero como su moral se ajusta, después de todo, á sus costumbres ó, por lo menos, á lo que dejan ver de ellas, no se atreven á confesar que la moral, habiendo cambiado hasta en-

tonces con las costumbres, cambiará también en lo sucesivo, y que los hombres futuros podrán tener una idea muy distinta de lo permitido y de lo vedado. Esto sería confesar que las virtudes, que tanto estiman, son transitorias y sus dioses caducos. Y aun cuando el pasado les muestre derechos y deberes, sin cesar variables y móviles, creeríanse engañados si previesen que la Humanidad futura se impondría otros derechos, otros deberes y otros dioses. En fin: temen deshonrarse á los ojos de sus contemporáneos asumiendo la horrible inmoralidad de la moral futura. Estos son obstáculos para investigar el porvenir. Vean á Gallion y á sus amigos. No se atreverían á prever la igualdad de las clases en el matrimonio, la supresión de la esclavitud, la derrota de las legiones, la caída del Imperio, el fin de Roma; ni siquiera la muerte de los dioses, en los cuales apenas creían.

—Es posible—dijo Josefín Leclerc—; pero ya es hora de comer.

Y abandonando el Foro que la luna bañaba con su claridad tranquila, avanzaron por las calles populosas de la ciudad hasta un fonducho modesto y afamado de la vía Condotti.

IV

La sala era reducida y hallábase tapizada con un papel ahumado, de los tiempos de Pío IX. Viejas litografías pendían de las paredes, representando al señor de Cavour con sus lentes de concha y su barba de collar, la cara leonina de Garibaldi y los imponentes bigotazos de Víctor Manuel; reunión clásica de los símbolos de la revolución y de la autoridad combinadas; testimonio popular del genio italiano, que se distingue en esas yuxtaposiciones, y por el cual en la Roma de nuestros días, con un admirable sentido político y no sin cierto gusto de comedia delicada, el papa fulminador y el rey excomulgado cambian diariamente delicadezas de buena vecindad. Escalfadores de metal y copas de alabastro llenaban el aparador de caoba. La casa ostentaba ese desprecio de las novedades propio de las reputaciones antiguas. Allí, ante los frascos de vino de Chianti, en torno de una mesa coronada de rosas, los cinco amigos prosiguieron sus divagaciones filosóficas.

—Es cierto—dijo Nicolás Langelier—que á mu-

tonces con las costumbres, cambiará también en lo sucesivo, y que los hombres futuros podrán tener una idea muy distinta de lo permitido y de lo vedado. Esto sería confesar que las virtudes, que tanto estiman, son transitorias y sus dioses caducos. Y aun cuando el pasado les muestre derechos y deberes, sin cesar variables y móviles, creeríanse engañados si previesen que la Humanidad futura se impondría otros derechos, otros deberes y otros dioses. En fin: temen deshonrarse á los ojos de sus contemporáneos asumiendo la horrible inmoralidad de la moral futura. Estos son obstáculos para investigar el porvenir. Vean á Gallion y á sus amigos. No se atreverían á prever la igualdad de las clases en el matrimonio, la supresión de la esclavitud, la derrota de las legiones, la caída del Imperio, el fin de Roma; ni siquiera la muerte de los dioses, en los cuales apenas creían.

—Es posible—dijo Josefín Leclerc—; pero ya es hora de comer.

Y abandonando el Foro que la luna bañaba con su claridad tranquila, avanzaron por las calles populosas de la ciudad hasta un fonducho modesto y afamado de la vía Condotti.

IV

La sala era reducida y hallábase tapizada con un papel ahumado, de los tiempos de Pío IX. Viejas litografías pendían de las paredes, representando al señor de Cavour con sus lentes de concha y su barba de collar, la cara leonina de Garibaldi y los imponentes bigotazos de Víctor Manuel; reunión clásica de los símbolos de la revolución y de la autoridad combinadas; testimonio popular del genio italiano, que se distingue en esas yuxtaposiciones, y por el cual en la Roma de nuestros días, con un admirable sentido político y no sin cierto gusto de comedia delicada, el papa fulminador y el rey excomulgado cambian diariamente delicadezas de buena vecindad. Escalfadores de metal y copas de alabastro llenaban el aparador de caoba. La casa ostentaba ese desprecio de las novedades propio de las reputaciones antiguas. Allí, ante los frascos de vino de Chianti, en torno de una mesa coronada de rosas, los cinco amigos prosiguieron sus divagaciones filosóficas.

—Es cierto—dijo Nicolás Langelier—que á mu-

chos les falta valor cuando su mirada se pierde en el abismo de las cosas futuras, como también lo es que nuestro imperfecto dominio de lo que sucedió no nos ofrece los elementos necesarios para determinar con exactitud lo que debe suceder. Pero en fin, puesto que el pasado de las sociedades humanas nos es conocido en parte, su porvenir, continuación y consecuencia del pasado, no debe sernos enteramente desconocido. No nos es imposible observar ciertos fenómenos sociales y definir, según las condiciones en que se hayan producido, las condiciones en que se producirían nuevamente. No nos está prohibido, viendo empezar un orden de hechos, compararlo á un orden consumado de hechos análogos, é inducir del término del segundo un término semejante para el primero. Por ejemplo: observando que las formas de trabajo son variables, que á la esclavitud ha sucedido la servidumbre y á la servidumbre el salario, debe preverse una nueva forma de la producción; sabiendo que el capital industrial substituyó de un siglo á esta parte á la pequeña propiedad artesana y campesina, nos vemos inducidos á investigar la forma que debe substituir al capital; estudian lo la manera cómo se ha operado el cambio de las cargas y servidumbres feudales, se concibe cómo podrá operarse con el tiempo el cambio de los medios de pro-

ducción constituidos ahora en propiedad privada. Estudiando los grandes servicios del Estado que funcionan al presente, adquiriremos una idea de lo que podrán ser más adelante las formas socialistas de producción; y cuando se hayan interrogado así, acerca de un crecido número de asuntos, el presente y el pasado de la industria humana, se decidirá sobre probabilidades, á falta de certidumbres, si el colectivismo puede realizarse un día, no porque sea justo, pues no hay ninguna razón para creer en el triunfo de la justicia, sino porque es la necesaria continuación del estado presente y la consecuencia fatal de la evolución capitalista.

»Fijémonos en otro ejemplo para mayor claridad: Tenemos alguna experiencia de la vida y de la muerte de las religiones. El fin del politeísmo romano, en particular, nos es bastante conocido. Conforme á este fin lamentable podemos imaginarnos el del cristianismo, cuya decadencia se inicia.

»Se puede investigar de igual manera si la Humanidad futura será belicosa ó pacífica.

—Siento curiosidad por saber cómo se consigue—dijo Josefin Leclerc.

El señor Goubin meneó la cabeza:

—Es una investigación inútil. Conocemos de sobra el resultado. La guerra durará tanto como el mundo.

—Nada lo prueba—replicó Langelier—, y el estudio del pasado hace suponer que la guerra no es una de las condiciones esenciales de la vida social.

Y Langelier, aguardando la menestra que tardaban en servirles, desarrolló esa idea con su habitual sobriedad:

—Aun cuando las primeras épocas de la raza humana—dijo—se pierden para nosotros en una obscuridad impenetrable, puede asegurarse que los hombres no siempre fueron belicosos. No lo eran durante las edades largas de la vida pastoril, cuyo recuerdo es conservado solamente por un corto número de palabras comunes á todos los idiomas indoeuropeos, y que revelan costumbres inocentes. Tenemos razones para suponer que aquellos siglos tranquilos de pastores fueron de mucha más duración que las épocas agrícolas, industriales y comerciales que, sucediéndose por un progreso necesario, determinaron entre las tribus y los pueblos un estado de guerra casi constante.

»Con mucha frecuencia se confió á las armas el cuidado de adquirir bienes, tierras, mujeres, esclavos y ganados. Las primeras guerras formalizáronse de poblado á poblado. Después, uniéndose los vencidos á los vencedores, formaron una nación, y las guerras fueron de un pueblo contra otro. Cada uno de esos pueblos, para conservar las

riquezas adquiridas ó procurárselas nuevas, disputaba á los pueblos vecinos los lugares estratégicos, desde cuya altura podían dominarse los caminos, los desfiladeros de las montañas, los cursos de los ríos, las orillas de los mares. Al fin, los pueblos formaron confederaciones y contrajeron alianzas, y de este modo, constituyendo cada vez grupos más numerosos, en lugar de disputarse los productos de la tierra, establecieron un cambio regular. Ensanchóse la comunidad de sentimientos y de intereses. Llegó un día en que Roma creyó haberla extendido por el mundo entero. Augusto pensó abrir la era de la paz universal.

»Ya se sabe de qué modo semejante ilusión fué lenta y cruelmente disipada, y qué oleaje de bárbaros inundó la paz romana. Esos bárbaros, establecidos en el Imperio, pelearon unos con otros durante catorce siglos sobre sus ruinas, y fundaron con sus degollinas patrias sanguinarias. Tal fué la vida de los pueblos en la Edad Media y la constitución de las grandes monarquías europeas.

»Entonces la guerra era el único estado posible y el único concebible. Todas las fuerzas de las sociedades organizábanse únicamente para sostenerla.

»Si el despertar de la inteligencia en el Rena-

ciamiento permitió á algunos espíritus imaginar relaciones más ordenadas entre los pueblos, al mismo tiempo el ardor de inventar y el ansia de conocer, proporcionaron al instinto bélico alimentos nuevos. El descubrimiento de las Indias Occidentales, las exploraciones de Africa, la navegación del Océano Pacífico, abrieron á la avidez de los europeos inmensos territorios. Los reinos blancos se disputaron la exterminación de las razas rojas, amarillas y negras y se obtinaron durante cuatro siglos en el saqueo de tres grandes partes del mundo. A esto se llama la civilización moderna.

»Durante una sucesión continua de rapiñas y violencias, los europeos lograron conocer la extensión y la configuración de la tierra. A medida que avanzaban en este conocimiento, extendían su obra destructora. Aun hoy día, solamente se comunican los blancos con los negros ó los amarillos, para esclavizarlos ó destruirlos. Los pueblos que llamamos bárbaros, nos conocen sólo por nuestros crímenes.

»Sin embargo, esas navegaciones proyectadas con un espíritu de codicia feroz, esas vías abiertas por la tierra y por el mar á los conquistadores, á los aventureros, á los cazadores de hombres, á los mercaderes de carne humana, esas colonizaciones exterminadoras, ese movimiento bru-

tal que impulsó y continúa impulsando á media humanidad para que destruya á la otra media, son las condiciones fatales de un nuevo progreso de la civilización y medios terribles, que habrán preparado para un porvenir aún indefinido, la paz del mundo.

»Ahora el mundo entero se halla conducido hacia un estado comparable, á pesar de enormes diferencias, al estado del Imperio romano en los tiempos de Augusto. La paz romana fué obra de la conquista. Seguramente la paz universal no se realizará por iguales causas. Ningún imperio puede hoy pretender la hegemonía de las tierras y de los Océanos que cubren el globo, al fin descubierto y medido. Pero no por ser menos visibles que los de la dominación política y militar, los lazos que empiezan á unir á la humanidad entera y no sólo á una parte de la humanidad, son menos reales, y son á la vez más flexibles y más sólidos; son más íntimos é infinitamente variados, anudándose á través de las ficciones de la vida pública á las realidades de la vida social.

»La multiplicación creciente de las comunicaciones y de los cambios; la solidaridad obligada de los intereses de todas las capitales, de los mercados comerciales que se esfuerzan vanamente por garantizar su independencia con recursos des-

dichados; la rápida propagación del socialismo internacional, parecen asegurar en un plazo más ó menos largo la unión de los pueblos de todos los continentes. Si por ahora el espíritu imperialista de los grandes Estados y las ambiciones soberbias de las naciones armadas, desmienten por de pronto esas previsiones y condenan esas esperanzas, se advierte que en realidad el nacionalismo moderno sólo es una aspiración confusa hacia la unión cada vez más amplia de la inteligencia y de las voluntades, y que el ensueño de una más vasta Inglaterra, de una más vasta Alemania, de una más vasta América, conduce, digase lo que se diga y hágase lo que se haga, al ensueño de una más vasta humanidad, á la asociación de los pueblos y de las razas para explotar unidas las riquezas de la tierra.

Interrumpiendo ese discurso, el fondista mismo les llevó la sopera humeante y el queso rallado.

Y Nicolás Langelier, entre el vapor caliente y perfumado de la sopa, concluyó así:

—Sin duda seguiremos teniendo guerras. Los instintos feroces unidos á las codicias naturales, el orgullo y el hambre que turbaron al mundo durante tantos siglos, continuarán turbándolo. Las inmensas masas humanas que tienden á formarse no han encontrado todavía su asiento y su

equilibrio. La penetración de los pueblos no es aún bastante metódica para asegurar el bienestar de todos por la libertad y la facilidad de los cambios; el hombre no siente aún en absoluto el respeto al hombre; todas las partes de la humanidad no se hallan todavía dispuestas para asociarse armoniosamente y constituir las celdillas y los órganos de un mismo cuerpo. No es fácil que ni el más joven de nosotros vea cerrarse la era de las armas. Pero esos tiempos mejores que no conocemos, los presentimos. Prolongando en el porvenir la curva comenzada, podemos notar el establecimiento de comunicaciones más frecuentes y más perfectas entre todas las razas y todos los pueblos, un sentimiento más general y más poderoso de la solidaridad humana, la organización metódica del trabajo y el establecimiento de los Estados unidos del mundo.

»La paz universal se realizará un día, no porque los hombres lleguen á ser mejores (no hay motivo para esperararlo), sino porque un nuevo orden de cosas, una ciencia nueva, nuevas necesidades económicas, les impondrán el estado pacífico; de igual modo que en otro tiempo las condiciones mismas de su existencia los colocaban y los mantenía en estado de guerra.

—Nicolás Langelier: una rosa se ha desojado en su vaso—dijo Giacomo Boni—. Esto no sucede

sin permiso de los dioses. Bebamos á la paz futura del mundo.

Josefin Leclerc alzó su copa.

—El vino de Chianti tiene un sabor un poco ácido y forma una ligera espuma. Bebamos á la paz, mientras los rusos y los japoneses combaten duramente en la Mandchuria y en el golfo de Corea.

—Esa guerra—repuso Langelier—señala una de las horas más interesantes en la historia del mundo. Y para comprender su verdadero sentido, hay que remontarse dos mil años atrás.

»Ciertamente los romanos no sospechaban la extensión del mundo bárbaro, no teniendo ninguna idea de esos inmensos criaderos de hombres que debían con el tiempo desbordarse sobre ellos y subyugarlos. No sospechaban siquiera que hubiera en el Universo una paz aparte de la paz romana. Y sin embargo, existía una más antigua y más extensa: la paz china.

»Sus mercaderes se hallaban en relaciones con los mercaderes de la Sérica, los cuales llevaban la seda producida en un lugar situado al Norte de la llanura de Pamir y era llamado la Torre de Piedra. Sus negocios con el imperio eran frecuentes. Los traficantes latinos más osados penetraban en el Golfo del Tonkín recorriendo las costas chinas hasta Hang-Tchan-Fou ó Hanoi. Sin embargo,

los romanos no imaginaban que la Sérica formase un imperio más poblado que el suyo, más rico, más adelantado en agricultura y en economía política. Los chinos por su parte conocían á los hombres blancos. Sus anales mencionan que el emperador An-Thoun, en quien reconocemos á Marcus Aurelius Antoninus, les envió una embajada, que acaso era sólo una expedición de navegantes y negociantes. Pero ignoraban que una civilización más agitada y más violenta que la suya, más fecunda también é infinitamente más expansiva, extendíase sobre la tierra. Agricultores y jardineros muy experimentados, mercaderes hábiles y probos, vivían allí felices gracias á sus métodos de cambio y á sus vastas asociaciones de crédito. Satisfechos de su ciencia sutil, de su cortesía exquisita, de su piedad humanitaria y de su invariable prudencia, no sentían curiosidad por conocer la manera de vivir y de pensar de aquéllos hombres blancos llegados del país del César y acaso los embajadores de An-Thoun les parecieron bastante groseros y bárbaros.

»Las dos grandes civilizaciones del mundo, la amarilla y la blanca, continuaron ignorándose hasta el día en que los portugueses, habiendo doblado el Cabo de Buena Esperanza, fueron á comerciar en Macao. Los mercaderes y los misioneros cristianos se establecieron en China entre-

gándose á toda clase de violencias y de rapiñas. Los chinos los soportaban como hombres acostumbrados á trabajos de paciencia y maravillosamente capaces de soportar los malos tratamientos; pero no obstante, los mataban á veces con todas las delicadezas de una fina crueldad. Los jesuitas produjeron en el Imperio Central, durante más de tres siglos, incesantes desórdenes. En nuestros días las naciones cristianas tomaron la costumbre de enviar, unidas ó separadamente, á ese gran imperio cuando el orden se hallaba turbado en él, ejércitos que lo restablecían por el robo, la violencia, el pillaje, el asesinato y el incendio, realizando en cortos intervalos por medio de fusiles y cañones la penetración pacífica del país. Los chinos desarmados no se defendían, ó se defendían mal; se los degollaba con una agradable facilidad. Son amables y ceremoniosos, pero se les reprocha la poca simpatía que sienten por los europeos. Tenemos contra esa gente resentimientos muy semejantes á los que el señor Du Chaillu tenía contra su gorila. El señor Du Chaillu mató á tiros, en un bosque, á una gorila madre. Muerta ya, seguía oprimiendo á su hijo entre sus brazos. El señor Du Chaillu se lo arrancó llevándole con él en una jaula á través del Africa para venderlo en Europa. Pero el animalito le dió justos motivos de queja. Era insociable; se

dejó morir de hambre. «No me fué posible—dice el señor Du Chaillu—corregir sus malas inclinaciones.» Nos quejamos de los chinos con tanta razón como tenía el señor Du Chaillu para quejarse de su gorila.

»En 1901, habiéndose turbado el orden en Pekín, los ejércitos de cinco naciones poderosas, bajo el mando de un feld-mariscal alemán, lo restablecieron por los procedimientos acostumbrados. Después de cubrirse así de gloria militar, las cinco potencias firmaron uno de los innumerables tratados, por los cuales garantizan la integridad de aquel imperio cuyas provincias se distribuyen.

»Rusia por su parte, ocupó la Manchuria y cerró la Corea al comercio del Japón. El Japón, que en 1894 había derrotado á los chinos por tierra y por mar, y participado en 1901 en la acción pacífica de las potencias, vió con rabia contenida cómo avanzaba el oso voraz y lento. Y mientras la bestia enorme alargaba indolentemente su morro sobre la colmena, las abejas amarillas armando todas á un tiempo sus alas y sus agujones le cubrieron de picaduras inflamadas.

«Es una guerra colonial», decía un importante funcionario ruso á mi amigo Jorge Bourdon. Pero el principio de toda guerra colonial es que el europeo sea superior á los pueblos que combate;

sin esta circunstancia, la guerra no es colonial; esto salta á los ojos. Conviene en esta especie de guerras, que el europeo ataque con artillería y que el asiático ó el africano se defienda con flechas, con mazas, con sagayes ó con tomahawks. Se admite que se haya procurado algunos viejos fusiles de chispa y algunas cartucheras; esto hace la colonización más gloriosa. Pero en ningún caso debe ser armado ni organizado á la europea. Su flota se compondrá de juncos, piraguas y canoas vaciadas en un tronco de árbol. Si ha adquirido navíos á armadores europeos, deben ser navíos inservibles. Los chinos que guarnecen sus arsenales con obuses de porcelana, se hallan todavía comprendidos en la fórmula colonial.

»Pero los japoneses la han evitado. Combaten siguiendo la táctica francesa del general Bonnal. Superan á sus adversarios, por sus conocimientos y por su inteligencia. Se baten mejor que los europeos, no tomando en cuenta los procedimientos consagrados, y proceden, hasta cierto punto, de una manera contraria á lo que ordena el derecho de gentes.

»En vano algunas personas graves, como el señor Edmundo Thery, les demostraron que deberían ser vencidos para salvar el interés superior del mercado europeo, conforme á las leyes

económicas mejor establecidas. En vano el prócsul de la Indo-China señor Doumer, les advirtió que sufrirían en breve plazo decisivas derrotas por tierra y por mar. «¡Qué tristeza financiera nublaría nuestros corazones, exclamaba aquel grande hombre, si á Besobrazof y á Alexeif no les produjeran millones los bosques coreanos! Son reyes. Yo fui rey como ellos; nuestras causas son comunes. ¡Oh nipones!, imitad la dulzura de los pueblos cobrizos sobre los cuales he reinado gloriosamente en la época de Meline.» En vano el doctor Carlos Richet les demostró con un esqueleto en la mano que eran prognatas, y no teniendo los músculos de la pantorrilla bastante desarrollados, se hallaban en la obligación de huir entre los árboles ante los rusos que son braquicéfalos, y en tal concepto, eminentemente civilizadores, como lo demostraron al ahogar cinco mil chinos en el río Amor. «Tened en cuenta que sois intermedios entre el mono y el hombre», les decía cariñosamente el profesor Richet. «De donde resulta que si derrotarais á los rusos ó finnoletto-ugro-eslavos, sería exactamente igual que si los monos os derrotasen á vosotros. ¿Lo creéis posible?» Pero ellos no quisieron atender á razones.

Los rusos pagan en los momentos actuales, en los mares del Japón y en las gargantas de la

Mandchuria, no solamente su política sediciosa y brutal en Oriente, sino el sistema político colonial de Europa entera. No sólo espían sus propios crímenes, sino los crímenes de toda la cristiandad militar y comercial. No quiero decir con esto que haya una justicia en el mundo. Pero se ven singulares vicisitudes, y la fuerza, único juez aún de las acciones humanas, ofrece algunas veces variaciones inesperadas. Sus brusquedades rompen un equilibrio que se creía estable, y sus juegos, que suelen obedecer á una regla oculta, conducen á resultados interesantes. Los japoneses pasan el Ya-lu y derrotan con precisión á los rusos en la Mandchuria. Sus marinos destruyen con elegancia una escuadra europea, y todos advertimos un peligro que nos amenaza. Si existe, ¿quién lo ha creado? No fueron los japoneses quienes provocaron á los rusos. No son los amarillos los que fueron á buscar á los blancos. Ahora descubrimos el peligro amarillo. Hace muchos años que los asiáticos conocen el peligro blanco. El saqueo del palacio de verano, las matanzas de Pekín, los asesinatos de Blagovetchensk, el desmembramiento de la China, ¿no eran motivos de inquietud para los chinos? Y los japoneses, ¿sentiríanse muy seguros bajo los cañones de Puerto Arturo? Nosotros hemos creado el peligro blanco; el peligro blanco ha creado el peligro amari-

llo. Estos encadenamientos dieron á la vieja necesidad, que guía los destinos del mundo, una apariencia de Justicia divina, y admiramos la sorprendente conducta de aquella reina ciega de los hombres y de los dioses, cuando se ve al Japón tan cruel hace poco para los chinos y los coreanos, al Japón cómplice insustituible de los crímenes europeos en China, convertirse en vengador de los chinos y en esperanza de la raza amarilla.

»Sin embargo, no parece á primera vista que el peligro amarillo, espanto de los economistas europeos, sea comparable al peligro blanco suspendido sobre Asia. Los chinos no envían á París, á Berlín, á San Petersburgo, misioneros para enseñar á los cristianos el Foung-choui, sembrando el desorden en los asuntos europeos. Ningún ejército expedicionario chino ha llegado á la bahía de Quiberón para exigir del Gobierno de la República la *extraterritorialidad*, es decir, el derecho de juzgar por un tribunal de mandarines las causas pendientes entre chinos y europeos. El almirante Togo no ha venido con doce acorazados á bombardear la rada de Brest con objeto de favorecer el comercio japonés en Francia. La flor del nacionalismo francés, la nata de nuestros Turbulentos, no ha sitiado en sus hoteles de las avenidas Hoche y Marceau á las legaciones de la China y del Japón, y el mariscal Oyama no ha

traído, por consiguiente, los ejércitos combinados del Extremo Oriente sobre el bulevar de la Magdalena para exigir el castigo de los Turbulentos xenófobos. No ha incendiado Versalles en nombre de una civilización superior. Los ejércitos de las grandes potencias asiáticas no se han llevado á Tokio y á Pekín los cuadros del Louvre y las vajillas del Elíseo.

»No. El mismo señor Edmundo They reconoce que los amarillos no son bastante civilizados para imitar á los blancos con tanta fidelidad, y no supone que puedan elevarse nunca á tan alta cultura moral. ¿Cómo es posible que alcancen nuestras virtudes? No son cristianos. Pero los hombres competentes juzgan que el peligro amarillo, á pesar de ser económico solamente, no por eso es menos terrible. El Japón y la China, organizada por el Japón, amenazan hacernos en todos los mercados del mundo una competencia espantosa, monstruosa, enorme y disforme, cuya sola idea pone los cabellos de punta sobre las cabezas de los economistas. Por esta causa, los japoneses y los chinos deben ser exterminados. No hay duda. Pero es necesario también declarar la guerra á los Estados Unidos para impedir que sus metalúrgicas vendan el hierro y el acero más económicamente que nuestros fabricantes, porque poseen mejores máquinas.

»Digamos una vez siquiera la verdad. Dejemos de adularnos por un momento. La vieja Europa y la nueva Europa (tal es el verdadero nombre de América), han instituido la guerra económica. Cada nación se halla en lucha industrial con las otras naciones. En todas partes la producción se arma furiosamente contra la producción. Hacemos mal en quejarnos de que se presenten al mercado desordenado del mundo nuevos productos concurrentes y perturbadores. ¿De qué sirve lamentarse? Sólo conocemos la razón del más fuerte. Si Tokio es más débil, no tendrá razón y se lo haremos comprender. Si es más fuerte, tendrá razón y nosotros no podremos reprocharle nada. ¿Hay algún pueblo en el mundo que tenga derecho á hablar en nombre de la Justicia?

»Hemos enseñado á los japoneses el régimen capitalista y la guerra. Nos asustan porque se hicieron semejantes á nosotros. Y, verdaderamente, la cosa es horrible. Se defienden contra los europeos con armas europeas. Sus generales, sus oficiales de Marina, que han estudiado en Inglaterra, en Alemania y en Francia, honran á sus maestros. Muchos de ellos hicieron sus estudios en nuestras Escuelas especiales. Los grandes duques que temían no ver salir nada bueno de nuestros Institutos militares, demasiado democráticos á su juicio, deben hallarse ya satisfechos.

«Ignoro cuál será el fin de la guerra. El Imperio ruso opone á la energía metódica de los japoneses sus fuerzas indeterminadas, comprimidas por la fosca imbecilidad de su Gobierno, reducidas por la falta de honradez de una administración devastadora, perdidas por la ineptitud del mando militar. Ha puesto de relieve la enormidad de su impotencia y la profundidad de su desorganización. Las reservas de dinero que alimentaban sus ricos acreedores, continúan siendo casi inagotables. Su enemigo, al contrario, tiene que recurrir á empréstitos difíciles, onerosos, de los cuales tal vez le privarán sus propias victorias. Porque los ingleses y los americanos quieren ayudar al Japón para que debilite á Rusia, pero no para que se convierta en un Estado poderoso y temible. No es fácil prever la victoria definitiva de un combatiente sobre otro. Pero si el Japón consigue imponer á los blancos el respeto hacia los amarillos, habrá servido grandemente la causa de la Humanidad y preparado, sin darse cuenta y tal vez contra su deseo, la organización pacífica del mundo.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el señor Goubin, levantando la nariz sobre su plato lleno de un frito delicioso.

—Témese—prosiguió Nicolás Langelier—que el Japón victorioso eduque á China; que la ense-

ñe á defenderse y á explotar por sí misma sus riquezas. Témese que la fortalezca. No habría que temerlo, sino desearlo en interés universal. Los pueblos fuertes concurren á la armonía, á la riqueza del mundo. Los pueblos débiles, como China y Turquía, son causa perpetua de disturbios y de peligros. Pero nos apresuramos demasiado á temer ó á esperar. Si el Japón victorioso se propone organizar el viejo imperio amarillo, no lo conseguirá tan fácilmente. Hace falta mucho tiempo para enseñar á la China que China existe. Porque no lo sabe aún, y mientras no lo sepa no habrá China. Un pueblo sólo existe por el sentimiento que tiene de su existencia. Hay trescientos cincuenta millones de chinos; pero ellos no lo saben. Y mientras no se cuenten no se contará con ellos. No existirán ni siquiera por el número. «¡Numérense!» Es la primera orden que da el sargento instructor á los reclutas. Y les enseña al mismo tiempo el principio de las sociedades. Pero trescientos cincuenta millones de hombres necesitan mucho tiempo para numerarse. Sin embargo, Ular, que es un europeo extraordinario, puesto que juzga de necesidad ser humano y justo respecto á los chinos, nos anuncia que se inicia un gran movimiento nacional en todas las provincias del viejo Imperio.

—Y aun cuando el Japón victorioso—dijo Jo-

señn Leclerc—infundiera á los mogoles, á los chinos, á los tibetanos, la conciencia de lo que son, haciéndolos respetables á los blancos, ¿quedaría por eso mejor asegurada la paz del mundo y contenida la locura invasora de las naciones? ¿No lucharían aún para exterminar la humanidad negra? ¿Qué pueblo negro cuidará de hacer á los negros respetables para los blancos y los amarillos?

Pero Nicolás Langelier repuso:

—¿Quién puede marcar los límites donde se detendrá una de las grandes razas humanas? Los negros no se extinguen como los rojos en contacto con los europeos. ¿Qué profeta puede anunciar á los doscientos millones de negros africanos existentes que su posteridad no reinará nunca en la riqueza y en la paz sobre los lagos y los grandes ríos? Los hombres blancos han atravesado las edades de las cavernas y de las poblaciones lacustres. Vivían entonces en estado salvaje, desnudos. Secaban al sol sus cacharros groseramente contruidos con arcilla. Sus jefes formaban coros de danzas bárbaras. No tenían más ciencia que las de sus brujos. De entonces acá, han construido el Partenón, han concebido la Geometría, han sometido á leyes armónicas la expresión de su inteligencia y los movimientos de su cuerpo.

»¿Podéis decir á los negros de Africa: «Eterna-

mente lucharéis de tribu á tribu, infligiéndoos los unos á los otros suplicios atroces y absurdos; eternamente el rey Gléglé, siguiendo una práctica religiosa, arrojará desde lo alto de su bohío á los prisioneros atados dentro de un cesto; eternamente devoraréis con delicia las carnes arrancadas á los cadáveres descompuestos de vuestra parentela; eternamente los exploradores dispararán contra vosotros los fusiles y os ahogarán en vuestras cabañas; eternamente el orgulloso soldado cristiano ejercitará su osadía despedazando á vuestras mujeres; eternamente el alegre marino, llegado de los mares brumosos, reventará de un puntapié á vuestros hijuelos para desentumecer sus piernas? ¿Podéis profetizar, seguros de no equivocaros, á un tercio de la humanidad su constante ignominia?

»Ignoro si un día, como lo anunciaba en 1840 el inglés Beecher Stowe, despertará en Africa la vida con un esplendor y una magnificencia desconocidas por las frías razas de Occidente, y si el arte florecerá allí con formas nuevas y esplendorosas. Los negros tienen una viva intuición musical. Es posible que aparezca un delicioso arte negro de la danza y del canto. Entre tanto, los negros de la América del Sur realizan en la civilización capitalista rápidos progresos. Juan Finot nos lo ha explicado hace poco.

»Cincuenta años atrás no poseían entre todos cien hectáreas de terreno; hoy sus bienes representan más de cuatro mil millones de francos. No tenían cultura, y hoy un cincuenta por ciento saben leer y escribir. Hay novelistas negros, poetas negros, economistas negros y filántropos negros. Los mestizos nacidos del dueño y de la esclava son singularmente inteligentes y vigorosos. Los hombres de color, á la vez astutos y feroces, instintivos y calculadores, adquirirán poco á poco (me ha dicho uno de ellos) la ventaja del número, y dominarán con el tiempo á la raza debilitada de los criollos que ejerce tan ligeramente sobre los negros la crueldad febril. Acaso ha nacido ya el mulato de genio que haga pagar cara á los hijos de los blancos la sangre de los negros linchados por sus padres.

Reforzando su vista con sus anteojos potentes, el señor Goubin dijo:

—Si los japoneses vencieran nos quitarían la Indo-China.

—Es el mejor servicio que podrían hacernos—replicó Langelier—, las colonias son el azote de los pueblos.

El señor Goubin respondió solamente con un silencio indignado.

—Me hace daño oír hablar así—exclamó Josefín Leclerc—. Necesitamos salidas para nuestros

productos, territorios para nuestra expansión industrial y comercial. ¿Qué idea le ha dado, Langelier? Hay solamente una política en Europa, en América, en el mundo: la política colonial.

Nicolás Langelier repuso tranquilamente:

—La política colonial es la más reciente forma de la barbarie, ó si prefiere que lo diga de otro modo, el término de la civilización. No diferencio esas dos expresiones, porque son idénticas. Lo que los hombres llaman civilización es el estado actual de las costumbres, y lo que llaman barbarie son los estados anteriores. Las costumbres presentes también serán tenidas por bárbaras en los tiempos venideros. Convengo fácilmente en que, dadas nuestras costumbres y nuestra moral, los pueblos fuertes destruyan á los pueblos débiles. Es el principio del derecho de gentes y el fundamento de la acción colonial.

»Pero hace falta saber si las conquistas lejanas son siempre para las naciones un buen negocio. Parece que no. ¿De qué han servido Méjico y el Perú á España? ¿Y el Brasil á Portugal? ¿Y Batavia á Holanda? Hay diversas clases de colonias. Hay colonias que reciben á desdichados europeos en una tierra inculta y desierta. Estas, fieles mientras que son pobres, se separan de la metrópoli al sentirse prósperas. Las hay inhabitables, de donde se sacan materias primeras y á donde se

llevan mercancías. Es evidente que éstas enriquecen, no á quien las gobierna, sino al traficante. Casi nunca valen lo que cuestan; y además, á cada paso exponen á la metrópoli á desastres militares.

El señor Goubin hizo la siguiente interrupción:

—¿Y Inglaterra?

—Inglaterra es menos un pueblo que una raza. Los anglosajones no tienen más patria que el mar. Y esa Inglaterra que se cree rica por sus vastos dominios, debe su fortuna y su poder á su comercio. No hay que envidiarle sus colonias, sino sus mercaderes, autores de su riqueza. ¿Creen ustedes que, por ejemplo, el Transvaal, es para ella un excelente negocio? Sin embargo, se concibe que en el estado actual del mundo los pueblos que procrean muchos hijos y que fabrican muchos productos, busquen lejanos territorios y mercados cuya posesión se aseguren con astucias ó con violencias. ¡Pero nosotros! pero nuestro pueblo económico, cuidadoso de no tener más hijos que los que la tierra natal puede fácilmente soportar; nuestro pueblo que produce con moderación y no es propenso á intentar aventuras lejanas; Francia, que apenas sale de su jardín, ¿para qué necesita colonias? ¿Qué hace de las colonias? ¿Qué beneficios la reportan? Ha derrocha-

do profusamente hombres y dinero para que el Congo, la Cochinchina, Annam, el Tonkín, la Guyana y Madagascar, compren algodones en Manchester, armas en Birmingham y en Lieja, aguardientes en Dantzig y cajas de vino de Burdeos en Hamburgo. Durante setenta años ha despojado, acosado, perseguido á los árabes, para poblar la Argelia de italianos y de españoles.

•La ironía de estos resultados es bastante cruel y no se concibe cómo pudo formarse con perjuicio nuestro ese Imperio diez veces más extenso que la Francia. Pero es preciso pensar que si el pueblo francés no ha disfrutado ninguna ventaja por la posesión de tierras africanas y asiáticas, los jefes de su gobierno, encuentran, por el contrario, ventajas numerosas adquiriendo para él esos dominios. Por este medio se procuran la simpatía de la marina y del ejército, que en las expediciones coloniales recogen grados, pensiones y cruces además de la gloria de vencer al enemigo. Se procuran la simpatía del clero abriendo caminos nuevos á la propaganda y ofreciendo territorios á las misiones católicas. Granjean á los armadores, á los constructores, á los provisores militares con enormes pedidos. Conquistan muchos partidarios concediendo bosques inmensos y plantaciones innumerables. Y lo que les es más ventajoso aún: atraen á su mayoría todos los ur-

didores de negocios y todos los agentes clandestinos del Parlamento. Además, adulan á la muchedumbre orgullosa de poseer un Imperio amarillo y negro que haga palidecer de envidia á los alemanes y á los ingleses. Se los juzga buenos ciudadanos, patriotas y grandes hombres de Estado; y si bien se arriesgan á caer como Ferry, arrastrados por un desastre militar, se arriesgan con gusto, persuadidos de que la más perjudicial de las expediciones lejanas les costará menos enojos y les proporcionará menos peligros que la más útil de las reformas sociales.

»Así se comprende que hayamos tenido tantos ministros imperialistas deseosos de ensanchar nuestro poder colonial. Y aun debemos felicitarnos y alabar la moderación de nuestros gobiernos, que pudieron proporcionarnos mayor número de colonias.

»Pero no se han conjurado todos los peligros y nos amenazan ochenta años de guerra en Marruecos. ¿No acabará nunca la locura colonial?

»Ya sé que los pueblos no son razonables. Y atendiendo á su formación se comprende que no lo sean. Pero con frecuencia un instinto les advierte lo que puede perjudicarles. Son capaces, algunas veces, de observación. Adquieren, con el tiempo, la experiencia dolorosa de sus errores y de sus faltas. Y acabarán dándose cuenta de que

las colonias son para ellos un manantial de peligros y una causa de ruina. A la barbarie comercial sucederá la civilización comercial; á la penetración violenta la penetración pacífica. Estas ideas arraigan ya en todos los Parlamentos. Prevalecerán, no porque los hombres lleguen á ser más desinteresados, sino porque al fin conocerán mejor sus intereses.

»El gran valor humano es el hombre por sí mismo. Para avalorar el globo terrestre lo primero que se necesita es avalorar al hombre. Para explotar el suelo, las minas, las aguas, todas las substancias y todas las fuerzas del planeta, es preciso el hombre, todo el hombre, la Humanidad, toda la Humanidad. La explotación completa del globo terrestre exige el trabajo combinado de los hombres blancos, amarillos y negros. Reduciendo, disminuyendo, debilitando; por decirlo mejor: colonizando una parte de la Humanidad, obramos contra nosotros mismos. Nuestra conveniencia exige que los amarillos y los negros sean poderosos, libres y ricos. Nuestra prosperidad, nuestra riqueza dependen de su riqueza y de su prosperidad. Cuanto más produzcan más consumirán. Y cuanto más se aprovechen de nosotros, más nos aprovecharemos nosotros de ellos. Cuando disfruten abundantemente de nuestro trabajo, disfrutaremos abundantemente del suyo.

»Observando los movimientos que arrastran las sociedades, acaso se advirtieran síntomas de que el período de la violencia termina. La guerra que en otros tiempos fué la única preocupación de los hombres, ahora es intermitente, y las épocas de paz llegaron á ser más largas que las de guerra. Nuestro país da lugar á una observación interesante. Los franceses presentan en la historia militar de los pueblos un carácter original. Mientras las otras naciones hacían solamente la guerra por interés ó por necesidad, los franceses peleaban por gusto. Pero es evidente que nuestros compatriotas han cambiado de parecer. Renán escribía hace treinta años: «Cualquiera que conozca la Francia en su conjunto y en sus variedades provinciales no vacilará en reconocer que la tendencia dominante en este país desde hace medio siglo es esencialmente pacífica.» Está comprobado por observadores numerosos que la Francia en 1870 no tenía ganas de luchar, y que el anuncio de la guerra fué acogido con verdadera consternación. Es cierto que al presente pocos franceses desean una campaña, y que todo el mundo acepta razonablemente la idea de tener un ejército para evitar la guerra. Citaré un ejemplo entre mil: Ribot, diputado, ex ministro, invitado á una fiesta patriótica, excusó su asistencia en una carta elocuente. Ribot, sólo al oír la palabra «desar-

me» arruga el ceño adusto. Siente hacia las banderas y los cañones la inclinación propia de un ministro de Negocios Extranjeros. En su carta denuncia como un peligro nacional las ideas pacíficas generalizadas por los socialistas. Descubre en ellas renunciamientos que no puede soportar. Y no porque sea belicoso. Quiere la paz, pero una paz pomposa, magnífica, resplandeciente y provocadora como la guerra. Ribot y Jaurés difieren sólo en la forma. Los dos son pacíficos. Jaurés sencillamente; Ribot, soberbiamente. Eso es todo. Mejor aún que la democracia socialista, contentándose con la paz modestamente vestida de blusa ó de gabán, el sentimiento de los burgueses que reclama una paz adornada con insignias militares y recargada de simulacros de gloria, atestigua la irremediable decadencia de las ideas de desquite y de conquistas, pues revela el instinto militar desnaturalizado mostrándose pacífico.

»Francia adquiere poco á poco el conocimiento de su verdadera fuerza, que es la fuerza intelectual; concibe su misión, la cual no es otra que sembrar ideas y ejercer el imperio del pensamiento. Pronto advertirá que su poderío más sólido y durable se lo debe á sus oradores, á sus filósofos, á sus escritores y á sus sabios. También será preciso que reconozca algún día que la fuerza del número, después de haberla traicionado tantas

veces, la escapa definitivamente, y que ya es hora de que se resigne á la gloria que le aseguran el ejercicio de la inteligencia y el uso de la razón.

Juan Boilly meneó la cabeza:

—Quiere usted—dijo—que la Francia enseñe á las naciones la concordia y la paz. ¿Puede asegurar que sería escuchada y seguida? ¿Que nadie turbaría su tranquilidad? ¿No ha de temer las amenazas exteriores, prever los peligros, velar por su independencia y preparar su defensa? Una golondrina no hace verano; una nación no hace la paz del mundo. ¿Puede asegurarse que Alemania organiza sus ejércitos para no pelear? Sus demócratas socialistas quieren la paz. Pero no son los dueños del país y sus diputados no tienen en el Parlamento la autoridad que debiera asegurarles el número de sus electores. Y Rusia apenas entrada en el período industrial, ¿considera usted que entrará en el período pacífico? ¿Cree usted que habiendo perturbado el Asia no perturbará también á Europa?

»Pero aun suponiendo que la Europa se vuelva pacífica, ¿no ve usted que América se vuelve belicosa? Después de la anexión de Filipinas, de Puerto Rico y Hawaï, de reducir Cuba á un vasallaje republicano, no se puede negar que la Unión Americana sea un imperio conquistador. Un publicista yanqui, Stead, ha dicho, entre los

aplausos de sus compatriotas: «La americanización del mundo avanza.» Y el señor Roosevelt sueña en izar el pabellón estrellado en Africa del Sur, en Australia y en las Indias Occidentales. El señor Roosevelt es imperialista y quiere una América señora del mundo. Aquí, en confianza, parece ser que se propone resucitar el imperio de Augusto. Tiene la desgracia de leer Tito Livio. Las conquistas de los romanos le quitan el sueño. ¿Conoce usted sus discursos? Son belicosos. «Amigos míos, luchad—dice el señor Roosevelt—luchad terriblemente. No hay cosa mejor que dar de firme. Sólo vinimos al mundo para exterminarnos los unos á los otros. Los que digan lo contrario son gentes inmorales. Desconfiad de los pensadores y de los hombres reflexivos. La reflexión debilita. Es un vicio francés. Los romanos conquistaron el mundo. Nosotros somos los romanos modernos». Palabras elocuentes mantenidas por una escuadra de guerra que será pronto la segunda del mundo, y por un presupuesto militar de mil quinientos millones de francos.

»Los yanquis anuncian que dentro de cuatro años declararán la guerra á Alemania. Para creerlo sería necesario que nos dijese donde se proponen atacar al enemigo. De todos modos, esa locura da que pensar. Que una Rusia sierva de su emperador, ó una Alemania casi feudal aún,

mantengan ejércitos para las batallas, podemos tener la pretensión de explicárnoslo atendiendo á las costumbres antiguas y á reminiscencias de un rudo pasado. Pero que una democracia nueva, los Estados Unidos de América, una asociación de hombres de negocios, una muchedumbre de emigrantes de todos los países, sin comunidad de razas, de tradiciones, de recuerdos, arrojados locamente á la lucha por el dollar, se sientan de pronto arrebatados por el deseo de lanzar torpedos á los flacos de los acorazados y hacer estallar minas bajo las columnas de los enemigos, es una prueba de que la lucha desordenada por la producción y la explotación de las riquezas mantiene vivo el afán de la fuerza bruta, de que la violencia industrial engendra la violencia militar, y de que las rivalidades comerciales encienden entre los pueblos odios que sólo pueden extinguirse con sangre. El furor colonial de que os hablaba hace poco, sólo es una de las mil formas de la concurrencia tan ensalzada por nuestros economistas. Como el estado feudal, el estado capitalista es un estado belicoso. La era de las terribles guerras por la soberanía industrial ha comenzado. Bajo el régimen actual de producción nacionalista el cañón fijará las tarifas, establecerá las aduanas, abrirá y cerrará los mercados. No hay otro regulador del comercio y de la indus-

tria. La exterminación es el resultado fatal de las condiciones económicas en las cuales hoy día se halla el mundo civilizado.»

El *gorgonzola* y el *stracchino* perfumaban la mesa. El mozo llevó las bujías provistas de alambres para encender los largos cigarros con pajuela tan gratos á los italianos.

Hipólito Dufresne, que parecía desde un rato antes ajeno á la conversación, dijo con voz apagada, con orgullosa modestia:

—Señores: nuestro amigo Langelier afirmaba poco ha que muchos hombres temen deshonorarse á los ojos de sus contemporáneos, asumiendo la horrible inmoralidad que representa la moral futura. Yo no he sentido ese temor y escribí un cuentecito, el cual acaso no tenga otro mérito que ofrecer la tranquilidad de mi espíritu reflexionando lo porvenir. Algún día solicitaré de ustedes el favor de que lo escuchen.

—Léanoslo cuanto antes— dijo Boni encendiendo su cigarro.

—Nos agradecerá en extremo conocerlo—añadieron Josefín Leclerc, Nicolás Langelier y el señor Goubin.

—Creo que lo tengo en el bolsillo—respondió Hipólito Dufresne.

Y sacando unos papeles, comenzó á leer lo que sigue:

V

POR LA PUERTA DE CUERNO Y POR LA PUERTA
DE MARFIL

«Era próximamente la una de la mañana. Antes de acostarme abrí el balcón y encendí un cigarro. El zumbido de un auto que pasaba por la avenida del Bosque de Bolonia rompió el silencio. Los árboles refrescaban el ambiente meciendo sus copas oscuras. Ningún murmullo de insecto, ningún rumor viviente se alzaba sobre el suelo estéril de la ciudad. La noche estaba engalanada con estrellas. Sus luces en la transparencia del aire mejor que en otras noches aparecían diversamente coloreadas. La mayoría brillaban en blanco, pero también las había anaranjadas y amarillentas como llamas de lámparas moribundas. Muchas eran azules, y vi una de un azul tan pálido, tan límpido, tan suave, que fijó mi vista. Siento no saber cómo se llama, pero me consuela pensar que los astrónomos no dan á las estrellas su verdadero nombre. Imaginando que cada una de esas gotas de luz alumbran mundos, me pregunto si,

como nuestro sol, no alumbran también innumerables sufrimientos y si el dolor no llena los abismos del cielo. Sólo podemos juzgar los mundos del espacio por el nuestro. Sólo conocemos la vida bajo las formas que reviste en la tierra, y aun suponiendo que nuestro planeta sea de los peores, no tenemos grandes motivos para creer que todo va perfectamente en los otros, ni que sea una dicha nacer bajo los rayos de Altar, de Betelgose ó del ardiente Sirio, cuando sabemos que desdichado asunto es abrir los ojos sobre la tierra á la claridad de nuestro viejo sol. Y no digo esto porque suponga mi suerte mala comparada á la suerte de los demás hombres. No tengo mujer ni hijos. No tengo amor ni enfermedades. No soy muy rico ni frecuento la sociedad. Puedo contarme, por consiguiente, entre los dichosos. Pero los dichosos no tienen grandes goces. ¡Cuál será la suerte de los demás! Los hombres son verdaderamente dignos de lástima. No se lo reprocho á la Naturaleza. No se puede hablar con ella, no es inteligente. Tampoco echo la culpa á la sociedad. No es sensato oponer la sociedad á la Naturaleza. Es tan absurdo oponer la naturaleza de los hombres á la sociedad de los hombres, como oponer la Naturaleza de las hormigas á la sociedad de las hormigas; la naturaleza de los arenques á la sociedad de los arenques. Las socieda-

des animales resultan necesariamente de la naturaleza animal. La tierra es el planeta donde se come, el planeta del hambre. Los animales que la habitan son, naturalmente, ansiosos y feroces. Sólo el más inteligente de todos, el hombre, es avaro. La avaricia es hasta el presente la primera virtud de las sociedades humanas y la obra maestra moral de la Naturaleza. Si yo supiera escribir escribiría un elogio de la avaricia. Y en verdad, no sería un libro muy nuevo. Los moralistas y los economistas lo han escrito cien veces. Las sociedades humanas tienen por fundamento augusto la avaricia y la crueldad.

En los otros universos, en esos mundos innumerables del éter, ¿sucede lo mismo? ¿Todas las estrellas que yo veo alumbran mundos poblados de hombres? ¿Se come y se destruye en el infinito? Esta duda me turba y no puedo mirar sin espanto ese rocío de fuego suspendido en el firmamento.

Mis pensamientos, poco á poco se endulzan y se aclaran, y la idea de la vida en su sensualidad ya violenta, ya suave, me seduce. Me digo que algunas veces la vida es bella. Porque sin esta belleza, ¿cómo apreciaríamos sus fealdades? ¿Y cómo creer que la Naturaleza es mala sin creer al mismo tiempo que es buena?

Desde hace un momento las frases de una so-

nata de Mozart suspenden en el aire sus columnas blancas y sus guirnaldas de rosas. Tengo por vecino á un pianista que interpreta por las noches obras de Mozart y de Gluck. Cierro el balcón y mientras me aseo reflexiono en los inciertos placeres que podré ofrecérme mañana; y de pronto, recuerdo que hace ya ocho días me invitaron á almorzar en el Bosque; reflexiono vagamente que la invitación es para mañana. Queriendo asegurarme, busco la carta en que se me hizo y que dejé abierta sobre la mesa.

Dice así:

«16 de Septiembre de 1903.

»Amigo Dufresne: Te agradeceré que vengas á almorzar, etc., etc., el sábado próximo 23 de Septiembre, etc., etc.»

Es mañana.

Llamo á mi ayuda de cámara y le digo:

—Juan; mañana despiértame á las nueve.

Precisamente mañana 23 de Septiembre de 1903 cumpliré treinta y nueve años. Después de lo que llevo visto en este mundo, casi puedo imaginarme lo que me falta ver. Será probablemente un vulgar espectáculo. Puedo predecir, sin riesgo á equivocarme, los asuntos de conversación que sostendremos mañana en el *restaurant* del Bosque. No dejaré de oír sin duda: «Yo avanzo á sesenta

por hora.—Blanca tiene un carácter muy perro, pero no me engaña; estoy seguro.—El Ministerio trata solamente de agradar á los socialistas.—Los caballitos á la larga me aburren; no hay cosa como el bacarrat.—Los obreros no pueden quejarse; ahora el gobierno les da siempre la razón.—Te apuesto á que Alfiler de Oro ganará á Ranavalo.—Lo que yo digo es que no se encuentra un general para barrer toda esa gentuza.—¿Qué quiere usted? La Francia se ha vendido á los judíos, á Inglaterra y á Alemania.» ¡Eso es lo que oiré mañana! Tales son las ideas políticas y sociales de mis amigos, los nietos de aquellos burgueses de Julio, príncipes de la fábrica y de las metalúrgicas, reyes de las minas, que supieron enfrenar y someter las fuerzas de la revolución. Mis amigos no me parecen capaces de conservar durante mucho tiempo el imperio industrial y el poder político que les han legado sus abuelos. No son muy inteligentes mis amigos. Sus cerebros no han trabajado mucho. El mío tampoco. Hasta el presente no hice nada que valga la pena. Soy como ellos un ocioso y un ignorante.

No me siento capaz de nada y si bien carezco de su vanidad, si no albergó en mi cabeza todas las tonterías que llenan las suyas, si no tengo como ellos odio y miedo á las ideas, obedece todo á una circunstancia particular de mi vida. Mi pa-

dre, poderoso industrial y diputado conservador, cuando yo tenía diez y siete años, llevó á casa para que me repasara las lecciones á un joven profesor tímido y silencioso con aspecto afeminado. Preparándome para el bachillerato, aquel hombre organizaba la revolución social de Europa. Era de una dulzura encantadora. Le han tenido mucho tiempo en la cárcel. Ahora es diputado. Yo le copiaba sus manifiestos al proletariado internacional. Me dió á leer toda su biblioteca socialista. Me enseñó muchas cosas, de las cuales no todas eran creíbles; así obligóme á que abriera los ojos para ver lo que pasaba en torno mío; me demostró que todo lo venerado en nuestra sociedad es despreciable, y que todo lo que nuestra sociedad desprecia es estimable. Me inclinó á la rebeldía. Deduje, al contrario de sus demostraciones, que se debía respetar la mentira y venerar la hipocresía como los dos apoyos más firmes del orden público. Continué siendo conservador; pero mi alma se inundó de hastío.

Mientras me duermo, algunas frases de Mozart, casi imperceptibles, llegan á mis oídos, haciéndome imaginar templos de mármol entre follajes azulados.

Estaba ya muy avanzado el día cuando derper-té. Me vestí mucho más de prisa que de ordinario. Ignorando yo mismo la causa de mi apresu-

ramiento me encontré en la calle sin saber cómo. Lo que vi entonces en torno mío me produjo una sorpresa tal, que dejó en suspenso todas mis facultades reflexivas; y gracias á la imposibilidad de reflexionar, mi sorpresa no fué en aumento. Sin duda alguna hubiera sido pronto desmesurada, llegando á trocarse al fin en estupor y en espanto, si yo hubiese conservado uso de razón; de tal modo el espectáculo que se ofreció á mis ojos era distinto de lo que debía ser. Todo lo que me rodeaba era nuevo, desconocido, extraño. Los árboles, el césped que á diario veía yo, habían desaparecido. Donde la vispera se alzaban las altas fachadas grises de la avenida, extendíase una hilera caprichosa de casitas de ladrillo rodeadas de jardines. No me atreví á volver atrás los ojos para cerciorarme de que mi casa existía aún y me fui derecho hacia la puerta Delfina. No la encontré ya. En aquel punto el bosque se había transformado en un villorrio. Avancé por una calle que me pareció ser la antigua de Suresnes. Las casas que la bordeaban, de un estilo extraño y de una forma nueva, demasiado pequeñas para ser habitadas por gentes ricas, sin embargo, hallábanse adornadas con pinturas, esculturas, y lozas resplandecientes. Todas tenían terrado cubierto. Seguí aquella calle agreste cuyas curvas producían perspectivas encantadoras. La corta-

ban oblicuamente otras calles sinuosas, no pasaban trenes, ni autos, ni coches de ninguna especie. Sólo sombras corrían por el suelo. Alcé la cabeza y vi grandes pájaros y peces enormes desliziéndose rápidamente y en muchedumbre por el aire, que parecía á la vez un cielo y un Océano. Cerca del Sena, cuyo cauce había sido desviado, encontré á un grupo de hombres vestidos con blusas cortas atadas á la cintura y calzados con altas polainas. Seguramente aquel era el traje de faena. Pero presentaban un aspecto más gallardo y desenvuelto que nuestros obreros. Observé que había también mujeres en el grupo, y lo que al pronto no me permitió distinguir, fué que se hallaban vestidas como los hombres; tenían como ellos las piernas derechas y largas, y caderas poco salientes—como nuestras americanas. Aun cuando aquellas gentes no tuvieran expresión adusta, las miré con espanto. Me parecían más extrañas que ninguno de los innumerables desconocidos con quienes me había cruzado sobre la tierra. Para no ver ningún rostro humano emboqué por una calle desierta, llegando pronto á una glorieta rodeada de mástiles donde flameaban gallardetes rojos ostentando estas palabras en letras doradas: FEDERACIÓN EUROPEA. Pendían de los mástiles cartelones adornados con emblemas pacíficos. Eran programas de las fiestas po-

pulares, prescripciones legales, avisos de trabajos de interés público. Había también horarios que indicaban la salida de los globos y un mapa de las corrientes atmosféricas trazado el 28 de Junio del año 220 de la federación de los pueblos. Todos los textos hallábanse impresos en caracteres de forma nueva y en un lenguaje del cual yo no comprendía todas las palabras. Mientras trataba de descifrarlas, sombras de innumerables máquinas atravesando el aire cruzaban sobre mí. De nuevo alcé los ojos, y en un cielo para mí desconocido, más poblado que la tierra, hendido por los timones, azotado por las hélices y rodeado por una corona de humo, vi el sol. Me dieron ganas de llorar viéndole. Era la única fisonomía conocida que se me apareció desde que salí de casa. Por su altura deduje que serían las diez. De pronto envolvíome un segundo grupo de hombres y mujeres que no mostraban el aspecto ni el traje de los del primero. Cercioréme de que las mujeres, aun cuando las haya muy gruesas ó muy flacas, ofrecen en su mayoría las apariencias de andróginos. La ola pasó. De pronto quedóse la plaza desierta, como en nuestros barrios de las afueras, solamente animados á la salida de los talleres. Contemplando los cartelones releí esta fecha: «28 de Junio del año 220 de la federación europea». ¿Qué podía significar aquello? Una proclama del

Comité federal, con motivo de la Fiesta de la tierra, me proporcionó datos útiles para comprender el significado de aquella fecha. Decía: *Camaradas: no ignoráis cómo en el último año del siglo xx el viejo mundo se derrumbó en un cataclismo formidable, y de qué manera después de cincuenta años de anarquía se organizó la federación de los pueblos de Europa...* El año 220 de la federación de los pueblos, era sin duda el año 2270 de la era cristiana. Esto me parecía indudable. Pero me faltaba explicar por qué me hallaba yo de pronto en el año 2270.

Lo reflexioné andando al azar.

—No creo haber sido conservado, me decía durante un tiempo tan largo, en estado de momia como el coronel Fougás. Tampoco he conducido la máquina por la cual H.—G. Wells exploraba el tiempo. Y si he saltado esos tres siglos y medio durmiendo como William Morris, no lo puedo saber, puesto que al soñar se ignora que se sueña. Creo de buena fe que no estoy dormido.

Haciendo estas reflexiones y otras que fuera inútil referir, seguía una larga calle bordeada de verjas, tras las cuales sonreían entre el follaje casas rojizas de formas variadas, pero todas igualmente pequeñas. De cuando en cuando veía elevarse en la campiña extensos circos de acero coronados de llamas y de humo. El espanto se cer-

nía sobre aquellas regiones innumerables, y el aire vibrando con el vuelo rápido de las máquinas, resonaba dolorosamente en mi cabeza. Aquella calle me condujo á una pradera salpicada de grupos de árboles y cortada por varios arroyos. Algunas vacas pacían. Mientras que mis ojos disfrutaban de aquella frescura, creí ver ante mí por un camino llano y derecho unas sombras que corrían. A su paso la corriente de aire que formaban me dió en el rostro. Noté que eran tranvías y automóviles transparentes de velocidad. Atravesé el camino por un puentecillo y divagué largo rato por los prados y los bosques. Me creía en plena campiña, cuando descubrí una extensa línea de casas brillantes que bordeaban el parque. Halléme luego ante un palacio de arquitectura ligera. Un friso esculpido y pintado representaba un festín numeroso extendiéndose á lo largo de la fachada. Vi á través de los acristalados huecos hombres y mujeres sentados en un salón muy claro, alrededor de largas mesas de mármol cubiertas de bonitas lozas coloreadas. Entré suponiendo que sería un *restaurant*. No tenía hambre, pero estaba fatigado, y la frescura de aquel salón guarnecido con guirnaldas de frutas, me pareció deliciosa. Un hombre que se hallaba en la puerta me pidió mi bono, y al verme algo turbado me dijo:

—Comprendo, compañero, que tú no eres de aquí. ¿Cómo viajas sin bonos? Lo siento mucho, pero me es imposible recibirte. Avístate con el delegado de ajustes, y si estás enfermo dirígete al delegado de asistencia.

Declaré que no me hallaba enfermo y me retiré. Un hombre grueso que salía en aquel momento con un palillo en la boca me dijo afablemente:

—Camarada: no es preciso que te dirijas al delegado de ajustes; yo soy delegado de panadería de la sección. Hay una vacante; ven conmigo, te daremos trabajo inmediatamente.

Dí las gracias á mi compañero, protestando de mi buena voluntad, pero advirtiéndole que yo no era panadero.

Me miró algo sorprendido y me dijo que sin duda me gustaba bromear.

Le seguí. Nos detuvimos ante un edificio inmenso de fundición, precedido de una puerta monumental, y en cuyo frontón veíanse dos gigantes de bronce, recostados: el Sembrador y el Segador. Sus bustos revelaban la fuerza sin esfuerzo. Brillaba en sus rostros una arrogancia tranquila, irguiendo la cabeza, bien diferentes en esto de los salvajes trabajadores de Constantino Meunier. Entramos en una sala cuyo techo tenía más de cuarenta metros de altura y donde entre un ligero polvillo blanco, con un ruido extenso y so-

segado, las máquinas trabajaban. Bajo la techumbre metálica se inclinaban los sacos mecánicamente hacia el cuchillo que los desgarraba. La harina caía en cubas donde ligeras manos de acero la amasaban, y la pasta llenaba los moldes que, ya llenos, corrían á hundirse en un horno ancho y profundo como un túnel. Cinco ó seis hombres á lo más, inmóviles entre aquel movimiento, vigilaban el trabajo de las cosas.

—Es una vieja panadería—me dijo mi compañero—. Produce apenas ochenta mil panes diarios, y sus máquinas, de poca potencia, ocupan á demasiada gente. Pero no importa. Sube.

No tuve tiempo para pedir órdenes más explícitas. Un ascensor me subió á la plataforma, y apenas había llegado, cuando una especie de ballena volante se paró junto á mí, descargando sacos. Aquella máquina no estaba tripulada por ningún ser viviente. Me fijé mucho, y puedo asegurar que no había mecánico para conducirla. Otras ballenas volantes se acercaron con sacos que ellas mismas descargaban y que uno tras otro se ofrecían al cuchillo que los rasgaba. Giraban las hélices, funcionaba el timón. No había ningún hombre en el timón ni en la máquina. Oí á lo lejos como un zumbido de avispa que fué aumentando con una rapidez sorprendente. Parecía seguro de su misión el nuevo artefacto, pero mi

desconocimiento de lo que tenía que hacer, si por casualidad se equivocaba, estremeciome. Estuve á punto de pedir que me bajarán, pero me dió vergüenza y permanecí en mi puesto. El sol descendía en el horizonte, y eran ya cerca de las cinco cuando subió á buscarme el ascensor. La jornada había terminado. Recibí un bono de víveres y de alojamiento.

El camarada me dijo:

—Debes tener hambre. Si quieres cenar en la mesa pública puedes hacerlo. Si quieres comer solo en tu cuarto puedes hacerlo también. Si prefieres comer en mi casa con algunos camaradas, dímelo sin escrúpulo, y telefonearé al taller culinario para que envíen allí tu ración. Te digo todo esto para que te vayas enterando, porque te veo un poco desorientado. Sin duda vienes de lejos. Hoy desempeñaste un trabajo sencillo, pero no creas que se gana todos los días el jornal tan fácilmente. Si los rayos Z que gobiernan los globos hubieran funcionado mal, como á veces ocurre, te hubieran ocasionado alguna mayor molestia. ¿Cuál es tu oficio? ¿De dónde vienes?

Estas preguntas me turbaron extraordinariamente. No podía decir la verdad. No podía presentarme como un burgués procedente del siglo xx. Me hubieran creído loco. Respondí de una manera vaga y confusa que yo no tenía oí-

cio, y que llegaba de lejos, de muy lejos. Sonrió, diciéndome:

—Ya comprendo. No te atreves á confesarlo. Vienes de los Estados Unidos de Africa. No eres el solo europeo que se nos haya escapado. Pero esos desertores vuelven casi todos.

Como no respondí nada, mi silencio le hizo suponer que acertó. Repitióme su invitación á cenar, preguntándome cuál era mi nombre. Le respondí que me llamaba Hipólito Dufresne. Sorprendióse al oír dos nombres.

—Yo me llamo Miguel.

Luego, habiendo examinado atentamente mi sombrero de paja, mi chaqueta, mis botas y todos mis avíos, que sin duda estaban un poco polvorientos, pero que tenían buen corte, porque no me viste ningún sastre de portal de la calle de las Acacias, me dijo:

—Hipólito: ya sé de dónde vienes. Tú has vivido en las provincias negras. Solamente los zulús y los basutos tejen tan mal, dan á sus trajes una forma tan grotesca, construyen tan malos zapatos y endurecen la ropa blanca con almidón. Sólo entre ellos pudiste aprender á afeitarte la barba, conservando el bigote y unas patillitas. La costumbre de cortar los pelos de la cara de modo que formen figuras y ornamentos, es una derivación del tatuaje, que ya solamente usan los

basutos y los zulús. Esas provincias negras de los Estados Unidos de Africa se revuelven en una barbarie muy semejante á la que reinó en Francia trescientos cincuenta años atrás.

Acepté la invitación de Miguel.

—Vivo muy cerca, en Soloña—me dijo—. Mi aeroplano corre mucho. En seguida llegaremos.

Me hizo sentar bajo el vientre de un gran pájaro mecánico, y cruzamos el aire con tal velocidad, que yo perdí el aliento. El aspecto de la campaña era muy diferente del que yo conocía. Todas las calles estaban bordeadas de casas; innumerables canales cruzaban sobre los campos sus líneas plateadas. Mientras yo lo admiraba todo:

—La tierra—me dijo Miguel—produce mucho porque se le aplica el sistema de cultivo intenso, como se dice desde que los químicos se dedicaron á ser cultivadores. Se ha discurrido mucho y se ha trabajado mucho durante trescientos años. Para realizar el colectivismo fué indispensable que la tierra produjese cuatro ó cinco veces más de lo que producía en las épocas de anarquía capitalista. Tú, que has vivido entre los zulús y los basutos, no ignoras la escasez de los bienes indispensables para la vida, hasta el punto de que repartirlos por igual entre todos fuera repartir la miseria y no la riqueza. La producción excesiva que nosotros hemos obtenido la debemos, sobre

todo, á los progresos de las ciencias. La supresión casi total de las clases urbanas fué también muy ventajosa para la agricultura. Las gentes de tienda y de escritorio se distribuyeron por igual entre las fábricas y los campos.

—¡Cómo!—exclamé—. ¿Han suprimido las ciudades? ¿Y París?

—Está casi deshabitado—respondió Miguel—. La mayor parte de las casas de cinco pisos, malas y asquerosas, donde vivían los ciudadanos de la era pasada, se desplomaron y no han vuelto á ser construidas. Se edificaba mal en el siglo xx de aquella era infeliz. Hemos conservado construcciones más antiguas y mejores donde instalamos nuestros museos. Tenemos muchos museos y bibliotecas para instruirnos. Se han conservado también algunos restos de la Casa de la Villa. Era un edificio feo y frágil, pero se realizaron en él importantes acciones. No habiendo tribunales, ni comercio, ni ejércitos, tampoco tenemos, hablando con propiedad, ciudades. Sin embargo, la población es mucho más intensa en unos puntos que en otros. Y, á pesar de la rapidez de comunicaciones, los centros metalúrgicos y mineros están mucho más poblados.

—Pero, ¿qué oigo?—le pregunté—. ¿No hay tribunales? ¿Suprimieron los crímenes y los delitos?

—Los crímenes durarán tanto como la vieja y

triste Humanidad. Pero el número de los criminales ha disminuído al disminuir las desdichas. Los barrios populosos de las grandes ciudades eran un vivero de crímenes; ya no existen grandes ciudades. El teléfono sin hilos extiende la seguridad por todo el territorio y á todas horas. Estamos provistos de defensas eléctricas. En cuanto á los delitos, dependían menos de la perversidad de los acusados que de los escrúpulos de los jueces. Ahora que no existen legisladores ni jueces y que la justicia es administrada por los mismos ciudadanos que turnan en el desempeño de tales funciones, muchos delitos desaparecieron, sin duda porque no se los reconoce.

Así me hablaba Miguel, maniobrando en su aeroplano. Traslado el sentido de sus palabras lo más exactamente posible. Siento no poder reproducir, por falta de memoria, todas las expresiones, y sobre todo, los giros de su lenguaje. El panadero y sus contemporáneos hablan un idioma que me sorprende desde luego por la novedad del vocabulario y de la sintaxis, y por su expresiva concisión.

Miguel abordó la terraza de una casa modesta, muy agradable.

—Ya hemos llegado—me dijo—, esta es mi vivienda. Cenarás con algunos compañeros que como yo se ocupan de estadística.

—¿Pero es usted estadístico? Le creí panadero.

—Soy panadero durante seis horas, mientras dura la jornada tal como se fijó desde hace un siglo por el Comité federal. Y el resto del día lo dedico á la estadística; es la ciencia que ha reemplazado á la historia. Los antiguos historiadores referían las acciones brillantes de un corto número de hombres. Los nuestros registran todo lo que se produce y todo lo que se consume.

Después de hacerme pasar por un gabinete de hidroterapia instalado en el piso más alto, bajamos al comedor alumbrado con luz eléctrica, y cuyas paredes eran blancas, sin otro adorno que un friso esculpido de fresales en flor. Sobre la mesa de loza coloreada veíase una vajilla de reflejos metálicos.

Tres personas estaban allí. Miguel los nombró:

—Morin, Perceval, Cherón.

Esas tres personas llevaban trajes muy parecidos, una blusa de tela cruda, un pantalón de terciopelo y medias grises. Morin lucía una venerable barba. Cherón y Perceval no tenían pelo en la cara. Su cabellera corta y la claridad de su mirada, les hacía parecer gente moza. Pero sospeché que fueran mujeres. Perceval me pareció bastante hermosa aun cuando no era muy joven. Cherón era un encanto. Miguel me presentó á sus compañeros.

—Os traigo al camarada Hipólito llamado también Dufresne, que ha vivido entre los metis en las provincias negras de los Estados Unidos de Africa. No le fué posible comer á las once. Debe tener hambre.

Sí tenía. Me sirvieron unos trocitos de algo que no era desagradable, pero cuyo sabor yo desconocía. Vi sobre la mesa muchas clases de queso. Morin me sirvió una cerveza muy clara advirtiéndome que bebiese cuanta quisiera, pues no tenía alcohol.

—Me parece bien—exclamé—. Veo que les preocupan los peligros del alcohol.

—Apenas existen ya—me respondió Morin—. Se consiguió suprimir el alcoholismo antes de terminar la era pasada. Sin esto, hubiera sido imposible implantar el nuevo régimen. Un proletariado alcohólico es incapaz de emanciparse.

—¿No han intentado también—pregunté paladeando un pedacito de los que me habían servido—perfeccionar la alimentación?

—Camarada—respondió Perceval—sin duda te refieres á la alimentación química. No ha hecho aún grandes progresos. En vano encargamos de nuestras cocinas á los químicos. Sus pildoras no valen nada. Aparte de que sabemos dosificar oportunamente los alimentos calóricos y los alimentos nutritivos, comemos de una manera tan

burda como los hombres de la era pasada, y casi gozamos tanto como ellos comiendo.

—Nuestros sabios—dijo Miguel—tratan de establecer una alimentación racional.

—Eso es una niñería—replicó el joven Cherón—. No puede hacerse nada importante mientras no se suprima el intestino grueso, órgano inútil y perjudicial, foco de infección microbiana... Pero se logrará.

—¿De qué modo?—pregunté.

—Sencillamente, por ablación. Y una vez obtenida quirúrgicamente sobre un número considerable de individuos, la supresión tenderá a establecerse por herencia y acabará generalizándose a la raza entera.

Aquellas gentes me trataban con benevolencia y me hablaban con afecto, pero yo no me amoldaba fácilmente á sus costumbres ni á sus ideas, y comprendí que mi modo de ser y de pensar les era por completo indiferente. Cuantas más atenciones tenía con ellos, menos les interesaba. Al dirigir á Cherón algunas galanterías discretas y sinceras, ella no se dignó siquiera mirarme.

Después de la comida, encarándome con Morin, que me parecía inteligente y bondadoso, le dije tan sinceramente que mis palabras le enternecieron:

—Señor Morin, yo no sé nada, y me hace su-

frir cruelmente no saber nada. Se lo repito; vengo de lejos, de muy lejos. Le ruego que me indique de qué modo fué instituida la federación europea y cómo se halla establecido el presente orden social.

El viejo Morin exclamó:

—Me preguntas la historia de tres siglos. Para referírtela necesitaría semanas y meses, y hay muchas cosas que no podría yo enseñártelas, porque también las ignoro.

Le supliqué muy encarecidamente que me diera por lo menos una breve noticia, como á los niños de la escuela. Entonces Morin, recostándose en su butaca, dijo:

—Para saber cómo se constituyó la sociedad actual hay que remontarse mucho en el pasado.

»La obra capital del siglo xx de la era anterior fué la extinción de la guerra.

»El Congreso arbitral de La Haya, instituido en plena barbarie, no contribuyó mucho al mantenimiento de la paz. Pero fué creada por entonces una institución más provechosa. En los Parlamentos de varios Estados formáronse agrupaciones de diputados que se pusieron en relación unas con otras, resolviéndose á deliberar unidas acerca de las cuestiones internacionales. Expresando la voluntad pacífica de una muchedumbre creciente de electores, sus resoluciones adquirie-

ron suma utilidad, dando que reflexionar á los Gobiernos, los cuales, hasta los más absolutos, á excepción del de Rusia, solían ya en aquella época tomar en cuenta las opiniones populares. Lo que sorprende ahora es que nadie reconoció entonces en aquellas reuniones de diputados procedentes de todos los países, el primer esbozo de un Parlamento internacional.

»Por lo demás, el partido de la violencia era poderoso aún en los imperios y hasta en la República francesa. Y si bien el peligro de las guerras dinásticas y de esas guerras diplomáticas acordadas en torno de una mesa verde para mantener lo que se llama el peligro europeo, estaba definitivamente conjurado, en la difícil situación industrial que atravesaba Europa, podíase temer que el conflicto de los intereses comerciales produjera una terrible conflagración.

El proletariado, suficientemente organizado y sin tener aún conciencia de su importancia, no impidió las luchas á mano armada entre las naciones, pero supo disminuir su frecuencia y su duración.

»Las últimas guerras fueron provocadas por esa locura furiosa del mundo viejo que llamaron política colonial. Ingleses, rusos, alemanes, franceses, americanos, disputáronse fieramente en Asia y en Africa zonas de influencia, como de-

rían, donde poder establecer con los indígenas relaciones económicas fundadas en los atropellos y las matanzas. Destruyeron en Africa y en Asia todo lo que era posible destruir. Luego sucedió lo que debía suceder: conservaron las colonias pobres que les costaban caras y perdieron las colonias prósperas. Sin contar que en Asia un humilde pueblo heroico instruido por Europa supo hacerse respetable ante Europa. Fué un gran servicio que en los tiempos bárbaros el Japón hizo á la Humanidad.

»Cuando terminó ese periodo abominable de la colonización, se acabaron las guerras. Pero los Estados Unidos conservaban aún sus ejércitos.

»Dicho esto, voy á explicarte, para complacerte, los orígenes de la sociedad actual. Ha salido de la sociedad precedente. En la vida moral, como en la vida individual, las formas se engendran las unas á las otras. La sociedad capitalista engendró naturalmente la sociedad colectivista. Al principio del siglo XIX de la Era pasada se produjo en la industria una evolución memorable. A la escasa producción de los modestos artesanos, propietarios de sus herramientas, substituyó la producción en grande escala, movida por un agente nuevo de un maravilloso poder: el capital. Fué aquello un importante progreso.

—¿El régimen capitalista?—le pregunté.

—Sí—me respondió Morin—. Ofreció á la Humanidad una fuente incalculable de riqueza. Reuniendo á los obreros en grandes masas y multiplicando su número, creó el proletariado. Reuniendo á los trabajadores, formó un inmenso Estado dentro del Estado, preparó su emancipación y les ofreció [medios] para conquistar el Poder. Sin embargo, el régimen que debía tener en el porvenir tan dichosas consecuencias, era justamente odiado por los trabajadores, entre los cuales hizo numerosas víctimas.

«No existe ningún bien social que no haya costado sangre y lágrimas. Por lo demás, ese régimen que había enriquecido la tierra, estuvo á punto de arruinarla; después de aumentar considerablemente la producción, sintióse incapaz de reglamentarla y se revolvía desesperado entre dificultades invencibles.

«No ignorarás por completo, camarada, las perturbaciones económicas que llenaron el siglo xx. Durante los cien últimos años de la dominación capitalista, el desorden de la producción y el delirio de la concurrencia acumularon los desastres. Los capitalistas y los patronos trataron inútilmente de reglamentar la producción y evitar la competencia formando agrupaciones gigantescas. Sus empresas, mal concebidas, se derrumbaron en inmensas catástrofes. Durante aquel período

de anarquía, la lucha de clases fué ciega y terrible. El proletariado, tan abrumado por sus triunfos como por sus derrotas, aplastado por las ruinas del edificio que destruía sobre su cabeza, desgarrado por espantosas luchas intestinas, rechazando con una violencia ciega á sus mejores jefes y á sus más fieles amigos, combatía sin orden, en las tinieblas. Pero conseguía sin cesar alguna ventaja: aumento de salarios, disminución de horas de trabajo, libertad creciente de organización y de propaganda, conquista de los Poderes públicos, progreso en la opinión asombrada. Se le creía perdido por sus divisiones y errores; pero todos los partidos numerosos hállanse divididos y todos cometen faltas. El proletariado tenía en su favor la fuerza de las cosas. Alcanzó, á fines del siglo, ese bienestar que permite seguir ascendiendo. Camarada, es preciso que un partido sea ya fuerte para realizar una revolución en su provecho. A fines del siglo xx de la Era pasada, la situación general mostróse muy favorable al desenvolvimiento del socialismo. Cada vez más reducidos, á medida que el siglo iba avanzando, los ejércitos permanentes fueron abolidos, á pesar de una resistencia desesperada de los Poderes públicos y de la burguesía poseedora, por las Cámaras formadas por el Sufragio universal, bajo la presión firme del pueblo, de las ciudades y de los campos.

Desde tiempo antes los jefes de los Estados no nacían ostentación de sus ejércitos, no teniendo ni esperando ya otras guerras que las indispensables para contener en el interior á las muchedumbres proletarias. Cedieron al fin. Los ejércitos regulares fueron reemplazados por milicias educadas en ideales socialistas. No hallándose defendidas por los cañones y los fusiles cayeron las Monarquías unas tras otras, estableciéndose, para reemplazarlas, Gobiernos republicanos. Sólo Inglaterra, que había establecido previamente un régimen que los obreros creían soportable, y Rusia, que continuaba siendo imperial y teocrática, quedaron alejadas de ese gran movimiento. Temíase que inspirase al zar la Europa republicana sentimientos análogos á los que inspiró á Catalina la Revolución francesa, y que lanzara sus ejércitos para combatirla. Pero su Gobierno había caído en ese abismo de impotencia y de imbecilidad á que solamente puede descender una Monarquía absoluta. El proletariado ruso, unido á los intelectuales, se sublevó; y después de una serie espantosa de atentados y degollinas, los revolucionarios se apoderaron del Poder instituyendo el régimen representativo.

»La telegrafía y la telefonía sin hilos eran usadas entonces de un extremo á otro de Europa y su manejo era tan fácil, que el hombre más humil-

de podía hablar cuando y como quisiera con otros hombres colocados en cualquier punto del globo. Llovían en Moscou frases colectivistas. Los campesinos rusos oían desde sus camastros las discusiones de los camaradas de Marsella y de Berlín. Al mismo tiempo la dirección aproximada de los globos y la dirección precisa de las máquinas voladoras se pusieron en práctica. Aquello fué la supresión de las fronteras, la hora crítica. El instinto patriótico despertó en los corazones de los pueblos, tan dispuestos á unirse formando una sola Humanidad. En todos los países al mismo tiempo resplandeció, avivándose, la fe nacionalista. Como no había reyes, ni ejércitos, ni aristocracia, tomó aquélla un carácter tumultuoso y popular. La República francesa, la República alemana, la República húngara, la República rumana, la República italiana, la suiza y hasta la belga, expresaron por un voto unánime de sus Parlamentos y en inmensos mitins, la resolución solemne de defender contra toda agresión extranjera el territorio nacional y la industria nacional. Fueron promulgadas leyes enérgicas reprimiendo el contrabando de las máquinas voladoras y reglamentando con severidad el uso de la telegrafía sin hilos. En todas partes fueron reorganizadas las milicias conformándose al tipo antiguo de los ejércitos permanentes. Reaparecieron los viejos uniformes, las botas altas,

los dolmans, los plumeros de los generales. En París arrancaron aplausos las gorras de pelo. Todos los tenderos y una parte de los obreros lucían la escarapela tricolor. En todos los centros metalúrgicos se fundían cañones y blindajes. Se auguraban guerras terribles. Ese furioso impulso duró tres años, y sin haber producido choque alguno se calmó insensiblemente. Las milicias recobraron poco á poco el aspecto y las ideas de los burgueses. La unión de los pueblos que padeció empujada hacia una lejanía fabulosa, estaba muy cerca. Las energías pacíficas desenvolvíanse constantemente. Los colectivistas lograban poco á poco la conquista de la sociedad y llegó un día en que los capitalistas vencidos les abandonaron el poder.

—¡Qué cambio!—exclamé—. No hay ejemplo en la historia de una revolución semejante.

—Dices bien, camarada—prosiguió Morin—, el colectivismo llegó á tiempo. Los socialistas no hubieran podido suprimir el capital y la propiedad individual, si esas dos formas de la riqueza no se hallaran ya casi destruidas en el fondo por el esfuerzo del proletariado, y más aún, por las nuevas orientaciones de la ciencia y de la industria.

»Creyóse que Alemania sería el primer estado colectivista. Como el partido obrero alemán llevaba ya cien años de organización, las gentes de-

cian: «El socialismo es una cosa alemana.» Francia, menos preparada, sin embargo, pasó delante. La revolución social estalló primero en Lyon, en Lille y en Marsella, con el himno de *La Internacional*. París resistió medio mes, enarbolando al fin la bandera roja. Y al día siguiente se proclamaba en Berlín el Estado colectivista. El triunfo del socialismo dió por resultado la reunión de los pueblos. Los delegados de todas las repúblicas europeas reunidos en Bruselas, proclamaron la constitución de los Estados Unidos de Europa.

»Inglaterra negóse á tomar parte, pero se declaró su aliada. Siendo ya socialista conservaba su rey y sus lores y hasta la peluca de sus jueces. El socialismo dominaba entonces en Oceanía, en China, en el Japón y en una parte de la extensa República rusa. El Africa negra, habiendo entrado en la fase capitalista, formaba una confederación poco homogénea. La Unión Americana había renunciado poco antes al militarismo mercantil. La situación del mundo era, pues, favorable al libre desenvolvimiento de los Estados Unidos de Europa. Sin embargo, á esa unión acogida con un gozo delirante, siguió medio siglo de perturbaciones económicas y de miserias sociales. Ya no quedaban ejércitos y apenas había milicias. No sintiéndose comprimidos los movimientos populares no estallan con violencia; pero la inexperiencia ó

la mala intención de los gobiernos locales mantenían un desorden ruinoso.

»Cincuenta años después de la constitución de los Estados, las desilusiones eran tan crueles, ofrecíanse dificultades de tal modo invencibles, que hasta los espíritus más optimistas comenzaron á desesperar. Sordos crujidos anunciaban en todas partes el desquiciamiento de la Unión. Entonces fué cuando la dictadura de un comité compuesto de catorce obreros, puso fin á la anarquía y organizó la Federación de los pueblos europeos tal como existe al presente. Unos dicen que los Catorce desplegaron un genio adivinador y una energía terrible; otros pretenden que eran personas vulgares, aterrorizadas y empujadas por la necesidad, y que presidieron como á pesar suyo, la organización espontánea de las fuerzas sociales. Lo cierto es que no iban contra el curso de los acontecimientos. La organización que establecieron ó cuyo establecimiento presenciaron, subsiste aún hoy por entero. La producción y el consumo de los bienes se verifican ahora casi como se reglamentaron entonces. Con justicia se hace comenzar en ellos la Era nueva.

Morin me expuso en seguida, muy sucintamente, los principios de la sociedad moderna.

—Descansa—dijo—en la supresión total de la propiedad individual.

—¿Y eso no resulta intolerable?—pregunté.

—¿Por qué ha de resultar intolerable? Antiguamente en Europa, el Estado cobraba impuestos; disponía de recursos de su propiedad. Ahora lo mismo podríamos llamarle dueño de todo, que suponerle completamente desposeído de todo. Pero es más justo decir que somos nosotros quienes lo poseemos todo, puesto que el Estado no se distingue de nosotros, reduciéndose á ser la expresión de la colectividad.

—Pero—pregunté—¿ustedes no son dueños de nada, ni siquiera de los platos en que comen, ni de los colchones en que duermen, ni de sus ropas?

Al oír esta pregunta, Morin sonrió:

—Eres aún mucho más cándido de lo que yo creía, Hipólito. ¿Imaginas que no somos dueños de nuestros muebles? ¿Qué idea te has formado, pues, de nuestros gustos, de nuestros instintos, de nuestras necesidades, de nuestro género de vida? ¿Nos creíste una especie de frailes, como antiguamente se decía, gentes desprovistas de todo carácter individual é incapaces de imprimir un sello propio á lo que les rodea? Te has equivocado, amigo mío. Somos dueños de los objetos destinados á nuestro uso y á nuestro regalo, y los tenemos en más estima que los burgueses de la Era pasada tuvieron por sus chucherías, porque sentimos el gusto más pronunciado y un sentimiento

más vivo de las formas. Todos nuestros camaradas un poco refinados, poseen objetos artísticos de los que se muestran celosos. Cherón tiene en su casa cuadros que la encantan, y juzgaría injusto que el comité federal la privara de su posesión. Yo conservo en ese armario dibujos antiguos, la obra casi completa de Steinlen, uno de los artistas más estimados de la Era pasada. No los daría por todo el dinero del mundo.

»¿De dónde sales, Hipólito? Te dicen que nuestra sociedad se funda en la supresión total de la propiedad individual, y supones que dicha supresión alcanza á los muebles y á los objetos usuales. Pero ¡escucha, hombre sencillo! La propiedad individual totalmente suprimida, es la de los medios de producción: suelo, canales, caminos, minas, material, herramientas, etc., etc. No es la propiedad de una lámpara ó de un sillón. Lo que destruimos fué la posibilidad de que recayeran en provecho de un individuo ó de un grupo de individuos los frutos del trabajo; pero no atentamos á la natural é inocente posesión de los objetos amigos que nos rodean.»

Morin me explicó inmediatamente la distribución de los trabajos intelectuales y manuales entre todos los miembros de la comunidad conforme á sus aptitudes.

»—La sociedad colectivista—añadió—no sólo

difiere de la sociedad capitalista en que todo el mundo trabaja. Durante la Era pasada, muchas gentes vivían sin trabajar; sin embargo, formaban una minoría privilegiada. Nuestra sociedad difiere sobre todo de la precedente en que aquella no había coordinado el trabajo, haciéndose muchas cosas inútiles. Los obreros producían sin orden, sin método, sin concierto. Había en las ciudades una muchedumbre de funcionarios, de magistrados, de comerciantes, de empleados, que trabajaban sin producir. Había soldados. El fruto del trabajo no se hallaba bien repartido. Las aduanas y las tarifas establecidas para remediar el mal, lo agravaban. Todo el mundo sufría. La producción y el consumo están al presente reglamentados. Nuestra sociedad difiere de la antigua en que repartió por igual los beneficios de la máquina, cuyo uso en la edad capitalista era con frecuencia desastroso para los trabajadores.

Le pregunté cómo había sido posible constituir una sociedad compuesta sólo de obreros.

Morin me hizo notar que las aptitudes del hombre para el trabajo son generales, y constituyen uno de los caracteres de la raza.

—En los tiempos bárbaros, y hasta el fin de la Era pasada, los aristócratas y los ricos han mostrado siempre sus preferencias hacia el ejercicio corporal. Ejercitaban poco su inteligencia, y so-

lamente por excepción. Su gusto les ha conducido siempre á ocupaciones tales como la caza y la guerra, en las que toma el cuerpo más parte que la inteligencia. Montaban á caballo, guiaban coches, esgrimían las armas y tiraban á la pistola. Puede decirse que todos sus trabajos eran manuales, y también que todos eran estériles ó perjudiciales, porque un prejuicio les prohibía ocuparse en cualquier trabajo útil ó bienhechor, sin duda porque en su tiempo los trabajos útiles se hacían con demasiada frecuencia en condiciones innobles y vergonzosas. No ha sido difícil, honrando los trabajos útiles, hacerlos agradables á todo el mundo. Los hombres de las edades bárbaras sentíanse orgullosos de llevar un sable ó un fusil. Los hombres del día se enorgullecen de manejar una azada ó un martillo. Hay en la humanidad un fondo invariable.

Habiéndome dicho Morin que se había perdido hasta el recuerdo de toda circulación monetaria:

—¿Cómo—le pregunté—hacen ustedes las transacciones sin moneda?

—Cambiamos los productos por medio de bonos semejantes al que tú has recibido, camarada, y que representan las horas de trabajo realizado. El valor de los productos se tasa por la duración del trabajo que representan. El pan, la carne, la cerveza, un traje, un aereoplano valen x horas, x

días de trabajo. De cada uno de esos bonos que nos entregan, la colectividad, ó como se decía en otros tiempos, el Estado, descuenta un cierto número de minutos para saldar las obras improductivas, las reservas alimenticias y metalúrgicas, los asilos, los hospitales, etc., etc.

—Y esos minutos—interrumpió Miguel—van siempre en aumento. El Comité federal dispone, con exceso, trabajos de importancia que nosotros costeamos. Las reservas también son considerables. Los almacenes públicos rebosan riquezas de todas clases. Allí duermen los minutos de nuestro trabajo. Se cometen aún muchos abusos.

—Sin duda—replicó Morin—podrían hacerlo mejor. La riqueza de Europa, acrecentada por el trabajo general y metódico, es inmensa.

Yo deseaba saber si aquellas gentes no tenían otra medida de trabajo que el tiempo invertido en él, y si la jornada del cavador ó del albañil valía para ellos lo mismo que la del químico ó la del cirujano. Y se lo pregunté ingenuamente.

—La pregunta es un poco necia—exclamó Perceval.

Pero el viejo Morin se brindó á explicármelo: [®]

—Todos los estudios, todas las investigaciones, todos los trabajos que concurren á hacer la vida mejor y más hermosa, son alentados en nuestros talleres y nuestros laboratorios. El estado colecti-

vista favorece los estudios. Estudiar es producir, puesto que no se produce sin estudio. El estudio como el trabajo, da derecho á la existencia. Los que se dedican á largas y difíciles investigaciones asegúranse una existencia tranquila y respetada. Un escultor modela en quince días el boceto de una estatua, pero ha trabajado cinco años para aprender á modelar. Y durante cinco años el Estado pagaba su boceto. Un químico descubre en algunas horas las propiedades singulares de un cuerpo; pero ha empleado meses en aislar ese cuerpo, y años en hacerse capaz de realizar semejante obra. Durante todo aquel tiempo ha vivido á expensas de Estado. Un cirujano opera un tumor en diez minutos, pero sólo puede hacerlo después de quince años de estudio y de práctica; quince años durante los cuales recibe los bonos del Estado. Todo hombre que da en un mes, en una hora, en algunos minutos, el producto del trabajo de su vida entera, no hace más que devolver de una vez á la colectividad lo que había recibido día por día.

—Sin contar que nuestros grandes intelectuales—dijo Perceval—, nuestros cirujanos, nuestras doctoras, nuestros químicos, saben aprovechar muy bien sus trabajos y sus descubrimientos para acrecer desmesuradamente sus goces. Se hacen distribuir máquinas aéreas de sesenta caballos,

palacios, jardines, parques inmensos. En general son personas ansionas de apoderarse de los bienes de la vida y cuya existencia transcurre aún más espléndida y abundante que la de los burgueses de la Era pasada. Lo peor es que muchos de entre ellos son unos imbéciles á los cuales debiéramos ajustar en los molinos, como á Hipólito.

Saludé. Miguel asintió á lo que decía Perceval quejándose amargamente de la complacencia que mostraba el Estado engordando químicos á expensas de otros trabajadores.

Pregunté si el tráfico de los bonos no llevaba consigo alzas y bajas.

—El tráfico de los bonos—me respondió Morin— está prohibido. En realidad, no se puede evitar absolutamente. Hay entre nosotros, como hubo siempre entre los hombres, avaros y pródigos, laboriosos y holgazanes, ricos y pobres, felices y desgraciados, gozosos y descontentos. Pero todo el mundo vive y algo se ha conseguido.

Permanecí un momento pensativo; luego dije:

—Señor Morin, al oírle me parece que han realizado en lo posible la igualdad y la fraternidad. Pero temo que haya sido á expensas de la libertad, que yo estimo como el más preciado de los bienes.

Morin encogióse de hombros:

—No hemos establecido la igualdad. Ignora-

mos lo que significa. Hemos asegurado la existencia de todos, honrando el trabajo. Ahora, si el albañil se considera superior al poeta ó el poeta más digno que el albañil, será éste un asunto particular. Todos nuestros trabajadores imaginan que su trabajo es el más importante del mundo. Hay más ventajas que inconvenientes en esto.

»Camarada Hipólito: me parece que has leído mucho los libros del siglo XIX de la Era terminada, que ya no interesan á nadie; hablas un lenguaje que ya no conocemos. No concebimos fácilmente que los amigos del pueblo tomaran en otro tiempo por divisa *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. La libertad no puede existir socialmente, puesto que tampoco existe en la naturaleza. No hay seres libres. Antiguamente se decía que un hombre era libre cuando sólo obedecía las leyes; lo cual era pueril. Se hizo un uso tan extraño de la palabra libertad en los últimos tiempos de la anarquía capitalista, que esa palabra acabó por expresar únicamente la reivindicación de los privilegios. La idea de igualdad es menos razonable aún y más perniciosa, porque supone un falso ideal. No hemos de investigar si los hombres son iguales entre sí; lo que nos interesa es que cada uno dé todo lo que pueda dar y reciba todo lo que necesite. En cuanto á la fraternidad, ya sabemos de qué manera los hermanos trataban á los herma-

nos durante muchos siglos. No suponemos que los hombres sean malos, pero tampoco suponemos que sean buenos. Son lo que son; y viven en paz, mientras no tienen motivos que les obliguen á la guerra. Una sola palabra explica nuestro mecanismo social: *Armonía*. Vivimos en armonía. Y, ciertamente, todas las fuerzas humanas obran ahora de acuerdo.

—En los siglos pasados—le dije—agradaba más poseer que gozar. Y me va pareciendo que, por el contrario, ustedes gustan más del goce que de la posesión; pero, ¿no les resulta doloroso carecer de bienes que legar á sus hijos?

—En los tiempos capitalistas—replicó vivamente Morin—¿cuántos hombres dejaban herencia? Uno entre mil, acaso uno entre diez mil. Sin tener en cuenta que muchas generaciones desconocieron la libertad de testar. De todos modos, la transmisión de la fortuna era perfectamente concebible cuando la familia existía. Pero ahora...

—¿Cómo!—exclamé—¿no viven ustedes en familia?

La sorpresa que descubrí pareció cómica á la camarada Cherón.

—Sabemos, en efecto—me dijo—, que el matrimonio subsiste entre los cafres. Nosotros los europeos no hacemos promesas; y si las hacemos, la ley lo ignora. Consideramos que el destino en-

tero de un ser humano no podría depender de una palabra. Subsiste, sin embargo, algún resto de las costumbres de la Era pasada. Cuando una mujer se entrega, jura fidelidad sobre los cuernos de la luna. En realidad, ni el hombre ni la mujer adquieren compromiso duradero; no se comprometen á nada. Y sin embargo, no es inverosímil que su amorosa unión dure toda su vida. Desdeñarán el uno ni el otro ser objeto de una fidelidad sellada por un juramento y no por sus conveniencias físicas y morales. No debemos nada á nadie. Un hombre persuadía en otro tiempo á una mujer para que se creyera esclavizada por su amor. Somos ahora menos inocentes. Creemos que un ser humano sólo pertenece á sí mismo. Nos entregamos cuando queremos y á quien queremos.

Además, no nos avergüenza ceder al deseo. No somos hipócritas. Hace cuatrocientos años, los hombres ignoraban la fisiología y este desconocimiento era motivo de grandes ilusiones y de crueles desencantos. Hipólito: digan lo que quieran los cafres, hay que subordinar la sociedad á la Naturaleza y no, como se hizo durante largo tiempo, la Naturaleza á la sociedad.

Perceval confirmó las palabras de su camarada, insistiendo:

—Para indicarte de qué manera el asunto sexual está regimentado en nuestra sociedad, te

diré, Hipólito, que en muchas fábricas el delegado administrador no pregunta siquiera al obreiro si es hombre ó mujer. El sexo de una persona no interesa á la colectividad.

—Pero ¿y los hijos?

—¿Qué, los hijos?

—¿No quedan abandonados, puesto que no hay familia?

—¿Cómo puede ocurrírsete idea semejante? El amor maternal es un instinto muy poderoso en la mujer. Si en la espantosa sociedad pasada hubo madres que desafiaban la miseria y la deshonra para criar á sus hijos naturales, ¿por qué supones que las nuestras, exentas de deshonra y de miseria, abandonen á sus pequeñuelos? Entre nosotros hay muchas admirables compañeras y muchas madres cariñosas. Pero es muy grande, y aumenta sin cesar, el número de mujeres que prescinden de los hombres.

Cherón hizo á este propósito una observación bastante extraña.

—Tenemos acerca de los caracteres sexuales— dijo— nociones que ni siquiera sospechaba la bárbara sencillez de los hombres de la Era pasada. Observando que hay dos sexos, y que sólo hay dos, deducían consecuencias falsas, afirmando que un hombre es absolutamente hombre y una mujer absolutamente mujer. Hay mujeres que son

excesivamente mujeres, y otras que apenas lo son. Estas diferencias, en otro tiempo disfrazadas por el traje y el género de vida, encubiertas por los prejuicios, no sólo aparecen claramente en nuestra sociedad, sino que se acentúan, haciéndose más notorias en cada generación. Desde que las mujeres trabajan como los hombres, ejecutan y reflexionan como los hombres, vense muchas que parecen hombres. Acaso llegaremos por ese camino á crear seres neutros, *individuos obreros*, como se dice de las abejas. Sería un gran adelanto, pudiéndose aumentar el producto sin aumentar la población de una manera desproporcionada con los bienes necesarios. Tanto hay que temer la carencia como el exceso de nacimientos.

Agradecí á Perceval y á Cherón por haberme informado acerca de un asunto tan interesante, y pregunté si la instrucción estaba descuidada en la sociedad colectivista y si había aún una ciencia especulativa y artes liberales.

El viejo Morin me respondió:

—La instrucción en todos sus grados hállase muy extendida. Todos los camaradas tienen una cultura; pero no saben todos lo mismo ni aprenden nada inútil. Nadie pierde el tiempo estudiando el Derecho y la Teología. Cada cual elige entre las artes y las ciencias lo que más

le conviene. Conservamos todavía muchas obras de otros tiempos, aun cuando la mayor parte de los libros impresos antes de la Era nueva ya se han perdido. Aún se imprimen libros, acaso ahora más que nunca; sin embargo, la tipografía tiende á desaparecer y será reemplazada por la fonografía. Ya los poetas y los novelistas son editados fonográficamente y se ha imaginado para la publicación de obras teatrales una mezcla ingeniosa del fono y del cinemato, que reproduce por completo la voz y el movimiento de los actores.

—¿Tienen ustedes poetas y autores dramáticos?

—No sólo tenemos poetas, sino que tenemos poesía. Por primera vez hemos precisado el dominio de la poesía. Antes de nosotros eran expresadas en verso muchas ideas que resultarían mejor en prosa. Se versificaban las narraciones, lo cual era una supervivencia de los tiempos en que se redactaron en lenguaje rítmico las disposiciones legislativas y los aforismos de economía rural. Ahora los poetas dicen sólo conceptos delicados que no tienen sentido, y su gramática, su lenguaje, les pertenecen por completo, como sus rimas, sus asonancias y sus aliteraciones. En cuanto á nuestro teatro, es casi exclusivamente lírico. Un conocimiento exacto de la realidad y una vida sin violencias nos hacen casi por completo indiferentes al drama y á la tragedia.

La unificación de las clases y la igualdad de los sexos quitaron á la comedia casi todo su interés. Pero nunca fué la música tan hermosa ni tan estimada. Sobre todo admiramos la sonata y la sinfonía.

»Nuestra sociedad es muy favorable á las artes del dibujo, habiendo desaparecido muchos prejuicios fatales para la pintura. Nuestra vida es más clara y más bella que la vida burguesa, y sentimos profundamente la forma. La escultura se halla más floreciente aún que la pintura desde que se asocia inteligentemente al decorado de los palacios públicos y de las habitaciones privadas. Nunca se hizo tanto en pro de la enseñanza artística. Te bastará dirigir durante algunos minutos tu aeroplano sobre una de nuestras calles para que te sorprenda el número de escuelas y de museos.

—Y con todo eso—pregunté—¿son ustedes muy felices?

Morin meneó la cabeza, y dijo:

—Es propio de la naturaleza humana gozar de una dicha incompleta. No se puede ser feliz sin esfuerzo, y todo esfuerzo lleva consigo fatiga y sufrimiento. Conseguimos que la vida fuese soportable para todos. Ya es algo. Nuestros descendientes conseguirán más. Nuestra organización no puede ser inalterable. En cincuenta años se

modificó mucho y los observadores sutiles creen advertir que nos inclinamos hacia grandes reformas. Es posible, pero los progresos de la civilización humana serán armoniosos y pacíficos en adelante.

—¿No temen ustedes—le pregunté—que esa civilización que tanto les agrada y satisface sea destruída por una invasión de bárbaros? Quedan aún, según usted mismo refirió, en Asia y en Africa extensos pueblos negros y amarillos que no entraron en este concierto social. Tienen ejércitos y ustedes no los tienen. Si les atacan...

—Nuestra defensa está asegurada. Solamente los americanos y los australianos podrían luchar contra nosotros porque poseen tantos conocimientos como nosotros. Pero nos separa el Océano y la comunidad de intereses nos asegura su amistad. En cuanto á los negros capitalistas, todavía usan armas de fuego, cañones de acero y todos los vestigios del siglo xx. ¿De qué servirían esas antiguas herramientas contra una descarga de rayos Y? Nuestras fronteras están defendidas por la electricidad. Circunda la Federación una zona de fluido eléctrico. Un hombrecillo provisto de un catalejo y sentado donde yo me sé, ante un teclado, es nuestro único soldado. Le bastaría poner un dedo sobre una tecla para pulverizar á un ejército de quinientos mil hombres.

Morin se detuvo un momento, y luego prosiguió con voz más lenta:

—Nuestra civilización nada tiene que temer de los enemigos de fuera. Si acaso, de los de dentro.

—¿Los hay?

—Sí; hay anarquistas y son numerosos, apasionados, inteligentes. Nuestros químicos, nuestros profesores de Ciencias y de Letras, son casi todos anarquistas. Atribuyen á la reglamentación del trabajo y de los productos, la mayor parte de los males que afligen á nuestra sociedad. Pretenden que los hombres sólo pueden ser dichosos en el estado de armonía que nacerá después de la destrucción total de la civilización. Resultan peligrosos, pero lo serían más aún si hubiera represiones. Nos faltan los medios y la voluntad para que las haya. Carecemos de todo poder de represión y no sentimos que haga falta. En las edades bárbaras, los hombres creían ilusamente en la eficacia de las condenas. Nuestros padres suprimieron el orden judicial. No lo necesitaban. Al suprimir la propiedad privada suprimían de un golpe el robo y la estafa. Desde que tenemos defensas eléctricas, los atentados contra las personas no dan nada que temer. El hombre ha llegado á ser respetable para el hombre. Se cometen aún crímenes pasionales y se cometerán eternamente. Sin embargo, esos crímenes, cuando no

se los toma en cuenta, escasean cada vez más. Toda nuestra organización judicial se compone de prohombres elegidos, que juzgan gratuitamente los abusos y las disputas.

Me levanté, y agradeciendo á mis compañeros sus atenciones, pedí permiso á Morin para formular la postrera pregunta:

—¿Tienen ustedes alguna religión?

—Las tenemos en abundancia. Y algunas bastante nuevas. Los franceses profesan la religión de la humanidad, el positivismo, el cristianismo y el espiritismo. En ciertas regiones quedan católicos aún, pero pocos, y divididos en varias sectas, á consecuencia de los cismas que se produjeron en el siglo xx, cuando la Iglesia fué separada del Estado. De todos modos, hace mucho tiempo que no hay Papa.

—Te engañas—dijo Miguel—. Hay un papa todavía. La casualidad me lo ha hecho conocer. Es Pio XXV, tintorero, *via dell'Orso*, en Roma.

—¿Cómo!—exclamé—. ¿Un papa tintorero?

—¿Qué puede sorprenderte? Ha de tener un oficio como todo el mundo.

—¿Y su Iglesia?

—Está reconocida por algunos millares de personas en Europa.

—Con estas palabras nos separamos. Miguel me advirtió que en la vecindad encontraría un

apuesto donde albergarme, y que Cherón me acompañaría, de camino para su casa.

La noche estaba iluminada por una claridad de ópalo, intensa y suave al mismo tiempo, que hacía brillar el follaje como si estuviera esmaltado. Yo avanzaba junto á Cherón, contemplándola.

Sus zapatos sin tacones daban solidez á sus movimientos y aplomo á sus líneas, y aun cuando su traje de hombre me la hiciera parecer algo rechoncha, andando con la mano en el bolsillo tenía cierto aspecto arrogante. Miraba libremente á derecha y á izquierda. Era la primera mujer en quien yo pude observar esa curiosidad tranquila y satisfecha. Sus facciones dibujábanse con finura bajo el sombrero. Me irritaba y me encantaba. Temí parecerla estúpido y ridículo. Por lo menos era indudable que yo la inspiraba una suprema indiferencia. Sin embargo, me preguntó de pronto cuál era mi ocupación. Respondí sin reflexionar que yo era electricista.

—También yo—me dijo ella.

Interrumpí la conversación prudentemente.

Sonidos incomprensibles hacían vibrar el aire nocturno tranquila y regularmente. Oíalos yo con espanto, como si fuesen la respiración del genio monstruoso de aquel mundo nuevo.

A medida que la observaba más y más, fui sintiendo hacia la electricista un afecto avivado por una pizca de repulsión.

—Según he comprendido—dije de pronto—, reglamentaron ustedes científicamente el amor, y es un asunto que á nadie turba.

—Te engañas—me respondió—. Sin duda nos vemos libres de la imbecilidad furiosa de la Era pasada, y el dominio entero de la fisiología humana pudo sustraerse á las barbaries legales y á los terrores teológicos. No nos formamos una falsa y cruel idea del deber. Pero las leyes que presiden la atracción de los cuerpos continúan siéndonos desconocidas. El genio de la especie ahora es, como fué y como será siempre, violento y caprichoso. Y hoy, como ayer, el instinto es más fuerte que la razón. Nuestra superioridad sobre los antiguos consiste menos en saberlo que en decirlo. Disponemos de una fuerza capaz de crear mundos, el deseo; ¿y quieres que podamos reglamentarla? Es pedirnos mucho. Ya no somos bárbaros, pero no somos aún prudentes. La colectividad ignora por completo cuanto se refiere á relaciones sexuales. Estas relaciones son como son, tolerables con frecuencia, pocas veces deliciosas y algunas horribles. Pero no creas, camarada, que el amor no turbe á nadie.

Me resultaba imposible discutir ideas tan ex-

trañas. Encaminé la conversación hacia el carácter de las mujeres. Cherón me dijo que las había de tres clases: apasionadas, curiosas é indiferentes. Entonces la pregunté á qué clase pertenecía ella.

Miróme con altivez, y me dijo:

— Hay también varias clases de hombres. En primer lugar, los impertinentes...

Esta frase me la presentó mucho más *contemporánea* de lo que me había parecido hasta entonces. Por lo cual, me decidí á emplear con ella un lenguaje propio de semejantes ocasiones, y después de varias frases frívolas y fútiles, la pregunté:

— Quiere hacerme el favor de decirme su nombre...

— ¿Supones que una mujer sólo puede agradar llamándose Margarita, Teresa ó Juana, los nombres de bautismo de las señoras de otros tiempos?

— ¡Cómo he de suponerlo, si usted me prueba lo contrario!

Traté de clavar una mirada en el fondo de sus ojos, pero no me fué posible. Siguió andando como si no me hubiera oído. A no dudar era coqueta, y esto me satisfizo grandemente. La dije y la repetí que me parecía encantadora y que la deseaba. Me dejó desahogarme á mi gusto en conceptos galantes, y luego me preguntó:

— ¿Qué significa todo eso?

Entonces hice manifestaciones más apremiantes.

Ella me lo reprochó:

— Son modales de salvaje.

— Porque no le agrado.

— Yo no he dicho eso.

— ¡Cherón! ¡Cherón! La costaría tan poco...

Nos sentamos sobre un banco, á la sombra de un olmo. La cogí una mano, que acerqué á mis labios...

De pronto no senti nada ni vi nada, y me hallé echado en mi cama. Me froté los ojos, ofuscados por la luz matinal, y reconocí á mi ayuda de cámara que, respetuosa y estúpidamente, me repetía:

— Señor, son las nueve, y el señor me dijo le despertase á las nueve. Vengo á decirle al señor que ya son las nueve.»

Quando Hipólito Dufresne acabó su lectura, sus amigos le felicitaron cordialmente, aplicándole Nicolás Langelier las palabras de Critias á Triefón:

—Parece—le dijo—que te dormiste sobre la piedra inmaculada en la ciudad de los ensueños, puesto que soñaste tanto en una noche tan corta.

—No es probable—dijo Josefín Leclerc—que el porvenir sea tal como á usted se le presentó. No deseo el advenimiento del socialismo; pero tampoco me infunde pavora. El colectivismo en el Poder, sería muy distinto de lo que la gente imagina. Alguien ha dicho, refiriendo sus reflexiones, al tiempo de Constantino y de las primeras victorias de la Iglesia: «El cristianismo triunfa; pero triunfa en condiciones impuestas por la vida á todos los partidos políticos y religiosos. Todos, absolutamente, sean cuales fueren, se transforman de un modo tan absoluto en la lucha, que, después de la victoria, sólo les queda de su verdadero ser el nombre y algún símbolo de su pensamiento desvanecido.»

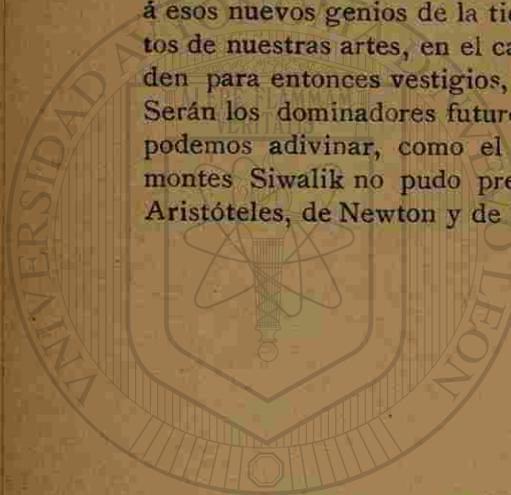
—¿Será preciso renunciar á desconocer el porvenir?—preguntó el señor Goubin.

Pero Giacomo Boni que ahondando algo en sus excavaciones había descendido desde la época actual á la edad de piedra, dijo:

—Puedo asegurarles que la Humanidad cambia poco. Lo que fué será.

—Sin duda—replicó Juan Boilly—el hombre ó lo que llamamos el hombre, cambia poco. Pertenecemos á una especie definida. La evolución de la especie se halla forzosamente comprendida en la definición de la especie. No admite metamorfosis infinitas. No se puede concebir á la Humanidad después de su transformación; ¿pero en qué nos fundamos para creer que el hombre es el fin de la evolución de la vida sobre la tierra? ¿Por qué suponer que su aparición agotó las fuerzas de la Naturaleza, y que la madre universal de las floras y de las faunas después de haberlo formado se quedó estéril para siempre? Un filósofo naturalista, que no se asusta de su propio pensamiento, H.—G. Wells, ha dicho: «El hombre no es un fin.» Ciertamente, no es el principio ni el fin de la vida terrenal. Antes de que apareciera sobre el globo, formas animadas multiplicáronse en el fondo de los mares, en el fango de las playas, en los bosques, en los lagos, en las praderas y en las montañas frondosas. Cuando haya pasado,

nuevas formas aparecerán. Una raza futura, nacida tal vez de la nuestra, ó acaso sin tener con nosotros ningún lazo de origen, nos sucederá en el imperio del planeta. Ignoramos y despreciamos á esos nuevos genios de la tierra. Los monumentos de nuestras artes, en el caso de que aún queden para entonces vestigios, no les interesarán. Serán los dominadores futuros cuyo espíritu no podemos adivinar, como el palceopiteco de los montes Siwalik no pudo presentir las ideas de Aristóteles, de Newton y de Poincaré.



FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY
DALLAS, TEXAS

1968